



MADRE

Plegarias y meditaciones

**Sri Aurobindo Ashram
Pondicherry**

Plegarias y meditaciones



Madre

**Plegarias
y
meditaciones**

Sri Aurobindo Ashram
Pondicherry

Traducido al español a partir de la versión en francés:

Prières et Méditations de la Mère

Primera edición: 1932; Segunda edición: 1944

Tercera edición: 1952; Cuarta edición: 1973

Quinta edición: 1980; Sexta edición: 1990

Séptima edición: 2008 (versión pdf)

Y de la versión en inglés:

Prayers and Meditations

En: *Collected Works of The Mother*, volumen 1

Segunda edición

ISBN 81-7058-670-4

Sri Aurobindo Ashram Trust 1979, 2003

Publicado por el Departamento de Publicaciones de Sri
Aurobindo Ashram

Pondicherry – 605 002

Sitio Web: <http://sabda.sriaurobindoashram.org>

Impreso en Sri Aurobindo Ashram Press, Pondicherry

IMPRESO EN INDIA

Traducción y pdf en español:

seguranaranjo@gmail.com

Bogotá, Colombia, 2013



Madre en Algeria, 1906-1907

Nota del editor

Plegarias y meditaciones consiste en extractos del diario espiritual de Madre. La mayoría son del periodo que va de 1912 a 1917. Las 313 plegarias reproducidas aquí fueron seleccionadas por Madre para su publicación. Escritas en francés [...], una pequeña colección de plegarias —cerca de una quinta parte del total— salió a la luz en inglés en 1941. Sri Aurobindo tradujo él mismo algunas de estas plegarias y, en los demás casos, revisó las traducciones hechas por discípulos. Las plegarias completa o parcialmente traducidas por Sri Aurobindo están marcadas en este volumen con un asterisco (*).

Los detalles sobre la publicación figuran en el aparte *Nota sobre el texto*.

Le livre a été composé avec les extraits d'un journal écrit durant des années de Discipline yoguïque intensive. Il peut servir de guide spirituel à trois catégories principales de chercheurs : ceux qui ont entrepris la conquête de soi, ceux qui veulent trouver le chemin menant vers le Divin, ceux qui aspirent à se consacrer de plus en plus à l'Œuvre Divine.

—

Este libro contiene extractos de un diario escrito durante años de intensa disciplina yóguica. Puede llegar a servir de guía espiritual para tres tipos básicos de buscadores: los que han emprendido la maestría de sí mismos, los que quieren hallar el camino que conduce al Divino, los que aspiran a consagrarse más y más a la Obra Divina.

MADRE

Some give their soul
to the Divine, some their
life, some offer their work,
some their money. A few
consecrate all of themselves
and all they have - soul,
life, work, wealth; these
are the true children of
God. Others give nothing.
These whatever their position,
power and riches are for the
Divine purpose valueless
Cyphers.

This book is meant for
those who aspire for an
utter consecration to the
Divine

1941 - 1948.

Algunos le entregan su alma al Divino, otros su vida, algunos le ofrecen su trabajo, otros su dinero. Unos cuantos le consagran todo lo que son y todo lo que tienen: alma, vida, trabajo, riqueza; esos son los verdaderos hijos de Dios. Otros no dan nada; esos, cualquiera que sea su posición, poder y fortuna, son cifras sin valor para el propósito Divino.

Este libro está destinado a quienes aspiran a una máxima consagración al Divino.

MADRE

1941-1948.

Plegarias y meditaciones

2 de noviembre de 1912*

Aunque todo mi ser está en teoría consagrado a Ti, O Sublime Maestro que eres la vida, la luz y el amor en todas las cosas, aún me cuesta aplicar esta consagración a los detalles. Me tomó varias semanas entender que la razón de esta meditación escrita, su justificación, reside en el hecho mismo de dirigirte cotidianamente. De esta manera materializaré cada día un poco de la conversación que a cada rato sostengo Contigo; yo Te haré mi mejor confesión; no porque crea que puedo contarte algo que no sepas, pues Tú mismo lo eres todo, sino porque nuestra manera exterior y artificial de ver y de comprender Te es ajena, por así decir, opuesta a Tu naturaleza. No obstante, al volverme hacia Ti, al bañarme en Tu luz en el momento en que considero estas cosas, poco a poco las veré más como son realmente —hasta el día en que, habiéndome identificado Contigo, ya no tendré más qué decirte porque para entonces seré Tú. Ese es el propósito que quiero alcanzar; hacia esa victoria se orientarán cada vez más todos mis esfuerzos. Y aspiro al día en que ya no podré decir «yo» porque seré Tú.

Cuántas veces al día, todavía, actúo sin consagrarte mi acto; de inmediato caigo en cuenta debido a un malestar indefinible que se traduce en mi sensibilidad corporal mediante una punzada en el corazón. Entonces objetivo mi acción y me parece ridícula, infantil o culpable; la deploro, por un momento me entristezco, hasta que me hundo en Ti y, perdida en Ti con la confianza de una niña, espero de Ti la inspiración y la fuerza necesarias para reparar el error en mí y alrededor mío —dos cosas que son una—; porque ahora percibo de manera constante y precisa la unidad universal que determina una interdependencia absoluta de todas las acciones.

3 de noviembre de 1912*

Que Tu Luz sea en mí como un Fuego vivificante; que Tu Amor divino me penetre. Con todo mi ser aspiro a que Tú reines como soberano y rector de mi mente, mi corazón y mi cuerpo; que sean ellos Tus dóciles instrumentos y Tus fieles servidores.

19 de noviembre de 1912*

Ayer le dije a ese joven inglés que te busca con un deseo tan sincero, que yo Te había encontrado definitivamente, que la Unión era constante. Tal es, en efecto, el estado del que soy consciente. Todos mis pensamientos van hacia Ti, todos mis actos están consagrados a Ti; Tu Presencia es para mí un hecho absoluto, inmutable, invariable, y Tu Paz habita en mi corazón permanentemente. Sin embargo, sé que este estado de unión es miserable y precario al lado del que me será posible realizar mañana, y que aún estoy lejos, muy lejos sin duda, de esa identificación en la que perderé totalmente la noción del «yo», de este «yo» que todavía uso para expresarme, pero que en cada ocasión es un estorbo, una especie de término impropio para expresar el pensamiento que quiere expresarse. Me parece indispensable para la comunicación humana, pero todo depende de lo que este «yo» manifiesta; y cuántas veces ya, cuando lo pronuncio, eres Tú quien habla en mí, porque he perdido el sentido de la separación.

Pero todo esto aún es embrionario e irá perfeccionándose. ¡Qué apaciguadora seguridad hay en esta serena confianza en Tu Omnipotencia!

Tú eres todo, por doquier y en todo lo que hay, y este cuerpo que actúa es Tu propio cuerpo, como lo es el universo visible en su integridad; eres Tú quien respira, piensa y ama en esta sustancia que, siendo Tú mismo, quiere ser Tu dócil servidora.

26 de noviembre de 1912*

¡Qué cántico de acción de gracias no debería entonar hacia Ti a cada instante! Por doquier y en todas las cosas a mi alrededor Tú Te manifiestas; Tu Conciencia y Tu Voluntad se expresan en mí cada vez más claramente, al punto que casi he perdido por completo esta burda ilusión del «yo» y del «mío». Si algunas sombras, algunas fallas se dejan ver todavía en esta gran Luz que Te manifiesta, ¿cómo soportarán más tiempo la maravillosa brillantez de Tu resplandeciente amor? Esta mañana, la conciencia que tuve de la manera en que Tú estás moldeando a este ser que era «yo» puede traducirse más o menos en un monumental diamante tallado en caras geométricas y regulares; en un diamante por la cohesión, la firmeza, la limpidez incolora, la transparencia, pero en una deslumbrante y radiante llama por su vida intensa y evolutiva. Y aún así fue algo más, algo mejor que todo eso, dado que toda sensación exterior o interior quedó atrás y esa imagen no se le presentó a mi mental sino a medida que volví a entrar en contacto consciente con el mundo exterior.

Eres Tú quien hace que la experiencia sea fecunda, eres Tú quien hace que la vida evolucione, eres Tú quien obliga a la oscuridad a disolverse instantáneamente ante la Luz, eres Tú quien le da todo su poder al Amor, eres Tú quien levanta por todas partes la materia en esta asombrosa y ardiente aspiración, en esta sublime sed de Eternidad.

Tú por todas partes y siempre; nada más que *Tú* en la esencia y en la manifestación...

Sombra e Ilusión, ¡disípanse! Sufrimiento, ¡desvanécete y desaparece! Supremo Señor, ¿no estás acaso aquí?

28 de noviembre de 1912*

La vida exterior, la actividad de cada día y de cada instante, ¿no es el complemento indispensable de nuestras horas de meditación y contemplación? Y la proporción del tiempo entregado a una y otra, ¿no es la imagen exacta de la proporción que existe entre la suma de esfuerzos que hay que hacer para la preparación y la realización? Porque la meditación, la contemplación, la Unión es el resultado obtenido —la flor que se abre—; mientras que la actividad cotidiana es el yunque por el que deben pasar y repasar todos los elementos con el fin de ser purificados, refinados, flexibilizados y madurados para la iluminación que la contemplación les confiere. Así que todos estos elementos, uno tras otro, deben pasar por el crisol antes de que la actividad exterior deje de ser necesaria para el desarrollo integral. Luego esta actividad se convierte en el modo de manifestarte con el fin de despertar a otros centros de conciencia al mismo trabajo dual de forja e iluminación. Es por ello que el orgullo y la satisfacción de sí mismo son los peores obstáculos. Muy modestamente debemos aprovechar todas las minúsculas ocasiones que se nos ofrecen para amalgamar y purificar algunos de estos innumerables elementos, para ablandarlos, para impersonalizarlos, para enseñarles el olvido de sí mismos y la abnegación y la devoción y la bondad y la dulzura; y cuando todas estas maneras de ser les son habituales, entonces están listos para participar de la Contemplación e identificarse Contigo en la Concentración suprema. Es por ello que me parece que el trabajo debe ser largo y lento, incluso para los mejores, y que las conversiones fulminantes no pueden ser integrales. Cambian la orientación del ser, lo ponen definitivamente en el camino de la rectitud; pero para alcanzar en verdad el propósito nadie puede escapar a la necesidad de innumerables experiencias de todo tipo y a cada instante.

... O Maestro Supremo que resplandeces en mi ser y en todas las cosas, que Tu Luz se manifieste y que el reino de Tu Paz llegue para todos.

2 de diciembre de 1912*

Mientras un elemento del ser, un movimiento del pensamiento esté aún sometido a las influencias exteriores y no exclusivamente a la Tuya, no se puede decir que la verdadera Unión se ha realizado; sigue habiendo la horrible mezcla sin orden ni luz —porque ese elemento, ese movimiento es un mundo, un mundo de desorden y oscuridad, como lo es la Tierra entera en el mundo material, como lo es el mundo material en el universo entero.

3 de diciembre de 1912*

Ayer en la noche experimenté la efectividad de abandonarse confiado a Tu dirección; cuando es necesario saber algo, uno lo sabe, y entre más pasiva es la mente ante Tu Iluminación, más clara y adecuada es su expresión.

Te escuché mientras hablaste en mí y hubiera querido anotar lo que decías para que la fórmula precisa no se perdiera —pues ahora sería incapaz de repetir lo que dijiste. Luego pensé que preocuparme por esta conversación volvía a ser una ofensiva falta de confianza para Contigo, porque Tú puedes hacer de mí todo lo que necesito ser, y en la medida en que mi actitud Te deje actuar sobre mí y en mí, Tu omnipotencia no tiene límites. ¡Saber que en todo instante lo que debe ser con toda seguridad es, tan perfectamente como es posible, para todos aquellos que Te saben ver en todas las cosas y en todos los lugares! No más temores, no más ansiedad, no más angustia; sólo la Serenidad perfecta, la Confianza absoluta, la incommovible Paz suprema.

5 de diciembre de 1912*

En la Paz y el Silencio, el Eterno se manifiesta; no permitas que nada te turbe y el Eterno se manifestará; sé perfectamente ecuánime frente a todo y el Eterno estará ahí... Sí, no hay que poner demasiada intensidad ni demasiado empeño en buscarte; esa intensidad y ese empeño se vuelven un velo delante Tuyo; no hay que desear verte, eso también es una agitación mental que oscurece Tu Eterna Presencia; es en la más completa Paz, Serenidad y Ecuanimidad que todo es Tú así como Tú eres todo, y la mínima vibración en esta atmósfera perfectamente pura y calma es un obstáculo para Tu manifestación. Nada de apuro, nada de inquietud, nada de tensión, Tú, nada más que Tú, sin análisis ni objetivación, y Tú estás ahí sin ninguna duda posible, pues todo se convierte en Santa Paz y Sagrado Silencio.

Y eso es mejor que todas las meditaciones del mundo.

7 de diciembre de 1912*

Como una llama que arde en silencio, como un perfume que asciende directo sin vacilar, mi amor va hacia Ti; y como el niño que no razona ni tiene cuidado, me confío a Ti para que Tu Voluntad se haga, Tu Luz se manifieste, Tu Paz se irradie y Tu Amor cubra el mundo. Cuando Tú lo quieras yo seré en Ti, Tú mismo, y no habrá ya ninguna diferencia; espero esa hora bendita sin ningún tipo de impaciencia, dejándome deslizar irresistiblemente hacia ella como un río apacible se desliza hacia el océano sin límites.

Tu Paz está en mí, y en esa Paz Te veo sólo a Ti presente en todo, con la calma de la Eternidad.

10 de diciembre de 1912*

O Maestro Supremo, Instructor Eterno, me ha sido concedido una vez más constatar la efectividad sin par de la plena confianza en Tu dirección. Tu Luz se manifestó ayer por mi boca sin encontrar resistencia en mí; el instrumento fue dócil, flexible, penetrante.

Eres Tú quien actúa en cada cosa y en cada ser, y quien está lo bastante cerca de Ti para verte en todas las acciones sin excepción, sabe transformar cada acto en una bendición.

Supeditarse siempre a Ti es lo único que importa, siempre y cada vez más y más a Ti, más allá de las ilusiones y de los engañosos sentidos, no apartándose de la acción, rehusándola, rechazándola —combate inútil y nefasto—, sino viviéndote sólo a Ti en el acto sea cual sea, siempre e invariablemente a Ti; entonces la ilusión se disipa, la falsedad de los sentidos se desvanece, el amarre de las consecuencias se suelta y todo se transforma en una manifestación de la gloria de Tu Eterna Presencia.

Que así sea. Amén.

11 de diciembre de 1912*

... Aguardo, sin prisa y sin inquietud, a que un nuevo velo se rasgue, a que la Unión se haga más completa. Sé que el velo está compuesto de todo un conjunto de pequeñas imperfecciones, de apegos sin número... ¿Cómo desaparecerá todo eso? ¿Lentamente, con ayuda de incontables pequeños esfuerzos y de una vigilancia que no ha de faltar un minuto, o de golpe, mediante una gran iluminación de Tu Amor Todopoderoso? No sé, ni siquiera me lo pregunto; aguardo, tan alerta como puedo, en la certeza de que sólo Tu Voluntad existe, de que sólo Tú eres el hacedor y yo soy el instrumento; y cuando el instrumento esté listo para una manifestación más completa, la manifestación tendrá lugar con toda naturalidad.

Tras el velo ya se escucha la jubilosa sinfonía que en silencio revela Tu Presencia sublime.

5 de febrero de 1913*

Tu voz se escucha como un canto melodioso en la quietud de mi corazón; y se traduce en mi cabeza mediante palabras inadecuadas que sin embargo están repletas de Ti. Y esas palabras van dirigidas a la Tierra y le dicen:

— Pobre y doliente Tierra, recuerda que Yo estoy presente en ti y no pierdas la esperanza; cada esfuerzo, cada sufrimiento, cada júbilo y cada angustia, cada llamado de tu corazón, cada aspiración de tu alma, cada cambio de tus estaciones, todo, todo sin excepción, lo que te parece triste y lo que te parece alegre, lo que te parece feo y lo que te parece bello, todo te trae infaliblemente hacia mí, que soy Paz sin fin, Luz sin sombra, Armonía perfecta, Certeza, Reposo y Bendición Suprema.

Escucha, O Tierra, la voz sublime que se eleva.
¡Escucha y renueva tu coraje!

8 de febrero de 1913*

Supremo, Tú eres mi refugio y mi bendición, mi fuerza, mi salud, mi esperanza y mi coraje. Tú eres la Paz soberana, la Alegría sin mezcla, la perfecta Serenidad. Todo mi ser se postra ante Ti en una gratitud sin medida y una adoración que no cesa; y esta adoración se eleva hacia Ti desde mi corazón y desde mi espíritu como se eleva la estela pura de los perfumados inciensos de la India.

Permíteme ser Tu emisaria ante los hombres, para que todos los que están listos puedan degustar la beatitud que me otorgas en Tu Misericordia infinita, y permite que Tu Paz reine sobre la Tierra.

10 de febrero de 1913*

Mi ser asciende hacia Ti en acción de gracias, no porque Te sirvas de este falible e imperfecto cuerpo para manifestarte, sino porque *Te manifiestas*, y ese es el Esplendor de los esplendores, el Gozo de los gozos, la Maravilla de las maravillas. Todos aquellos que te buscan con ardor deberían comprender que Tú estás allí cuando se Te requiere; y si pudieran tener la fe suprema de dejar de buscarte, y en cambio te esperaran, poniéndose a cada instante y enteramente a Tu servicio, Tú estarías allí cuando Te requirieran; ¿y acaso no te requerimos siempre, sin importar las diversas, y con frecuencia inesperadas, formas en que Te manifiestas?

Que Tu gloria sea proclamada,
Y santifique la vida,
Que transforme los corazones humanos,
Y que Tu Paz reine en la Tierra.

12 de febrero de 1913*

Tan pronto como todo esfuerzo desaparece de una manifestación, esta se vuelve muy sencilla, con la sencillez de una flor que se abre y manifiesta su belleza y expande su fragancia sin estruendos ni gestos bruscos. Y en esta sencillez reside el poder más grande, el poder que contiene el mínimo de mezcla y da lugar al mínimo de reacciones funestas. Del poder del vital hay que desconfiar, es un tentador atravesado en el camino de la obra, y siempre se corre el riesgo de caer en su trampa, porque te antoja de obtener resultados inmediatos; y, en nuestro ardor inicial por hacer bien el trabajo, nos dejamos convencer de servirnos de este poder. Pero muy pronto desvía toda nuestra acción del camino correcto e introduce un germen de ilusión y de muerte en lo que hacemos.

¡Sencillez, sencillez! ¡Qué dulce es la pureza de Tu Presencia...!

13 de marzo de 1913*

... Que el perfume puro de la santificación arda siempre, que se eleve más y más alto, más y más directo, como la incesante plegaria del ser integral, deseando unirse a Ti para manifestarte.

11 de mayo de 1913*

Tan pronto como termino de atender las responsabilidades materiales, todos los pensamientos concernientes a ese tipo de cosas se alejan de mí, y me dedico única y completamente a Ti y a Tu servicio. Entonces, en esa perfecta paz y serenidad, uno mi voluntad a la Tuya, y en ese silencio integral oigo Tu Verdad y escucho su expresión. Es tomando conciencia de Tu Voluntad e identificando la nuestra con la Tuya que se halla el secreto de la libertad verdadera y de la omnipotencia, el secreto de la regeneración de fuerzas y de la transfiguración del ser.

Estar en acuerdo integral y constante Contigo, es tener la certeza de que venceremos todos los obstáculos y triunfaremos sobre todas las dificultades, tanto interiores como exteriores.

Supremo, Supremo, una alegría sin límites colma mi corazón, cantos de júbilo surcan mi cabeza en ondas maravillosas, y en la plena confianza de Tu certero triunfo encuentro una Paz soberana y un Poder invencible. Tú llenas mi ser, Tú lo animas, Tú haces mover sus resortes escondidos, Tú iluminas su comprensión, Tú intensificas su vida, Tú multiplicas su amor exponencialmente; y ya no sé si yo soy el universo o el universo es yo, si Tú estás en mí o yo estoy en Ti; sólo Tú existes y todo es Tú; y los torrentes de Tu gracia infinita sacian y desbordan el mundo.

Canten tierras, canten pueblos, canten hombres,
La Divina Armonía está ahí.

15 de junio de 1913

Incluso aquel que podría alcanzar una contemplación perfecta en total silencio y soledad, lo haría únicamente retrayéndose de su cuerpo, relegándolo; y de ese modo la sustancia de la que está constituida su cuerpo permanecería tan impura, tan imperfecta como antes, porque la habría abandonado a sí misma; y por un misticismo desviado, por la seducción de esplendores suprafísicos, por el deseo egoísta de unirse a Ti para su propia satisfacción personal, le habría dado la espalda a su razón de ser terrestre, se habría rehusado cobardemente a cumplir su misión —la redención y purificación de la Materia. Saber que una parte de nuestro ser es perfectamente pura, comulgar con esta pureza, identificarse con ella, sólo puede ser útil si este conocimiento se usa luego para apresurar la transformación terrestre, para cumplir Tu sublime obra.

17 de junio de 1913

Permite, Supremo, que yo sea como un fuego que alumbra y calienta, como una fuente de agua que quita la sed, como un árbol que abriga y protege... Los hombres son tan infelices e ignorantes y tienen tanta necesidad de ayuda.

Mi confianza en Ti, mi certeza interior crecen día a día; y día a día también siento Tu Amor más vivo en mi corazón, Tu Luz más brillante y a la vez más dulce; y cada vez puedo distinguir menos Tu Obra de mi vida y mi individualidad de la Tierra entera.

Supremo, Supremo, Tu Esplendor es infinito, Tu Verdad es maravillosa; y Tu Amor todopoderoso salvará al mundo.

18 de junio de 1913*

Volverse hacia Ti, unirse a Ti, vivir en Ti y para Ti, es felicidad suprema, alegría sin mezcla, paz inmutable; es respirar el infinito, sobrevolar la eternidad, dejar de sentir sus propios límites, escapar al tiempo y al espacio. ¿Por qué los hombres huyen de estos bienestares como si les tuvieran miedo? ¡Qué extraña cosa es la ignorancia, fuente de todos los sufrimientos! ¡Qué mísera es esta oscuridad que aleja a los hombres de lo que justamente los haría felices y los somete a esta dolorosa escuela de la existencia común hecha enteramente de lucha y de dolor!

27 de junio de 1913

Tu voz es tan modesta, tan imparcial, tan sublime en su paciencia y su misericordia que no se hace escuchar con autoridad, imponiendo su voluntad, sino como una brisa fresca, dulce y pura, como un murmullo cristalino que da la nota de armonía en un concierto discordante. Sólo que, para quien sabe oír la nota, respirar esa brisa, ella contiene tales tesoros de belleza, tal perfume de sinceridad pura y de noble grandeza, que todas las necias ilusiones se desvanecen o se transforman en la alegre aceptación de la maravillosa verdad entrevista.

21 de julio de 1913*

... ¡Pero qué paciencia se necesita! ¡Qué imperceptibles son los avances!...

¡Oh, cuánto Te invoco desde lo más profundo de mi corazón,
Luz Verdadera, Amor Sublime, Divino Dueño que nos alientas y
nos esclareces, que nos guías y nos proteges, Alma de nuestra
alma y Vida de nuestra vida, Razón de ser de nuestro ser,
Conocimiento supremo, Paz inmutable!

23 de julio de 1913

O Supremo, inconcebible Esplendor, que Tu Belleza se expanda sobre la Tierra, que Tu Amor se encienda en los corazones y que Tu Paz reine sobre todos.

Un canto grave y profundo, sonriente y sutil, se eleva desde mi corazón, y no sé si este canto va de mí hacia Ti o de Ti hacia mí o bien si Tú, yo y el universo entero somos este canto maravilloso del que acabo de hacerme consciente... Cierto es que ya no hay Tú, ni yo, ni universo separado; hay una armonía inmensa, sublime e infinita que es todas las cosas y de la cual todas las cosas se harán conscientes algún día. Es la armonía del Amor sin límite, del Amor que vence todo sufrimiento y toda oscuridad.

De acuerdo con esta ley de Amor, Tu ley, quiero vivir cada vez más integralmente; a ella me entrego sin reserva.

Y mi ser exulta una Paz inexpresable.

2 de agosto de 1913

Esta mañana, mientras ojeaba el mes que comienza y me preguntaba cómo podía servirte mejor, escuché la voccecita interior —un murmullo en el silencio— y esto fue lo que me dijo: «Mira qué poco importan las circunstancias externas. ¿Por qué preocuparse y tensionarse buscando realizar tu propia concepción de la Verdad? Sé más flexible, más confiada. El único deber es no dejarse perturbar por nada. Atormentarse por hacer lo correcto causa tanto daño como la mala voluntad. Sólo en la calma de las aguas profundas se halla la posibilidad del Verdadero Servicio».

Y esta respuesta fue tan luminosa y tan pura, trajo consigo una realidad tan efectiva, que el estado descrito se transmitió sin dificultad. Me pareció flotar en la calma de las aguas profundas; comprendí; vi claramente cuál era la actitud más conveniente; y ya sólo debo pedirte, Sublime Maestro, Instructor Supremo, que me des la fuerza y la clarividencia necesarias para mantenerme constantemente en este estado.

«No te atormentes, niña. Silencio, paz, paz».

8 de agosto de 1913

O dulce armonía que resides en todas las cosas, dulce armonía que colmas mi corazón, manifiéstate en las formas más exteriores de la vida, en cada sentimiento, en cada pensamiento, en cada acto.

Todo me parece bello, armonioso, silencioso a pesar del barullo exterior. Y en ese silencio es a Ti, Supremo, a quien veo; y Te percibo de tal manera que sólo puedo expresar esta percepción como la de una *invariable sonrisa*. En verdad, la esencia de lo que se siente en presencia de la más dulce, la más tranquila, la más misericordiosa sonrisa apenas si se parece a lo que yo siento cuando Te percibo así.

Que Tu Paz esté con todos.

15 de agosto de 1913

Hoy, a medida que anochece, Tu Paz se hace más profunda y más dulce y Tu Voz se percibe más claramente en el silencio que llena mi ser.

O Divino Dueño, nuestra vida, nuestro pensamiento, nuestro amor, todo nuestro ser Te pertenece. Vuelve a tomar posesión de lo que es Tuyo; porque Tú eres nosotros mismos en nuestra Realidad.

16 de agosto de 1913

Amor, divino Amor, Tú llenas todo mi ser y lo desbordas. Yo soy Tú y Tú eres yo, y Te veo en cada ser, en cada cosa, desde la leve brisa que pasa hasta el resplandeciente Sol que nos alumbra y que Te simboliza.

O Tú a quien no puedo comprender, en el silencio de la más pura devoción Te adoro.

17 de agosto de 1913

O Supremo, Dueño de nuestra vida, déjanos emprender nuestro vuelo muy alto, por encima de la preocupación de nuestra conservación material. Nada es más humillante ni deprimente que estos pensamientos siempre pendientes de la conservación del cuerpo, estas preocupaciones por la salud, por la subsistencia, por la calidad de vida... Qué poca cosa es todo eso, un humo ligero que se disuelve de un soplo, que se desvanece como un vano espejismo cuando un solo pensamiento se vuelve hacia Ti.

Libera a quienes se encuentran en esta esclavitud, al igual que a quienes se hallan en la esclavitud de las pasiones. Estos obstáculos son a la vez terribles y pueriles en el camino que conduce a Ti; terribles para quienes aún están sumidos en ellos, pueriles para aquel que ya los superó.

Cómo describir el alivio extremo, la deliciosa liviandad que uno experimenta cuando se ha desembarazado de la preocupación por sí mismo, por su vida, por su salud, por su satisfacción e incluso por su progreso.

Este alivio, esta liberación Tú me la concediste, O Tú, Divino Dueño, Vida de mi vida, Luz de mi luz, O Tú que me enseñas constantemente el amor y me das a conocer mi razón de ser.

Eres Tú quien vive en mí, Tú solo; y qué haría yo preocupándome por mí misma y por lo que podría sucederme. Sin Ti el polvo que constituye este cuerpo que se esfuerza por manifestarte se dispersaría amorfo e inconsciente; sin Ti esta sensibilidad que permite la relación con todos los demás centros de manifestación se disiparía en una oscura inercia; sin

Ti este pensamiento que anima y esclarece la síntesis sería difuso, inexpresivo, irrealizado; sin Ti el amor sublime que vivifica, coordina, anima y da calor a todo sería un posible aún no despierto. Sin Ti todo es inerte, brutal o inconsciente. Tú eres todo lo que nos ilumina y nos encanta, toda nuestra razón de ser y todo nuestro propósito. ¿No es esto acaso suficiente para curarnos de cualquier pensamiento personal, para hacernos abrir las alas y planear sobre las contingencias de la vida material, con el fin de volar en Tu atmósfera divina y poder regresar como Tus mensajeros a la Tierra, anunciando la gloriosa noticia de Tu Llegada próxima?

O Divino Dueño, sublime Amigo, maravilloso Instructor, en un silencio fecundo Te saludo.

7 de octubre de 1913

Regresar luego de tres meses de ausencia a la casa que Te está consagrada, Supremo, ha ocasionado dos experiencias. La primera es que en mi ser exterior, en mi conciencia superficial, ya no tengo para nada la impresión de estar en mi casa ni de ser aquí la propietaria de algo: soy una extraña en tierra extraña, mucho más extraña aquí que en pleno campo en medio de los árboles; y sonrío ahora que aprendí lo que ignoraba, sonrío ante la idea de haberme sentido el «ama de casa», como me sentía antes de mi partida; fue necesario hacer trizas, aplastar, pisotear definitivamente todo el orgullo para poder al fin comprender, ver y sentir las cosas tal como son. Solía ofrecerte esta vivienda, Supremo, como si fuera posible que yo poseyera algo y, por lo tanto, que Te lo pudiera brindar. Todo Te pertenece, Supremo, eres Tú quien pone todas las cosas a nuestra disposición; ¡pero qué ciegos somos cuando imaginamos que podemos ser propietarios de alguna! Estoy de visita aquí como en cualquier otro lugar, como en todas partes, soy Tu mensajera y Tu servidora en Tierra, una extranjera en medio de los hombres, y no obstante el alma misma de sus vidas, el amor de sus corazones...

En segundo lugar, toda la atmósfera de la casa está impregnada de una solemnidad religiosa; uno desciende de inmediato a las profundidades; aquí las meditaciones son más recogidas y más serias; la dispersión desaparece y da lugar a la concentración; y siento esta concentración literalmente descendiendo desde mi cabeza y entrando en mi corazón; y me parece que el corazón logra penetrar más hondo que la cabeza. Es como si durante tres meses hubiera estado amando con mi cabeza y ahora comenzara a amar con mi corazón; y eso implica una incomparable solemnidad y dulzura de sentimientos.

¡Una nueva puerta se ha abierto en mi ser y ante mí ha aparecido una inmensidad!

Cruzo el umbral con devoción, sintiéndome apenas digna aún de embarcarme en esta ruta escondida, velada a la vista y como invisiblemente luminosa por dentro.

Todo ha cambiado, todo es nuevo; los viejos hábitos han caído y el recién nacido entreabre los ojos a la reluciente aurora.

22 de noviembre de 1913

Unos minutos transcurridos en silencio ante Ti valen siglos de felicidad...

Permite, Supremo, que todas las sombras se disipen y que, cada vez más, yo pueda ser Tu fiel servidor en constancia y serenidad; que mi corazón sea frente a Ti puro como un puro cristal, para que pueda reflejarte en su totalidad.

Oh, la dulzura de estar en silencio ante Ti...

25 de noviembre de 1913

El mayor adversario de la contemplación silenciosa dedicada a Ti es desde luego este constante registro subconsciente de la multitud de fenómenos con los cuales entramos en contacto. Mientras estamos mentalmente activos, nuestro pensamiento consciente nos oculta este exceso de actividad de nuestra receptividad subconsciente; toda una parte de nuestra sensibilidad, y quizás no la más pequeña, actúa como una cámara de cine sin que lo sepamos y de hecho en contra nuestra. Es sólo cuando acallamos nuestro pensamiento activo —lo cual es relativamente fácil— que vemos esta multitud de pequeños apuntes subconscientes surgir de todas partes y a menudo ahogarnos bajo su desbordado torrente. Y entonces sucede que, tan pronto como intentamos adentrarnos en el silencio de la profunda contemplación, nos asaltan incontables pensamientos —si se les puede llamar pensamientos— que no nos interesan en lo más mínimo, que no representan para nosotros ningún deseo activo, ningún apego consciente, y que sólo nos demuestran nuestra ineptitud para controlar lo que puede describirse como la receptividad mecánica de nuestro subconsciente. Hacer callar todos esos ruidos inútiles, detener esa fastidiosa sucesión de imágenes y purificar su espíritu de esas miles de pequeñas naderías, tan importunas y sin ningún valor, exige un esfuerzo considerable. Y es tanto el tiempo perdido en vano; es un desperdicio terrible.

¿El remedio? De una forma simplista, ciertas disciplinas ascéticas recomiendan la soledad y la inacción: poner su subconsciente al abrigo de todo registro posible; ese me parece un remedio infantil, porque deja al asceta a merced del primer ataque sorpresivo; y si un día, creyendo estar en perfecto dominio de sí mismo, quiere volver con sus semejantes para

socorrerlos, su subconsciente, privado durante tanto tiempo de su actividad receptora, de seguro caerá en ella con más intensidad que nunca tan pronto como se le ofrezca la menor ocasión.

Con certeza hay otro remedio. ¿Cuál? Indudablemente, uno tiene que aprender a controlar su subconsciente así como uno controla su pensamiento consciente. Debe de haber muchos medios para lograrlo. La introspección regular a la manera budista y el análisis metódico de sus sueños —construidos casi siempre a partir de ese registro subconsciente— hacen parte del método por encontrar. Pero sin duda hay algo de más pronta eficacia...

Supremo, Eterno Maestro, Tú serás el Instructor, el Inspirador; Tú me enseñarás lo que hay que hacer, para que, luego de su indispensable aplicación a mi propio caso, yo pueda lograr que otros se beneficien de lo que Tú me hayas enseñado.

Con una tierna y confiada devoción, me inclino ante Ti.

28 de noviembre de 1913

En este calmo recogimiento que precede al amanecer, mejor que en ningún otro momento, mi pensamiento se remonta hacia Ti, Dueño de nuestro ser, en una ardiente plegaria.

Que este día que va a comenzar le aporte a la Tierra y a los hombres un poco más de luz pura y paz verdadera; que Tu manifestación sea más completa y Tu dulce ley más reconocida; que algo más alto, más noble, más verdadero le sea revelado a la humanidad; que un amor más vasto y más profundo se expanda para que las heridas dolorosas cicatricen; y que este primer rayo de Sol que va a despuntar sea el heraldo de alegrías y armonías, un símbolo del glorioso esplendor oculto en la esencia de la vida.

O Divino Maestro, que este día nos aporte una consagración más completa a Tu Voluntad, una entrega más integral a Tu obra, un olvido de sí más total, una iluminación más grande, un amor más puro. Que en una comunión siempre más honda, constante y entera, estemos cada vez más y más unidos a Ti y nos convirtamos en Tus dignos servidores. Elimina de nosotros todo egoísmo, erradica todo orgullo mezquino, toda codicia y toda oscuridad. Que a todos nos incendie Tu Amor divino; haznos Tus antorchas en el mundo.

Un canto de alabanza se eleva silencioso desde mi corazón como el humo blanco de los perfumados inciensos de Oriente.

Y en la serenidad de un perfecto abandono, Te saludo a la luz de este día que se levanta.

29 de noviembre de 1913

¿Por qué todo este ruido, todo este movimiento, esta agitación vana y hueca; por qué este torbellino arrastrando a los hombres como a un enjambre de moscas atrapadas en una tormenta?
¿Qué triste es el espectáculo de toda esa energía desperdiciada, de todos esos esfuerzos perdidos! ¿Cuándo dejarán de bailar como marionetas que no saben quién ni qué maneja los hilos?
¿Cuándo tendrán tiempo de sentarse y entrar en recogimiento, de concentrarse y abrir esa puerta interior que les oculta Tus inestimables tesoros, Tus infinitos dones?...

¡Qué dolorosas y miserables me parecen sus vidas de ignorancia y oscuridad, sus vidas de loca agitación y de dispersión sin provecho —cuando un sola chispa de Tu sublime luz, una sola gota de Tu amor divino puede transformar este sufrimiento en un océano de gozo!

O Supremo, mi plegaria se alza hacia Ti: Que al fin conozcan Tu paz y esa fuerza tranquila e irresistible que proviene de una serenidad inmutable —privilegio de quienes tienen los ojos abiertos y son capaces de contemplarte en el flameante centro de su ser.

Pero ha llegado la hora de Tu manifestación.

Y muy pronto cánticos de júbilo estallarán desde todos los rincones.

Ante la solemnidad de esta hora me inclino devotamente.

13 de diciembre de 1913

Ilumíname, Supremo, permite que no me equivoque. Permite que el respeto infinito, la devoción extrema, ese amor intenso y profundo con el que me acerco a Ti sean convincentes, contagiosos, se irradien y se despierten en todos los corazones.

O Supremo, Eterno Maestro, Tú eres mi Luz y mi Paz; guía mis pasos, abre mis ojos, esclarece mi corazón, y condúceme por los caminos sin rodeos que llevan a Ti.

O Supremo, Supremo, permite que no tenga otra voluntad sino la Tuya y que todos mis actos sean la expresión de Tu divina ley.

Una gran luz me baña por completo, y ya sólo tengo conciencia de Ti...

Paz, paz, paz sobre toda la Tierra.

16 de diciembre de 1913

El amor puro y desinteresado, Tu amor tal como podemos percibirlo y manifestarlo, es la única llave que puede abrir los corazones que Te buscan. Quienes siguen el camino intelectual pueden tener un concepto muy alto y verdadero; pueden tener toda la información sobre qué es la vida verdadera, la vida Una Contigo, pero no la *conocen*; no tienen ninguna experiencia interior de esa vida e ignoran cualquier contacto Contigo. Esos, los que saben intelectualmente y los que para actuar se han encerrado en una construcción que consideran la mejor, son, de entre todos, los más difíciles de convertir; cuesta más despertar en ellos la conciencia del Divino que en cualquier otro ser de buena voluntad. Sólo el amor puede llevar a cabo este milagro, porque el amor abre todas las puertas, penetra todas las murallas, franquea todos los obstáculos. Y un poco de amor verdadero logra más que los más bellos discursos.

Supremo, deja que haga eclosión en mí esta flor de amor puro para que perfume a todos los que se nos acerquen y los santifique con su fragancia.

En este amor se hallan la paz y el gozo, la fuente de toda fuerza y de toda realización. Es el sanador infalible, el consuelo supremo; el vencedor, el mentor soberano.

O Supremo, mi dulce Dueño, Tú a quien adoro en silencio y a quien me he consagrado enteramente, Tú que gobiernas mi vida, inflama mi corazón de Tu amor puro para que arda como un brasero en llamas, consumiendo todas las imperfecciones y transformando en reconfortante calor y en radiante luz la leña muerta del egoísmo y el negro carbón de la ignorancia.

Supremo, me vuelvo hacia Ti con una devoción alegre y grave a la vez, e imploro:

Que Tu amor se manifieste;
Que Tu reino llegue;
Que Tu paz gobierne el mundo.

29 de diciembre de 1913

Supremo, permite que este convencionalismo colectivo del fin de año sea para nosotros la ocasión de ponerle fin, al mismo tiempo, a todo un conjunto de lazos y apegos, ilusiones y debilidades que ya no tienen razón de ser en nuestra vida. A cada momento hay que sacudir el pasado como el polvo que cae, para que no ensucie el camino virgen que, también a cada momento, se abre ante nosotros.

Que nuestros errores, reconocidos y reparados en nuestro interior, no sean más que vanos espejismos incapaces de producir consecuencias, y que apoyando firmemente el pie sobre todo lo que ya no debe ser, sobre todas las ignorancias, todas las oscuridades, todos los egoísmos, emprendamos audazmente nuestro vuelo hacia unos horizontes más anchos y una luz más intensa, una compasión más perfecta, un amor más desinteresado... hacia Ti.

Supremo, Dueño de nuestra vida, Te saludo y anhelo proclamar Tu reino sobre la Tierra.

1º de enero de 1914

A Ti, Dispensador supremo de todos los dones, a Ti que legitimas la vida haciéndola pura, bella y buena, a Ti, Dueño de nuestros destinos y propósito de todas nuestras aspiraciones, Te consagramos el primer minuto de este nuevo año.

Que sea enteramente glorificado mediante esta consagración; que quienes Te anhelan, Te busquen por el buen camino; que quienes Te buscan, Te encuentren; y que quienes sufren sin saber dónde reside el remedio, sientan Tu vida perforar poco a poco la dura corteza de su oscurecida conciencia.

Me inclino con una profunda devoción y un agradecimiento sin límites ante Tu Esplendor bienhechor; a nombre de la Tierra Te doy gracias por manifestarte; en su nombre Te imploro que Te manifiestes cada vez más, en un ininterrumpido crecimiento de Luz y de Amor.

Sé el soberano Rector de nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos.

Tú eres nuestra realidad, la única Realidad.

Sin Ti todo es falsedad e ilusión, todo es lúgubre oscuridad.

En Ti están la vida, la luz y la alegría.

En Ti está la Paz suprema.

2 de enero de 1914

Este maravilloso silencio Te manifiesta a pesar de la desquiciada agitación humana —el inmutable y constante silencio tan vivo en todas las cosas que basta disponer su oído para escucharlo, y que contrasta con todo lo que es ruido fútil, conmoción vana, dispersión inútil de las energías. Permite que florezca en nuestro ser como un generador de luz y paz, y que su poder se irradie sobre todos en ondas bienhechoras.

Eres el sabor de toda vida y la razón de toda actividad, la intención de nuestros pensamientos.

3 de enero de 1914

Siempre es bueno mirarse por dentro de vez en cuando y ver que uno no es nada y nada puede, pero enseguida hay que girar la mirada hacia Ti sabiendo que Tú eres todo y todo puedes.

Tú eres la vida de nuestra vida y
la luz de nuestro ser,
Tú comandas nuestros destinos.

4 de enero de 1914

La marea de pensamientos materiales está siempre al acecho, a la espera de la mínima flaqueza, y si nos descuidamos tan siquiera un momento, si somos tan sólo un poco negligentes, se nos viene encima y nos invade por todos los costados, sumergiéndose bajo sus pesadas corrientes el resultado a veces de inconmensurables esfuerzos. Entonces el ser entra en una especie de embotamiento, sus necesidades físicas de alimento y sueño aumentan, su inteligencia se nubla, su visión interior se vela, y a pesar del poco interés que siente en realidad por esas actividades tan superficiales, eso lo ocupa casi exclusivamente. Es un estado extremadamente penoso y agotador, porque no hay nada más fatigante que los pensamientos de tipo material, y la mente, exhausta, sufre como un ave enjaulada que no puede extender sus alas y que aspira a poder volar libremente.

Pero quizás en este estado hay una utilidad que yo no percibo... En todo caso, no lucho; y como un niño en brazos de su madre, como un ferviente discípulo a los pies de su maestro, me confío a Ti y me abandono a Tu dirección, segura de Tu victoria.

5 de enero de 1914

Hace largo rato estoy delante de este cuaderno sin decidirme a escribir, tanto así es todo en mí mediocre, sin valor, sin sabor, de una banalidad desesperante. Ninguna idea en mi cabeza, ningún sentimiento en mi corazón, una total indiferencia y una flojera insuperable.

¿Semejante estado cómo puede servir para algo?

Soy un verdadero cero en el mundo.

Por otra parte, eso no tiene la menor importancia. Y en tanto que Tu obra se realice, que Tu manifestación tenga lugar y que la Tierra se vuelva cada vez más Tu reino armonioso y fecundo, poco importa que yo culmine o no esta Obra.

Y como es seguro que se realizará, no tendré la menor razón para atormentarme incluso si me dieran ganas de hacerlo. Desde las profundidades hasta la superficie más exterior, todo esto, mi ser, no es más que un puñado de polvo; es natural que se disperse al viento sin dejar huella...

6 de enero de 1914

Tú eres el único propósito de mi vida y el centro de mi aspiración, el eje de mi pensamiento, la llave de mi síntesis. Y como estás más allá de toda sensación, de todo sentimiento y de todo pensamiento, eres la experiencia viva pero inexpresable, la Realidad vivida en las profundidades del ser pero intraducible a nuestras miserables palabras; y como la inteligencia humana es impotente para reducirte a una fórmula, algunos —con cierto desdén— tratan de «sentimiento» al conocimiento que es posible tener de Ti, pero que con certeza está tan lejos del sentimiento como del pensamiento. Mientras uno no haya alcanzado este Conocimiento supremo, no tiene una base sólida ni un centro durable para su síntesis mental y sentimental, y todas las demás construcciones intelectuales no pueden ser sino arbitrarias, artificiales y vanas.

En lo que somos capaces de percibir de Ti, eres eterno silencio y paz perfecta.

Eres toda la perfección que necesitamos adquirir, todas las maravillas por realizar, todo el esplendor por manifestar.

Y todas nuestras palabras son balbuceos de niños cuando nos aventuramos a hablar de Ti.

La mayor reverencia está en el silencio.

7 de enero de 1914

Dales a todos Tu paz y Tu luz, Supremo; abre sus ojos cegados y su entendimiento oscurecido; calma sus inútiles tormentos y sus vanas preocupaciones. Desvía su mirada de sí mismos y dales la alegría de consagrarse a Tu obra sin cálculos ni segundas intenciones. Haz florecer Tu belleza en todas las cosas, despierta Tu amor en todos los corazones, para que Tu orden eternamente progresivo se realice en la Tierra y Tu armonía se propague hasta el día en que todo se haya convertido en Ti en pureza y paz perfectas.

Oh, que todas las lágrimas se sequen, todos los sufrimientos se apacigüen, todas las angustias se disipen, y que la calma serenidad habite los corazones, que la poderosa certeza afiance los cerebros. Que Tu vida circule en todos como una corriente regeneradora y que todos se vuelquen hacia Ti para extraer de esta contemplación la energía de todas las victorias.

8 de enero de 1914

Huyamos de los caminos demasiado fáciles y sin esfuerzo, de los caminos que nos dan la ilusión de haber llegado; huyamos de la negligencia que es la puerta abierta a todas las caídas; huyamos de la complaciente admiración propia que conduce a todos los abismos. Entendamos que por grandes que sean nuestros esfuerzos, nuestras luchas, incluso nuestras victorias, comparado con el camino que queda por recorrer, el que hemos recorrido no es nada; y que todos son iguales —los ínfimos granos de polvo o las idénticas estrellas— de cara a la Eternidad.

Pero Tú eres el triunfador de todos los obstáculos, la Luz que ilumina toda ignorancia, el Amor que vence todo orgullo. Y ningún error puede persistir frente a Ti.

9 de enero de 1914

Supremo, realidad incomprensible; Tú que constantemente huyes de nuestra conquista aunque sea efectiva, y que siempre serás el Desconocido a pesar de todo lo que aprendamos a conocer de Ti, a pesar de todo cuanto le hayamos arrebatado a Tu misterio eterno; queremos, con un esfuerzo completo y constante, combinando las múltiples vías que conducen hacia Ti, avanzar como un oleaje creciente e indomable, rompiendo todos los obstáculos, franqueando todas las barreras, levantando todos los velos, disipando todas las nubes, traspasando todas las oscuridades, avanzar hacia Ti, siempre hacia Ti con un movimiento tan poderoso, tan irresistible, que una multitud sea arrastrada a nuestro paso, y que la Tierra, consciente de Tu nueva y eterna Presencia, comprenda al fin cuáles son sus verdaderos propósitos, y viva en la armonía y la paz de Tu soberana realización.

Instrúyenos siempre más,
Esclarécenos aún más,
Disipa nuestra ignorancia,
Ilumina nuestro espíritu,
Transfigura nuestros corazones,
Y danos este Amor que jamás se marchita y que hace
florecer Tu dulce ley en todo ser.

Somos Tuyos por toda la Eternidad.

10 de enero de 1914

Mi aspiración se eleva hacia Ti siempre idéntica en su forma casi infantil, de una simplicidad banal, pero mi llamado es cada vez más ardiente, y detrás de las torpes palabras se halla todo el fervor de mi voluntad concentrada. Y yo Te imploro, Supremo, a pesar de la ingenuidad de esta expresión tan poco intelectual, yo Te imploro un poco más de luz, de pureza, de sinceridad y de amor verdaderos, y eso es para todos, para la multitud que constituye lo que denomino mi ser, y para la multitud que constituye el ser universal; Te imploro, aun sabiendo que es perfectamente inútil implorarte, porque sólo nosotros, en nuestra ignorancia y en nuestra mala voluntad, podemos obstaculizar Tu gloriosa y total manifestación, pero algo infantil en mí encuentra apoyo en esta actitud mental; Te imploro para que la paz de Tu reino se extienda sobre la Tierra.

O cima inaccesible que incesantemente escalamos sin jamás alcanzar, Realidad única de nuestro ser que tan pronto creemos haber descubierto Te nos escapas; estado maravilloso que creemos aprehender pero que nos lleva más lejos, cada vez más lejos, hacia honduras e inmensidades siempre inexploradas; nadie puede decir «Te conozco», y sin embargo todos Te llevan dentro suyo y en el silencio de sus almas pueden escuchar el eco de Tu voz; pero incluso este silencio es progresivo y, por perfecta que sea la unión que hayamos realizado, mientras debido a nuestro cuerpo pertenezcamos al mundo de lo relativo, esta Unión Contigo será siempre perfectible.

Pero todos estos términos para hablar de Ti no son sino palabrería. Permite que me convierta en Tu fiel servidor.

11 de enero de 1914

A cada instante todo lo imprevisto, lo inesperado, lo desconocido está delante nuestro, a cada instante el universo se recrea en su totalidad y en cada una de sus partes. Y si tenemos una fe verdaderamente viva, si tenemos esta certeza absoluta de Tu realidad todopoderosa y única, a cada instante Tu manifestación podría hacerse tan evidente que todo el universo se transformaría. Pero somos tan esclavos de todo cuanto nos rodea y nos precede, estamos tan determinados por todo el conjunto de lo manifiesto, y nuestra fe es tan débil que somos incapaces incluso de servir de intermediarios para el gran milagro de la transfiguración... Pero, Supremo, yo sé que eso llegará un día. Sé que llegará un día en que Tú transformarás a todos aquellos que se nos acerquen; Tú los transformarás de manera tan radical que, liberados totalmente de las ataduras del pasado, comenzarán a vivir en Ti una vida del todo nueva, una vida únicamente hecha de Ti, de la que Tú serás el Soberano. Y así todos los problemas serán transformados en serenidad, todas las angustias en paz, todas las dudas en certeza, todas las fealdades en armonía, todos los egoísmos en entrega de sí, todas las oscuridades en luz y todos los sufrimientos en bienestar inmutable.

¿Pero acaso no realizaste ya este bello milagro? ¡Lo veo florecer por todas partes a nuestro alrededor!

¡Oh, divina ley de amor y de belleza, libertadora suprema, no existe impedimento para Tu poderío! Sólo nuestra ceguera nos priva del reconfortante espectáculo de Tu victoria constante.

Mi corazón canta un himno de júbilo, y mi pensamiento se ilumina de alegría.

Tu amor trascendente, Tu amor maravilloso es el Dueño
soberano del mundo.

12 de enero de 1914

Una enseñanza sólo puede ser provechosa si es perfectamente sincera, es decir, si se vive al tiempo que se da, y las palabras que se repiten con frecuencia, los pensamientos que se expresan con reiteración ya no pueden ser sinceros...

13 de enero de 1914

Supremo, Tú pasaste sobre mi vida como una gran oleada de amor y cuando me sumergí en ella, supe de manera integral e intensa que Te había ofrecido —¿cuándo?, no sé, en ningún momento preciso y sin duda siempre— mi pensamiento, mi corazón, mi cuerpo en un vivo holocausto.

Y en ese gran amor que me envolvió y en esa conciencia de perfecta renuncia hubo una serenidad inmensa más vasta que el universo y una dulzura tan intensa y tan llena de compasión infinita que lentamente las lágrimas rodaron de mis ojos. Nada estaba más apartado del sufrimiento y de la felicidad a la vez, era la paz inenarrable.

O Amor sublime, centro de nuestra vida, Maravilla de las maravillas, por fin te vuelvo a encontrar y vuelvo a vivir en Ti de nuevo, ¡pero cuánto más poderosamente, cuánto más conscientemente que las otras veces! ¡Cuánto mejor Te conozco y Te comprendo! Cada vez que Te reencuentro, estoy Contigo en una comunión más íntegra, más completa, más definitiva.

O Presencia de belleza inexpresable, pensamiento de suprema redención, soberana potencia de salvación, con qué alegría todo mi ser Te siente viviendo en él, único principio de su vida y de toda vida, asombroso constructor de todo pensamiento, de toda voluntad, de toda conciencia. A este mundo de ilusión, a esta sombría pesadilla, Tú le has conferido Tu realidad divina, y cada átomo de la materia contiene algo de Tu absoluto.

Tú eres, Tú vives, Tú irradias y Tú reinas.

19 de enero de 1914

Supremo, divino Maestro de Amor, Tú eres el eterno vencedor, y quienes se sintonizan perfectamente Contigo, quienes sólo viven por Ti y para Ti, no pueden más que obtener todas las victorias; porque en Ti está la fuerza suprema, la fuerza del completo desinterés, de la clarividencia perfecta, de la bondad soberana.

En Ti, por Ti, todo se transfigura y se glorifica; en Ti se halla la llave de todos los misterios y de todos los poderes. Pero uno sólo puede alcanzarte cuando ya no desea otra cosa que vivir en Ti, servirte, hacer triunfar más rápidamente y para el mayor número de personas Tu obra divina.

Supremo, sólo Tú eres real y todo el resto es ilusión, porque cuando uno vive en Ti, ve y comprende todas las cosas, nada se escapa a Tu conocimiento perfecto, pero todo tiene otra apariencia; porque todo eres Tú esencialmente, todo es el fruto de Tu obra, de Tu magnánima intervención, y en la más siniestra oscuridad Tú has sabido alumbrar una estrella.

Que nuestra devoción vaya siempre en aumento.

Que nuestra consagración siga siempre perfeccionándose.

Y que siendo ya el soberano real de la vida, Te conviertas en su soberano efectivo.

24 de enero de 1914*

O Tú que eres la única realidad de nuestro ser, el sublime Maestro de amor, el Redentor de vida, permíteme no tener otra conciencia que la Tuya a cada instante y en cada ser. Cuando no vivo exclusivamente con Tu vida, yo agonizo, me extingo lentamente; porque Tú eres mi única razón de existir, mi solo propósito, mi exclusivo sostén. Soy como el ave tímida que aún no está segura de sus alas y vacila antes de alzar vuelo; déjame planear bien alto hasta identificarme definitivamente Contigo.

29 de enero de 1914

Es Tu presencia en cada ser, divino Maestro de amor, la que hace que todo hombre, incluso el más cruel, pueda acceder a la piedad, y que el más vil respete, incluso a su pesar, el honor y la justicia. Eres Tú quien por encima de todas las convenciones y todos los prejuicios iluminas con una luz especial, divina y pura, todo cuanto somos y todo cuanto hacemos, y nos pones de manifiesto la diferencia entre lo que hemos alcanzado y lo que podríamos ser.

Tú eres la frontera infranqueable que se contrapone al exceso del mal, la oscuridad y la mala voluntad; Tú eres la esperanza viva en cada corazón de perfecciones posibles y futuras.

Tuyo es todo el fervor de mi adoración.

Tú eres el portal accesible a nuestra concepción que conduce hacia esplendores insospechados e inconcebibles, esplendores que nos serán revelados progresivamente.

30 de enero de 1914

Todo lo que es consciente en mí Te pertenece sin restricción, y poco a poco me esforzaré siempre más por conquistar el subconsciente, el aún oscuro trasfondo.

Divino Maestro de amor, Instructor eterno, Tú diriges nuestras vidas. Sólo en Ti y sólo para Ti queremos vivir; aclara nuestra conciencia, guía nuestros pasos y permite que hagamos lo máximo de cuanto podemos hacer, utilizando todas nuestras energías únicamente para servirte.

31 de enero de 1914

Que cada mañana nuestro pensamiento se remonte con fervor hacia Ti, preguntándote qué podemos hacer mejor para manifestarte y servirte. Que a cada minuto entre las múltiples opciones que podemos elegir y que, pese a su aparente insignificancia, son siempre de gran importancia —porque según nuestra decisión nos sometemos a una u otra categoría de determinismos—, que a cada minuto nuestra actitud sea tal que sea Tu divina voluntad la que determine nuestra elección y así seas Tú quien oriente nuestra vida entera. De acuerdo con la conciencia en que nos hallamos en el momento en que tomamos una decisión, nos sometemos al determinismo del orden de realidades en el que estamos conscientes; de allí las consecuencias, con frecuencia imprevistas y molestas, contrarias a la orientación general de nuestras vidas y que constituyen en ocasiones obstáculos después terribles de sobrepasar. Así pues, Supremo, Divino Maestro de amor, queremos estar conscientes de Ti y sólo de Ti, identificarnos con Tu suprema ley cada vez que decidamos, cada vez que escojamos, para que sea Tu Voluntad la que nos determine y así nuestra vida esté efectiva e integralmente consagrada a Ti.

En Tu Luz habremos de ver, en Tu Sabiduría habremos de saber, en Tu Voluntad habremos de realizar.

1º de febrero de 1914*

Me vuelvo hacia Ti que estás en todas partes y en todo y por fuera de todo, esencia íntima de todo y ajeno a todo, centro de condensación de todas las energías, creador de individualidades conscientes; me vuelvo hacia Ti y Te saludo, liberador de mundos, e identificada con Tu amor divino, contemplo la Tierra y sus criaturas, esta masa de sustancia vaciada en formas perpetuamente destruidas y renovadas, esta masa hormigueante de agregados tan pronto disueltos como constituidos, de seres que imaginan ser individualidades conscientes y duraderas y que son tan efímeros como un soplo, siempre parecidos o casi iguales, en su diversidad, repitiendo indefinidamente los mismos deseos, las mismas tendencias, los mismos apetitos, los mismos e ignorantes errores.

Pero cada tanto Tu sublime luz resplandece en un ser y a través suyo irradia el mundo, y entonces algo de sabiduría, algo de conocimiento, algo de desinteresada fe, de heroísmo y de compasión penetra los corazones de los hombres, transforma sus mentes y libera unos cuantos elementos de esa dolorosa e implacable rueda de la existencia a la que su ciega ignorancia los somete.

¡Pero qué esplendor más alto que todos cuantos han precedido, qué maravilla de gloria y de luz harán falta para sacar a estos seres de la horrible aberración en que los sumergen la vida de las ciudades y las pretendidas civilizaciones! ¡Qué potencia formidable y a la vez divinamente dulce hará falta para apartar todas estas voluntades de la amarga lucha por sus satisfacciones egoístas, mezquinas y tontas, para arrancarlas de esta vorágine que oculta a la muerte detrás de su engañoso centelleo, y para orientarlos hacia Tu armonía conquistadora!

Supremo, eterno Maestro, ilumínanos, guía nuestros pasos, muéstranos el camino hacia la realización de Tu ley, hacia la consecución de Tu obra.

Te adoro en silencio y Te escucho en un religioso recogimiento.

2 de febrero de 1914

Supremo, quisiera ser un amor tan vivo que en él se dobleguen todas las soledades y todos los dolores se apacigüen.

Supremo, Te ruego: ¡haz de mí un brasero ardiente que consuma el sufrimiento y lo transforme en la alegre luz que irradia todos los corazones!

Concédeme esta plegaria: transfórmame en un brasero de amor puro y compasión ilimitada.

5 de febrero de 1914

Qué decir que no sea siempre la misma e idéntica aspiración: es necesario que la ley de amor divino, la más pura expresión de lo que podemos concebir de Ti, se realice cada vez más sobre la Tierra y triunfe sobre todo egoísmo ignorante; es necesario que cada vez más perfectamente nos volvamos los fieles servidores de esta fuerza de amor y de luz, que vivamos en ella y por ella, que sea ella la única que viva y actúe en nosotros.

Supremo, conviértete en el soberano Regente de nuestras vidas y disipa todas las oscuridades que aún puedan impedirnos verte y comulgar constantemente Contigo.

Líbranos de toda ignorancia, líbranos de nosotros mismos para que abramos de par en par las puertas de Tu gloriosa manifestación.

7 de febrero de 1914

Para quien está integralmente unido a Ti, y por eso es constantemente consciente de la acción que Te expresa de la manera más perfecta de acuerdo con las circunstancias, ya no es necesaria ninguna regla exterior. Los principios de la vida no son, en suma, más que últimos recursos para disminuir en la medida de lo posible la ignorancia de quienes todavía no Te conocen, y para remediar bien o mal los momentos de ceguera y de oscuridad de quienes sólo tienen Contigo un contacto intermitente.

Imponerse reglas a sí mismo y hacerlas generales, es decir tan flexibles como sea posible, es bueno, pero con la condición de que uno sólo las considere como luces artificiales que no habría que emplear sino cuando falte la plena y natural claridad de la comunión Contigo. La constante revisión de esas reglas se impone, por lo demás, porque sólo pueden ser la expresión de un conocimiento actual y deben forzosamente beneficiarse de todo aumento, de toda mejora del conocimiento.

Es por eso que meditando sobre la actitud que conviene tener ante quienes se nos aproximan, con el fin, no sólo de abstenerse de causarles algún daño, sino sobre todo de esforzarse por hacerles el mayor bien posible —es decir de ayudarlos al máximo a hacer el descubrimiento supremo, el descubrimiento de Ti en ellos—, me pareció que ninguna regla era lo suficientemente vasta ni lo suficientemente dúctil para adaptarse perfectamente a Tu ley, y que la única solución verdadera era estar en comunión Contigo siempre, con el fin de que la solución se adapte perfectamente a la infinita diversidad de circunstancias.

8 de febrero de 1914

Supremo, dulce Maestro de amor, Tú que nos haces emerger de las sombras para despertarnos a la conciencia, que nos libras del sufrimiento para que comulguemos en Tu paz eterna, hacia Ti se apresura todas las mañanas mi ardiente aspiración implorando para que mi ser, íntegramente despierto a Tu conocimiento, no viva sino a través Tuyo, en Ti, para Ti; implorando para que cada vez más y más perfectamente identificada contigo, yo no sea sino Tú, manifiesto en palabras y en actos; implorando para que todos aquellos que se nos acercan, todos los que están en contacto con nosotros, se despierten al pleno conocimiento de Tu divina presencia, de Tu ley soberana, y se dejen transformar por ella definitivamente; implorando para que todos los hombres, a pesar de su amargo sufrimiento, sientan que en la Tierra está amaneciendo la sublime consolación de Tu luz y de Tu amor y el maravilloso alivio de Tu paz; implorando para que toda sustancia, cada vez más y más impregnada de Tus fuerzas soberanas, Te oponga cada vez menos y menos la resistencia de la ciega ignorancia, y que triunfando sobre toda oscuridad Tú transfigures definitiva e integralmente este universo de lucha y angustia en un universo de armonía y paz...

Con el fin de que Tu ley se cumpla.

9 de febrero de 1914

Sin importar los nombres que te da, Supremo, la élite de la humanidad, sedienta de absoluto, Te busca arduosamente. Aun quienes más parecen alejarse de Ti, aun los que están únicamente ocupados de sí mismos, ¿no buscan acaso un absoluto en la sensualidad, un absoluto en la satisfacción? Y a pesar de la vanidad que conlleva, también esa búsqueda puede eventualmente conducir hacia Ti. Estás de sobra en el centro, en el corazón de todas las cosas para que hasta los peores egoísmos no sean transformados por Ti en aspiraciones... Lo único de lo que hay que desconfiar y huir es de la inerte inconsciencia, de la ciega y pesada ignorancia. Ese estado se encuentra en el peldaño más bajo de la escalera infinita que asciende hasta Ti. Y todo Tu esfuerzo consiste en expulsar la Materia fuera de esa oscuridad primaria para hacerla nacer a la conciencia. Incluso la pasión es preferible a la inconsciencia. De manera que necesitamos avanzar constantemente en la conquista de ese trasfondo universal de inconsciencia y transformarlo paso a paso a través de nuestro organismo en conciencia luminosa.

A Ti, Supremo, dulce Maestro de amor, a quien veo tan vivo, tan consciente en todo, Te adoro con una devoción sin límite.

10 de febrero de 1914

Con paz en el corazón, luz en el espíritu, Te sentimos, Supremo, tan vivo en nosotros, que aguardamos los acontecimientos con serenidad, sabiendo que Tu camino está por doquier puesto que lo llevamos en nuestro ser, y que en todas las circunstancias podemos volvernos los emisarios de Tu palabra, los servidores de Tu obra.

Con una devoción calma y pura Te saludamos y Te reconocemos como la única Realidad de nuestro ser.

11 de febrero de 1914

Tan pronto como uno se eleva por sobre la visión contingente, tan pronto como uno identifica su conciencia con Tu suprema conciencia y entra en esta omnisciencia que no puedo definir sino como absoluta Sabiduría, qué fáciles y hasta un tanto infantiles parecen todos los problemas relacionados con lo que se debe hacer o no, con todas las decisiones que hay que tomar.

Desde el punto de vista de la obra eterna, lo único importante es tomar conciencia de Ti, identificarse Contigo y mantener constantemente esta identificación consciente. Pero en lo que concierne al mejor uso de nuestro organismo físico —Tu modo de manifestación en la Tierra—, dado que sólo Tú eres consciente en nosotros, basta girar la mirada hacia este cuerpo para saber indiscutiblemente cuál es la cosa que mejor puede hacer, cuál es la actividad que empleará de la manera más completa sus energías.

Y sin otorgarle mucha importancia a esta actividad, a esta utilización del todo relativa, uno puede tomar, sin ninguna dificultad, sin ninguna discusión interior, decisiones que, ante la conciencia exterior, lucen como las más audaces, las más aventuradas.

¡Cómo resulta todo de simple para quien ve las cosas desde la cima de Tu eternidad!

Ante Ti me inclino, Supremo, con alegre y confiada devoción.
¡Que la paz de Tu amor divino sea en todos los seres!

12 de febrero de 1914

Cuando, consciente de Tu suprema conciencia, uno considera todas las circunstancias terrestres, se percata de su total relatividad y dice: «Hacer esto o aquello, en definitiva no tiene mayor importancia; no obstante, tal modo de acción será la mejor manera de usar tal facultad o tal temperamento. Todas las acciones, cualquiera que sean, incluso las más contradictorias en apariencia, pueden ser la expresión de Tu ley en la medida en que estén impregnadas de la conciencia de esta ley, que no es una ley de aplicación práctica que se pueda traducir a principios o a reglas en la conciencia humana ordinaria, sino que es una ley de actitud, de conciencia constante y general, algo que no se expresa mediante fórmulas sino que se vive».

Pero tan pronto como uno recae en la conciencia ordinaria, no puede tratar nada a la ligera o con indiferencia; las más mínimas circunstancias, los actos más nimios tienen una gran importancia y se deben sopesar con seriedad; porque a cada instante debemos tratar de hacer aquello que facilitará la identificación de nuestra conciencia con la conciencia eterna, y evitar cuidadosamente todo cuanto pueda obstaculizar esta identificación. Es entonces cuando las reglas de conducta basadas en el perfecto desinterés personal deben adquirir todo su valor.

Con la paz en el corazón, la luz en el espíritu y la esperanza nacida de la certeza en todo mi ser, yo Te reverencio, Supremo, divino Maestro de amor eterno.

Tú eres nuestra razón de ser y nuestro propósito.

13 de febrero de 1914

En el silencio de una intensa concentración quiero unir mi conciencia a Tu conciencia absoluta, quiero identificarme Contigo, soberano Supremo de nuestro ser, divino Maestro de amor, para que Tu ley se nos vuelva perceptible y clara y sólo vivamos por ella, para ella.

¡Qué bello, grande, simple y tranquilo es todo durante las horas en que mi pensamiento emprende su vuelo hacia Ti y se Te une! Y desde el día en que nos sea posible mantener constantemente esta suprema clarividencia, ¡cómo caminaremos por la vida, con paso a la vez etéreo y firme, por encima de los obstáculos y sin vacilación! Porque —lo sé por experiencia— toda duda, todo titubeo cesa en el momento en que uno es consciente de Tu ley; y si uno percibe claramente la extrema relatividad de toda acción humana, uno sabe, al mismo tiempo, con exactitud y precisión, cuál es la menos relativa de todas las acciones con relación a su cuerpo y a su propia manera de actuar... y los obstáculos se desvanecen *realmente* como por encanto. Todos nuestros esfuerzos tenderán de aquí en adelante, Supremo, a alcanzar cada vez más constantemente este maravilloso estado.

¡Que la paz de Tu certeza se despierte en todos los corazones!

14 de febrero de 1914*

¡Paz, paz sobre toda la Tierra!

Que todos escapen de la conciencia ordinaria y sean liberados del apego por las cosas materiales; que se despierten al conocimiento de Tu divina presencia, se unan a Tu conciencia suprema y prueben la plenitud de paz que eso produce.

Supremo, Tú eres el soberano maestro de nuestro ser. Tu ley es nuestra ley, y con toda nuestra fuerza aspiramos a identificar nuestra conciencia con Tu conciencia eterna, para llevar a cabo Tu obra sublime en todas las cosas y a cada instante.

Supremo, líbranos de toda preocupación por las contingencias, líbranos de la percepción ordinaria de las cosas. Permite que de aquí en adelante sólo veamos con Tus ojos y sólo actuemos mediante Tu voluntad. Transfórmanos en antorchas vivas de Tu amor divino.

Con veneración, con devoción, en una jubilosa consagración de todo mi ser yo me entrego, Supremo, al cumplimiento de Tu ley.

¡Paz, paz sobre toda la Tierra!

15 de febrero de 1914*

Supremo, Realidad única, Luz de nuestra luz y Vida de nuestra vida, Amor sublime, Salvador del mundo, permite que me percate cada vez más perfectamente de Tu constante presencia. Que todos mis actos concuerden con Tu ley; que no haya ninguna diferencia entre mi voluntad y la Tuya. Líbrame de la conciencia ilusoria de mi mente, de su mundo de fantasías; permíteme identificar mi conciencia con la Absoluta Conciencia, porque eso eres Tú.

Dame constancia en la voluntad de alcanzar el propósito, dame firmeza, energía y ese coraje que sacude toda torpeza y lasitud.

Dame la paz del perfecto desinterés, la paz que hace sentir Tu presencia y que hace eficaz Tu intervención, la paz que siempre vence toda mala voluntad y toda oscuridad.

Concédeme, Te imploro, que todo en mi ser se identifique contigo. Que yo ya no sea más que una llamada de amor totalmente despierta a la sublime percatación de Ti.

16 de febrero de 1914

O Supremo, Realidad única, Conciencia verdadera, Unidad permanente, soberano reposo de la luz perfecta, con qué intensidad aspiro a ser consciente sólo de Ti, a no ser sino Tú. Este torbellino incesante de personalidades irreales, esta multiplicidad, esta complejidad, esta confusión excesiva, inextricable, de pensamientos en conflicto, de tendencias en lucha, de deseos en batalla, me parecen cada vez más aterradores. Hay que salir de este mar enfurecido, atracar en la serenidad de Tu apacible ribera. Dame la energía del nadador infatigable. Me propongo conquistarte, sin importar qué esfuerzos se requieran... O Supremo, es necesario vencer la ignorancia, disipar la ilusión, que este universo doloroso salga de su atroz pesadilla, que cese su sueño pavoroso, para despertarse por fin a la conciencia de Tu Realidad única.

¡O Paz inmutable, libera a los hombres de la ignorancia; que por doquier reine Tu Luz plena y pura!

17 de febrero de 1914

O Supremo, con qué ardor mi aspiración se remonta hacia Ti: danos la plena conciencia de Tu ley, la percepción constante de Tu voluntad, para que nuestra decisión sea Tu decisión, para que nuestra vida se consagre sólo a Tu servicio y exprese Tu inspiración lo más perfectamente posible.

O Supremo, disipa toda oscuridad, toda ceguera; ¡que cada uno pueda disfrutar de la serena certeza que proporciona Tu divina iluminación!

19 de febrero de 1914

¡Supremo, mantente presente en mi pensamiento! No es que Te lo pida, pues sé que Tu Presencia es constante y soberana, sé que todo lo que vemos y todo lo que se escapa a nuestra vista es tal como es sólo gracias a Tu maravillosa intervención, a causa de Tu divina ley de amor; pero lo digo y lo repito, lo imploro, para librarme del olvido y de la negligencia.

¡Oh, convertirse en Tu amor vivo al punto de transfigurar e iluminar todas las cosas; al punto de hacer nacer en todos la paz y la benévola satisfacción!

¡Oh, convertirse en Tu divino amor clarividente y puro, serlo en todo lugar y siempre...!

20 de febrero de 1914

Lo único importante, lo único que cuenta es querer identificarse Contigo cada vez más, unir nuestra conciencia a Tu Conciencia absoluta, ser cada vez más un apacible, calmado, desinteresado, fuerte servidor de Tu ley soberana, de Tu amorosa voluntad.

O Supremo, dame la paz del perfecto desinterés, la paz que hace Tu Presencia efectiva, Tu intervención eficaz, la paz que siempre vence cualquier mala voluntad, cualquier oscuridad.

Supremo, muy humildemente ruego estar a la altura de mi tarea, que nada en mí, consciente o no, Te traicione negándose a servir Tu sagrada misión.

En silenciosa devoción, me inclino ante Ti...

21 de febrero de 1914

Cada día, cada instante debería servir de ocasión para una consagración nueva y más completa; y no una de esas consagraciones entusiastas y trepidantes, hiperactivas, llenas de la ilusión de la obra, sino una consagración profunda y silenciosa que no sea forzosamente visible, sino que penetre y transfigure toda la acción. Nuestro espíritu apacible y solitario debería reposar siempre en Ti y tener desde esa cúspide pura la percepción exacta de las realidades, de la Realidad única y eterna que hay detrás de las inestables y fugitivas apariencias.

O Supremo, mi corazón está purificado de la turbación y de la angustia; está firme y calmo, y Te ve en todas las cosas; y sean cuales sean nuestras acciones exteriores, sean cuales sean las circunstancias que nos reserva el futuro, yo sé que sólo Tú vives, que sólo Tú eres real en Tu inmutable permanencia, y es en Ti que vivimos...

Que haya paz en toda la Tierra.

22 de febrero de 1914

Cuando era una niña —hacia los trece años y durante un año más o menos—, todas las noches, tan pronto me acostaba, tenía la impresión de que salía de mi cuerpo y me elevaba justo por encima de la casa y luego muy alto, por encima de la ciudad. Me veía entonces vestida con un magnífico traje dorado, más largo que yo; y a medida que ascendía, este traje se estiraba y se extendía circularmente a mi alrededor para formar una especie de toldo inmenso que cubría la ciudad. Entonces veía salir de todos los costados a hombres, mujeres, niños, ancianos, enfermos, desamparados; todos se congregaban bajo el traje extendido, implorando socorro, contando sus miserias, sus sufrimientos, sus penas. En respuesta, el traje, flexible y vivaz, se alargaba hasta cada uno de ellos individualmente y desde el instante en que lo tocaban, se consolaban o se curaban, y regresaban a sus cuerpos más felices y más fuertes que antes. Nada se me antojaba más bello, nada me hacía más feliz; y todas mis actividades durante la jornada me parecían monótonas y grises, sin vida eral, comparadas con esta actividad de la noche que era para mí la vida verdadera. Con frecuencia, mientras me estaba elevando veía a mi izquierda a un anciano silencioso e inmóvil, que me observaba con afecto benévolo y me exhortaba con su presencia. Ese anciano, que vestía un largo traje de color violeta oscuro, era la personificación —lo supe después— de aquel a quien se denomina el Hombre de los Padecimientos.

Ahora esa profunda experiencia, esa realidad casi inexpresable, se traduce en mi cerebro mediante otras nociones que puedo definir así:

Muchas veces durante el día y durante la noche tengo la impresión de que estoy, o más bien de que mi conciencia está

concentrada por completo en mi corazón, que ya no es un órgano, ni siquiera un sentimiento, sino el Amor divino, impersonal, eterno; siendo este Amor, yo me siento vivir en el centro de cada una de las cosas que hay sobre toda la Tierra, y al mismo tiempo me parece como si me prolongara a través de brazos inmensos, infinitos, y envolviendo en una ternura sin límite a todos los seres, los estrechara, los apiñara, los apretara sobre mi pecho más vasto que el universo... Las palabras son pobres y torpes, oh Maestro, y las traducciones mentales son siempre infantiles... Pero mi aspiración por Ti es constante y, a decir verdad, sueles ser Tú mismo y sólo Tú quien vive en mi cuerpo, imperfecto medio para manifestarte.

¡Que todos los seres sean felices en la paz de Tu iluminación!

23 de febrero de 1914

Permite, Supremo, que sea cada vez más consciente de Tu ley, es decir «uno» con ella, con el fin de favorecer su manifestación en todas las cosas.

Supremo, permite que domine mi pensamiento vagabundo, que viviendo en Ti, perciba la vida sólo a través Tuyo, y que la ilusión de la realidad material se acabe y sea remplazada por una percepción más acorde con Tu realidad eterna.

Déjame vivir constantemente en Tu Amor divino, para que sea él quien viva en mí y a través mío.

Permite que yo sea la colaboradora eficaz y clarividente y que todo en mí favorezca la plenitud de Tu manifestación.

Conozco todas mis imperfecciones, mis dificultades, mis debilidades, presiento mis ignorancias, pero deposito toda mi confianza en Ti y me inclino ante Ti con una silenciosa devoción.

25-26 de febrero de 1914

Quien quiera servirte dignamente no debe estar apegado a nada, ni siquiera a las actividades que le permiten comulgar más conscientemente Contigo... Pero si, como resultado del conjunto de circunstancias, las cosas materiales ocupan un lugar aún mayor en la vida que de costumbre, hay que saber no dejarse absorber por ellas, conservar en el fondo del corazón la clara visión de Tu presencia, y vivir constantemente en esa serena paz que nada puede enturbiar...

Oh, hacerlo todo viéndote sólo a Ti por doquier, y así planear por encima del acto realizado, sin que ninguna cadena que nos aprisione a tierra haga pesado el vuelo...

O Supremo, permite que la ofrenda que Te hago de mi ser sea integral y eficaz.

Con respetuosa y tierna devoción me inclino ante Ti,
inexpresable Esencia, Realidad inconcebible, Innombrable.

27 de febrero de 1914

O Supremo, intuyo la felicidad infinita que comparten quienes Te han consagrado enteramente la vida. Y no depende de las circunstancias exteriores, sino del estado de su ser y de su mayor o menor iluminación. La perfecta consagración a Tu ley no deja de introducir modificaciones en el conjunto de circunstancias, pero no son ellas las que permiten y expresan esta perfecta consagración. Quiero decir que no es en determinadas circunstancias, siempre las mismas para todos, que Tu ley se manifiesta; para cada quien esta manifestación es diferente de acuerdo con su temperamento, es decir, de acuerdo con la misión que le ha sido momentáneamente asignada en la vida física.

Pero lo que es invariable y universal es la paz gozosa, la serenidad luminosa e inmutable de todos los que se consagran únicamente a Ti, de quienes ya no tienen consigo ninguna oscuridad, ignorancia, apego egoísta ni mala voluntad.

Oh, que todos se despierten a esta paz divina.

1º de marzo de 1914

Es en uno mismo donde yacen todos los obstáculos, es en uno mismo donde se hallan todas las dificultades, es en uno mismo donde están todas las sombras y todas las ignorancias. Podemos pasearnos por toda la Tierra, podemos ir a enterrarnos en cualquier forma de soledad, romper con todos nuestros hábitos, llevar la vida más ascética, pero si cualquier lazo de ilusión retiene nuestra conciencia lejos de Tu Conciencia absoluta, si cualquier apego egoísta nos priva de la comunión integral con Tu Amor divino, no nos habríamos acercado más a Ti a pesar de las circunstancias exteriores. ¿Hay acaso unas circunstancias más favorables que otras? Lo dudo; es la idea que nos hacemos de ellas la que nos permite sacar más o menos provecho de las lecciones que nos dan.

O Supremo, ¡Te imploro! Permite que sea perfectamente consciente y rectora del agregado que constituye esta personalidad, con el fin de librarme de mí misma y que sólo Tú vivas y actúes a través de estos múltiples elementos.

Vivir en el Amor, por el Amor, para el Amor, indisolublemente unida a Tu más alta manifestación...

¡Siempre más luz, más belleza, más verdad!

3 de marzo de 1914

A medida que el día de la partida se acerca, entro en una especie de recogimiento; me vuelvo con una solemnidad enternecida hacia todas esas miles de pequeñas naderías que nos rodean y que silenciosamente han jugado durante tantos años su papel de amigas fieles; les agradezco con gratitud todo el encanto que han sabido darle exteriormente a nuestra vida; espero que, si está en su destino pasar por más o menos tiempo en manos distintas a las nuestras, esas manos les sean dulces y sepan del mucho respeto que se debe, o Supremo, a lo que Tu divino Amor ha hecho surgir de la oscuridad inconsciente del caos.

Luego me vuelvo hacia el futuro, y mi mirada se hace todavía más solemne. Lo que nos reserva, no lo sé y no busco saberlo; las circunstancias exteriores no tienen importancia; tan sólo quisiera que fuera para nosotros el comienzo de un nuevo periodo interior, o, más desprendidos de las cosas materiales, que pudiéramos estar más conscientes de Tu ley y más exclusivamente consagrados a su manifestación; que sea un periodo de mucha más luz, de mucho más amor, de una dedicación más perfecta a Tu causa.

En una silenciosa adoración, Te contemplo.

4 de marzo de 1914

Es la última vez, después de mucho tiempo sin duda, que escribo sobre este escritorio, en esta tranquila habitación impregnada de Tu Presencia. Es probable que no pueda escribir durante los próximos tres días... Con recogimiento contemplo la página que da vuelta, desvaneciéndose en el sueño del pasado, y observo la página en blanco potencialmente llena del sueño del futuro... Y sin embargo, qué poca cosa parece, qué infantil y sin importancia, vista a la luz de Tu eternidad. Lo único que tiene importancia es obedecer Tu ley con amor y alegría.

O Supremo, permite que todo en nosotros Te adore y Te sirva.

¡Que todos tengan Paz!

Ginebra, 6 de marzo de 1914

Después de haber sufrido vívidamente con ellos su sufrimiento, me giré hacia Ti, para intentar curarlo infundiéndole un poco de este Amor divino, fuente de toda paz y de toda alegría. No hay que huir del sufrimiento, tampoco hay que amarlo y cultivarlo, hay que saber adentrarse en él lo suficiente hasta hacer de él una palanca lo bastante poderosa para forzar las puertas de la conciencia eterna y entrar en la serenidad de Tu Unidad invariable.

Desde luego este apego sentimental y físico que produce un desgarramiento cuando los cuerpos se separan, es infantil desde un cierto punto de vista, cuando se contempla la impermanencia de las formas exteriores y la realidad de Tu Unidad esencial; pero por otra parte este apego, este afecto personal, ¿no son acaso un esfuerzo inconsciente de los hombres por realizar exteriormente, en la medida de lo posible, esta unidad fundamental hacia la cual tienden siempre sin siquiera darse cuenta? Y justamente a causa de eso el sufrimiento ocasionado por la separación, ¿no es acaso uno de los medios más eficaces de sobrepasar esta conciencia exterior, de remplazar este apego superficial por la realización integral de Tu Unidad eterna?

Fue eso lo que les deseé a todos; fue lo que ardientemente quise para ellos, y es por eso que Te confíé su pena para que Tú la sanes iluminándola, convencida de Tu victoria, segura de Tu triunfo.

O Supremo, permite que toda esta belleza de afecto y de ternura sea transformada en glorioso conocimiento.

Permite que de toda cosa surja lo mejor, y que Tu Paz satisfecha reine sobre la Tierra.

A bordo del *Kaga Maru* **7 de marzo de 1914**

Tú fuiste ayer con nosotros como la más maravillosa de las protecciones; Tú permitiste que Tu ley triunfara hasta en la más exterior manifestación. A la violencia le respondió la calma; a la brutalidad, la fuerza de la dulzura; y allí donde habría podido tener lugar un desastre irreparable, Tu poder fue glorificado. ¡Supremo, con qué fervorosa gratitud saludé Tu presencia! Fue para mí la certera señal de que tendremos la fuerza de actuar, de pensar, de vivir en Tu nombre y para Ti; no sólo en la intención y la voluntad, sino efectivamente, en una realización integral.

Esta mañana mi plegaria asciende hacia Ti, siempre con la misma aspiración: vivir Tu amor, irradiar Tu amor, con tal poder y eficacia que todos se sientan fortalecidos, regenerados e iluminados ante nuestro contacto. Poder sanar la vida, aliviar los sufrimientos, generar paz y serena confianza, borrar la angustia y reemplazarla por la percepción de la verdadera felicidad, esa que se funda en Ti y que no se acaba nunca... ¡Supremo, Amigo maravilloso, Amo y Señor todopoderoso, penetra todo nuestro ser, transfigúralo hasta que sólo Tú vivas en nosotros y a través nuestro!

8 de marzo de 1914*

Frente a este tranquilo amanecer que hizo que todo en mi interior se tornara apacible y silencioso, en el momento en que tomé conciencia de Ti y sólo Tú estuviste vivo en mí, O Supremo, me pareció que adopté a todos los habitantes de este barco y los envolví a todos en un amor ecuánime, y que así en cada uno de ellos algo de Tu conciencia se despertó. Rara vez había sentido con tanta fuerza Tu potencia divina y Tu luz invencible, y de nuevo mi confianza fue total y mi abandono alegre y sin mezcla.

¡Tú que alivias todos los sufrimientos y disipas todas las ignorancias, Tú el sublime sanador, haz presencia constante en el corazón de todos los que abriga este navío para que Tu gloria se manifieste de nuevo!

9 de marzo de 1914*

Quienes viven para Ti y en Ti pueden cambiar de entorno físico, de costumbres, de clima, de medio, pero por doquier encuentran la misma atmósfera; es la atmósfera que llevan consigo mismos, en su pensamiento constantemente puesto en Ti. En todas partes se sienten en casa, porque en todas partes están en Tu casa. Ya no se maravillan ante lo novedoso, lo inesperado o lo pintoresco de las cosas ni de los lugares; para ellos, es Tu Presencia la que se manifiesta en todo y Tu inalterable esplendor, que nunca los abandona, les resulta evidente en el más mínimo grano de arena. Toda la Tierra canta Tus alabanzas; a pesar de la oscuridad, la miseria, la ignorancia, a través de todo eso, sigue siendo la gloria de Tu amor la que percibimos y con la que podemos comulgar a cada momento y en todo lugar.

Supremo, mi dulce Maestro, todo esto lo experimento de manera constante en este barco que me parece un maravilloso territorio de paz, un templo navegando en Tu honor sobre las olas de la pasividad subconsciente que debemos conquistar y despertar a la conciencia de Tu divina Presencia.

¡Bendito sea el día en que Te conocí, Inefable Eternidad!

¡Bendito entre todos los días sea el día en que la Tierra, al fin despierta, Te conozca y viva sólo para Ti!

10 de marzo de 1914

En el silencio de la noche Tu Paz reinaba sobre todas las cosas, en el silencio de mi corazón Tu Paz reina siempre; y cuando estos dos silencios se unieron, Tu Paz fue tan poderosa que ninguna perturbación de ningún tipo se le pudo oponer. Entonces pensé en todos los que estaban de guardia en el barco para asegurar y proteger nuestro curso, y en agradecimiento quise hacer nacer y vivir Tu Paz en sus corazones; después pensé en todos los que, confiados y despreocupados, dormían el sueño de la inconsciencia, y con solicitud por sus miserias, con piedad por sus sufrimientos latentes que se despertarían en ellos al mismo tiempo que su sueño, quise que un poco de Tu Paz habitara en sus corazones e hiciera nacer en ellos la vida del espíritu, la luz que disipa la ignorancia. Después pensé en todos los habitantes de este vasto mar, los visibles y los invisibles, y quise que sobre ellos se extendiera Tu Paz. Después pensé en los que dejamos lejos y cuyo afecto nos acompaña, y con una gran ternura, quise para ellos Tu Paz consciente y durable, la plenitud de Tu Paz hasta donde fueran capaces de recibirla. Después pensé en todos aquellos hacia los que nos dirigimos, agitados por preocupaciones infantiles y peleando en la ignorancia y el egoísmo por las mezquinas rivalidades de sus intereses; y con ardor, en una gran aspiración, pedí para ellos la plena luz de Tu Paz. Después pensé en todos los que conocemos, en todos los que ignoramos, en todas las vidas que se están gestando, en todo lo que ha cambiado de forma, en todo lo que aún no se ha formado, y para todo eso, incluso para todo aquello en lo que no puedo pensar, para todo cuanto está presente en mi memoria y para todo cuanto olvido, en hondo recogimiento y en muda adoración yo imploré Tu Paz.

12 de marzo de 1914

Supremo, mi única aspiración es conocerte mejor y servirte mejor cada día. ¿Qué importan las circunstancias exteriores? Cada día me parecen más vanas y más ilusorias, y cada vez me intereso menos por lo que nos acaecerá exteriormente; pero cada vez estoy más intensamente interesada en el único hecho que me parece importante: conocerte mejor con el fin de servirte mejor. Es necesario que todos los eventos exteriores concurren en este propósito y sólo en este propósito; y para eso todo depende de la actitud que tengamos frente a ellos. Buscarte constantemente en todas las cosas, querer manifestarte cada vez mejor en todas las circunstancias; en esa actitud se halla la Paz suprema, la serenidad perfecta, el verdadero contento. En ella la vida se expande, se ensancha, se extiende tan magníficamente en ondas tan majestuosas que ninguna tormenta puede volver a perturbarla.

O supremo, Tú eres nuestra salvaguarda, nuestra única ventura, Tú eres nuestra luz resplandeciente, nuestro amor puro, nuestra esperanza y nuestra fuerza. ¡Tú eres nuestra vida, la realidad de nuestro ser!

Con reverente y alegre devoción yo Te saludo.

13 de marzo de 1914

¡Cuántos niveles distintos de conciencia! Esta palabra habría que reservarla para lo que se ha iluminado en un ser mediante Tu Presencia, lo que se ha identificado Contigo y participa de Tu Conciencia absoluta, para lo que conoce, lo que está «perfectamente despierto», como dice el Buda.

Por fuera de este estado hay infinitos grados de conciencia que descienden hasta la completa oscuridad, la verdadera inconsciencia, que puede ser un dominio que todavía no haya tocado la luz de Tu Amor divino (lo cual parece imposible en la sustancia física), o bien que está —debido a alguna razón de la ignorancia— por fuera de nuestro rango individual de percepción.

Sin embargo, esa no es más que una manera, y muy incompleta, de hablar; porque en el momento en que el ser se percata de Tu Presencia y se identifica con Tu Conciencia, se vuelve consciente en todas las cosas y en todas partes. Pero la fugaz duración de esta conciencia suprema sólo se puede explicar debido a la complejidad de los elementos del ser, a su dispareja iluminación y al hecho de que entran en actividad progresivamente. Por lo demás, es gracias a esta progresiva actividad que poco a poco pueden tomar conciencia de sí mismos como resultado de su experiencia objetiva y subjetiva (que es una sola), es decir, descubrirte en su esencia insondable.

El subconsciente es la zona intermedia entre la percepción precisa y la ignorancia, la oscuridad total; es probable que la mayoría de los seres, incluso los seres humanos, vivan constantemente en esta subconsciencia; pocos emergen de ella. Esa es la conquista que hay que llevar a cabo; porque ser

consciente en el verdadero sentido de la palabra es ser Tú integralmente; ¿y no es esta la definición misma de la obra que hay que efectuar, de la misión que hay que cumplir en la Tierra?

O Supremo, libéranos de la oscuridad; permite que lleguemos a estar perfectamente despiertos...

Dulce Maestro de Amor, permite que toda mi conciencia se concentre en Ti para que yo sólo viva del amor y la luz, y que el amor y la luz irradien a través mío y se despierten en todo a nuestro paso; que este viaje físico sea como el símbolo de nuestra acción y que por doquier dejemos Tu huella como una estela de luz y de amor.

O divino Rector, eterno Instructor, Tú vives en cada cosa, en cada ser, y Tu amor estalla a la vista incluso del más ignorante. Permite que todos tomen conciencia de él en las profundidades de su ser y que el odio desaparezca para siempre de sus corazones.

Mi agradecimiento fervoroso se eleva hacia Ti como un incansable canto.

14 de marzo de 1914

En la inmutable soledad del desierto hay algo de Tu majestuosa presencia, y comprendo por qué uno de las mejores maneras de encontrarte siempre ha sido retirarse a estas inmensas planicies de arena.

Pero para quien Te conoce, Tú te encuentras en todas partes, en todas las cosas, y ninguna parece más propicia que otra para manifestarte; porque para expresarte son necesarias todas las cosas que existen —y muchas otras que aún no. Cada cosa, en virtud de Tu divina intervención de amor, es un esfuerzo de la vida hacia Ti; y tan pronto como se levanta el sello de nuestros ojos, percibimos este esfuerzo constantemente.

Supremo, mi corazón está sediento de Ti y mi pensamiento Te busca sin cesar. En una muda adoración Te reverencio.

15 de marzo de 1914

Mi pensamiento está lleno de Ti, mi corazón está pleno, todo mi ser está colmado de Tu Presencia, y la paz va en aumento, produciendo esta felicidad tan especial, sin mezcla, de una tranquila serenidad, que parece vasta como el universo, profunda como las profundidades insondables que conducen hacia Ti.

¡Oh, estas noches silenciosas y puras en las que mi corazón desbordante se une a Tu Amor divino para penetrar cada cosa, abrazar cada vida, iluminar y regenerar cada pensamiento, despertar en cada ser la conciencia de Tu Presencia maravillosa y de la inexpresable paz que produce!

Permite, Supremo, que esta conciencia y esta paz siga creciendo en nosotros para que cada vez más seamos los fieles intermediarios de Tu divina y única ley.

17 de marzo de 1914

Cuando las condiciones físicas son un poco difíciles y sobreviene algún malestar, si uno sabe abdicar completamente ante Tu voluntad, restándole importancia a la vida o a la muerte, a la salud o a la enfermedad, el ser integral entra inmediatamente en armonía con Tu ley de amor y de vida, y toda indisposición física cesa para darle lugar a un calmo bienestar, profundo y apacible.

He notado que si uno entra en una actividad que requiere una gran resistencia corporal, lo que más fatiga es anticipar de entrada todas las dificultades a las que uno se verá expuesto. Es mucho más sabio ver a cada instante sólo la dificultad del momento presente; de esta manera el esfuerzo se torna mucho más fácil porque siempre es proporcional a la cantidad de fuerza, a la resistencia de la que uno dispone. El cuerpo es un instrumento maravilloso, es nuestra mente la que no sabe aprovecharlo y en lugar de promover su flexibilidad, su plasticidad, le impone una cierta rigidez proveniente de ideas preconcebidas y de sugerencias desfavorables.

Pero la máxima ciencia, Supremo, es unirse a Ti, entregarse confiadamente a Ti, vivir en Ti, ser Tú; y entonces ya no hay nada que pueda resultarle imposible al hombre que manifiesta Tu omnipotencia.

Supremo, mi aspiración asciende hacia Ti como un cántico silencioso, una adoración muda, y Tu amor divino ilumina mi corazón.

¡O divino Maestro, Te saludo!

18 de marzo de 1914

Tú eres el conocimiento perfecto, la conciencia absoluta. Quien se une a Ti es omnisciente —mientras dura esta unión. Pero incluso antes de haber alcanzado ese nivel, quien se entrega a Ti con toda la sinceridad de su ser, con toda su voluntad consciente, quien está resuelto a hacer cualquier esfuerzo para ayudar a la manifestación y al triunfo de Tu divina ley de Amor en sí mismo y en todo su campo de influencia, ese ve cambiar todo en su vida y todas las circunstancias empiezan a expresar Tu ley y a favorecer su consagración; para él todo cuanto sucede siempre es muy bueno, lo mejor; y si en su inteligencia aún queda alguna oscuridad, algún deseo ignorante que le impide percatarse de ello inmediatamente, tarde o temprano reconoce que un poder bienhechor parecía protegerlo incluso de sí mismo y procurarle las condiciones propicias para su florecimiento y su transfiguración, su conversión y su utilización integral.

Desde que uno está consciente y persuadido de esto, ya no tiene que preocuparse por las circunstancias que se presenten o por los giros que tomen los acontecimientos; con perfecta serenidad uno hace a cada instante lo que considera mejor, convencido de que cuanto ocurra también será lo mejor, incluso si no es, en nuestro limitado razonamiento, el resultado que esperábamos.

Por eso, Supremo, nuestro corazón está liviano, nuestro pensamiento en reposo. Por eso nos dirigimos a Ti con toda confianza y decimos serenamente:

Que se haga Tu voluntad, en ella se realiza la armonía verdadera.

19 de marzo de 1914

O Supremo, Instructor eterno, Tú a quien no podemos nombrar ni comprender, pero a quien queremos realizar más y más a cada instante, aclara las inteligencias, ilumina los corazones, transfigura las conciencias; que cada uno se despierte a la vida verdadera y escape del egoísmo y su cortejo de dolor y de angustia para refugiarse en Tu Amor divino y puro, fuente de toda paz y todo bienestar. Mi corazón tan lleno de Ti parece dilatarse hasta el infinito y mi inteligencia, íntegramente esclarecida por Tu Presencia, brilla como el más puro diamante. Tú eres el mago maravilloso, el que todo lo transfigura, de la fealdad haces surgir la belleza, de la oscuridad la luz, del fango el agua clara, de la ignorancia el conocimiento y del egoísmo la bondad.

En Ti, por Ti, para Ti vivimos y Tu ley es la suprema rectora de nuestra vida.

¡Que Tu voluntad se haga en todo lugar, que Tu paz reine sobre la Tierra toda!

20 de marzo de 1914

Tú eres la conciencia y la luz, eres la paz que subyace en todo, el amor divino que transfigura, el conocimiento que triunfa sobre la oscuridad. Para sentirte y aspirar a Ti uno tiene que haber emergido del inmenso mar del subconsciente, tiene que haber comenzado a cristalizarse, a definirse para conocerse y luego entregarse como sólo puede hacerlo quien se pertenece. Y cuántos esfuerzos y luchas se requieren para alcanzar esta cristalización, para salir del estado amorfo del entorno; y cuántos esfuerzos y luchas más para entregarse, para rendirse después de que la individualidad se ha constituido.

Pocos seres consienten voluntariamente hacer estos esfuerzos; entonces la vida con sus brutales imprevistos obliga a los hombres a hacerlos sin querer, porque no les queda otra alternativa. Y poco a poco Tu obra se lleva a cabo a pesar de todos los obstáculos.

21 de marzo de 1914

Como cada mañana mi aspiración sube hacia Ti, y en el silencio de mi corazón satisfecho, pido que Tu ley de Amor se exprese, que Tu voluntad se manifieste. Y por anticipado adhiero con alegría y serenidad a las circunstancias que traducirán esta ley y esta voluntad.

¡Oh, por qué agitarse y querer que las cosas sean, para sí mismo, de una forma y no de otra! ¡Por qué decretar que un determinado conjunto de circunstancias será la expresión de las mejores posibilidades y en seguida lanzarse a una agria lucha para que esas posibilidades se realicen! ¡Por qué no emplear toda su energía únicamente en querer, con la calma de la confianza interior, que sea Tu ley la que triunfe siempre y en todo lugar sobre cualquier dificultad, cualquier oscuridad, cualquier egoísmo! ¡Cómo se amplía el horizonte tan pronto como uno sabe tomar esta actitud; cómo cesa toda preocupación para dar lugar a una iluminación invariable, a la omnipotencia del desinterés! Querer lo que Tú quieres, Supremo, es vivir constantemente en comunión Contigo, es liberarse de toda contingencia, evadirse de toda estrechez, llenar sus pulmones de un aire puro y sano, deshacerse de toda fatiga inútil, aligerarse de toda carga pesada, para correr con paso alerta hacia la única meta que es digna de alcanzarse: ¡el triunfo de Tu divina Ley!

O Supremo, con qué alegre confianza Te saludo esta mañana...

22 de marzo de 1914

O Supremo, divino Maestro de Amor, aclara sus conciencias y sus corazones. Han hecho un esfuerzo por propender hacia Ti, pero su ignorancia ha ocasionado que probablemente sus plegarias no se eleven hacia Ti, y sus falsos conceptos han obstaculizado el camino de su aspiración. No obstante, en Tu misericordia Tú sacas provecho de toda buena voluntad, y basta un relámpago de sinceridad para que Tu divina claridad aproveche e ilumine las inteligencias, para que Tu sublime amor penetre en los corazones y los colme de esta pura y alta benevolencia que es una de las mejores expresiones de Tu ley. Lo que quise para ellos, con Tu voluntad, en los momentos en que pude entrar en verdadera comunión Contigo, permite que lo hayan recibido ese día en que, tratando de olvidar las contingencias exteriores, se orientaron hacia su más noble pensamiento, hacia sus mejores sentimientos.

Que la suprema serenidad de Tu sublime Presencia se despierte en ellos.

23 de marzo de 1914

En mi sentir, el estado ideal es ese en el que, constantemente consciente de Tu Conciencia, uno sabe a cada instante, de manera espontánea, sin que haga falta ninguna reflexión, exactamente lo que debe hacer para expresar mejor Tu ley. Ese estado lo conozco, porque lo he experimentado en ciertas ocasiones, pero con frecuencia el conocimiento del «cómo» está velado por una bruma de ignorancia y uno debe acudir a la reflexión, que no siempre es buena consejera —eso sin contar todo lo que uno hace a cada paso sin tener tiempo de reflexionar, con la eventual inspiración del momento. ¿Qué tanto resulta conforme o contrario a Tu ley? Depende del estado del subconsciente, de lo que esté activo en él en ese momento. Una vez efectuado el acto, si tiene alguna importancia, si uno puede observarlo, analizarlo, comprenderlo, sirve de lección, permite darse cuenta de lo que motivó la acción y por ende de algo en el subconsciente que todavía gobierna al ser y que debe ser controlado.

Es imposible que en toda acción terrestre no haya un costado bueno y uno malo. Incluso las acciones que mejor expresan la más divina ley de Amor contienen en ellas algo del desorden y de la oscuridad inherentes al mundo tal como es actualmente. Ciertos seres, esos a los que se denomina pesimistas, perciben casi únicamente el costado sombrío de todas las cosas. Los optimistas, por el contrario, sólo ven el costado de belleza y armonía. Y si es ridículo e ignorante ser un optimista involuntario, ¿no es acaso una feliz conquista la de volverse un optimista voluntario? A los ojos de los pesimistas, cualquier cosa que se haga siempre será incorrecta, ignorante o egoísta; ¿cómo podría uno satisfacerlos? Es una empresa imposible.

Sólo hay un recurso: unirse tan perfectamente como sea posible a la más alta y la más pura luz que uno pueda concebir, identificar su conciencia tan completamente como sea posible con la Conciencia absoluta, esforzarse por recibir todas las inspiraciones de esa sola Conciencia para favorecer al máximo su manifestación sobre la Tierra, y, confiando en su poder, considerar los eventos con serenidad.

Puesto que todo está forzosamente mezclado en la manifestación actual, lo más prudente es hacer lo mejor que uno pueda, esforzándose hacia una luz cada vez más alta y conformándose con el hecho de que la absoluta perfección sea irrealizable por el momento.

Y, sin embargo, ¡con qué ardor hay que aspirar siempre a esta inaccesible perfección!

24 de marzo de 1914

Como resultado de mis reflexiones de ayer, constato que la única turbación que he sentido proviene del temor de no haber estado o de no estar perfectamente identificada con Tu ley. Y esa turbación procede justamente del hecho de que la identificación no está completa; pues si lo estuviera yo no podría preguntarme si lo está y, además, lo sé por experiencia, toda turbación me resultaría imposible.

Pero en presencia de un error o de una torpeza cometida, el pensamiento verdadero que hay que tener no es decirse «debí haber hecho mejor, debí haber hecho esto en lugar de aquello», sino, más bien, «no me identifiqué lo suficiente con la Conciencia eterna, debo esforzarme para realizar mejor esta unión definitiva e integral».

Ayer en la tarde, durante esas largas horas de contemplación silenciosa, por fin comprendí qué significa identificarse en verdad con aquello en lo que se piensa. Rocé, por así decirlo, esta realización, no alcanzando un estado mental, sino simplemente por medio de la fijación y el control del pensamiento. Entendí que necesitaré largas, muy largas horas de contemplación para poder perfeccionar esta realización. Esta es una de las expectativas del viaje a la India, siempre y cuando Tú, Supremo, lo consideres útil para Tu servicio.

Mis progresos son lentos, muy lentos, pero espero que en compensación sean duraderos y libres de toda fluctuación.

Permite que cumpla mi misión, que contribuya a Tu manifestación integral.

25 de marzo de 1914*

Como siempre, invisible y silenciosa pero todopoderosa, Tu acción se ha hecho sentir y, en estas almas que parecían tan cerradas, una percepción de Tu luz divina se ha despertado. Yo sabía muy bien que nadie podía invocar Tu Presencia divina en vano y que si en la sinceridad de nuestros corazones comulgamos contigo a través de no importa qué organismo, cuerpo o colectividad humana, dicho organismo, a pesar de su ignorancia, ve completamente transformada su inconsciencia. Pero cuando esta transformación se vuelve consciente en uno o varios elementos, cuando la llama que ardía bajo la ceniza surge de repente iluminando todo el ser, entonces con alegría saludamos Tu acción soberana, constatamos una vez más Tu poder invencible y podemos esperar que una nueva posibilidad de felicidad verdadera haya sido agregada a las demás en la humanidad.

O Supremo, mi reconocimiento fervoroso asciende hacia Ti expresando la gratitud de esta apesadumbrada humanidad que Tú iluminas, transformas, glorificas y a la que concedes la paz del Conocimiento.

28 de marzo de 1914

Desde nuestra partida y de manera creciente podemos ver Tu divina intervención en todas las cosas, Tu ley se expresa por doquier, al punto que para sentir que es perfectamente natural y no ir de asombro en asombro requiero de toda mi certeza interior.

En ningún momento tengo la impresión de vivir por fuera de Ti y jamás me han parecido más vastos los horizontes ni las profundidades más luminosas y al mismo tiempo más insondables. Permite, o Divino Instructor, que podamos conocer y cumplir nuestra misión en la Tierra cada vez más y mejor, que utilicemos plenamente las energías que están en nosotros, y que Tu soberana Presencia se manifieste cada vez más perfectamente en las honduras silenciosas de nuestra alma, en todos nuestros pensamientos, en todos nuestros sentimientos, en todas nuestras acciones.

Me resulta casi extraño dirigirme a Ti; tanto así es lo que Tú vives, piensa y amas en mí.

Pondicherry, 29 de marzo de 1914

O Tú a quien debemos conocer, comprender, consumir, Conciencia absoluta, Ley eterna, Tú que nos guías y nos iluminas, nos determinas y nos inspiras, haz que estas almas débiles sean fortalecidas y que quienes temen se sientan seguros. A Ti los confío, como Te confío por completo nuestro destino.

30 de marzo de 1914

En presencia de quienes son integralmente Tus servidores, de quienes han alcanzado la perfecta conciencia de Tu presencia, me doy cuenta de que yo todavía estoy lejos, muy lejos de lo que quisiera realizar; y sé que eso que concibo como lo más alto, lo más noble y lo más puro aún es sombrío e ignorante junto a lo que debería concebir. Pero esta percepción, lejos de ser deprimente, estimula y fortalece la aspiración, la energía, la voluntad de triunfar sobre todos los obstáculos para identificarme al fin con Tu ley y con Tu obra.

Paso a paso el horizonte se define, la ruta se aclara y avanzamos hacia una certeza cada vez mayor.

Poco importa que haya millones de seres sumidos en la más espesa ignorancia, Aquel que vimos ayer está en la Tierra; su presencia basta para probar que llegará un día en que la oscuridad será transformada en luz, y en que efectivamente Tu reino será instalado en la Tierra.

O Supremo, Divino Constructor de esta maravilla, cuando pienso en ella mi corazón desborda agradecimiento y alegría, y mi esperanza no tiene límite.

Mi adoración sobrepasa toda palabra, mi respeto es silencioso.

1º de abril de 1914

Tengo la impresión de haber entrado al corazón mismo de Tu santuario y de haberme enterado allí de Tu Voluntad. Una gran alegría y una profunda paz reinan en mí, si bien todas mis construcciones interiores se desvanecieron como un vano sueño, y me encuentro ahora, ante Tu inmensidad, sin marco y sin sistema, como un ser que aún no se ha individualizado. Todo ese pasado, en su forma exterior, me parece ridículamente arbitrario, y no obstante sé que fue útil en su momento.

Pero ya todo cambió: una nueva etapa acaba de comenzar.

2 de abril de 1914

Cada día, en el momento en que quiero escribir, soy interrumpida, como si el nuevo periodo que se abre ante nosotros fuera un periodo de expansión más que de concentración. Es en la actividad de cada instante que debemos servirte e identificarnos contigo, más que en las profundas y mudas contemplaciones o en las meditaciones escritas o no.

Pero mi corazón no se cansa de entonarte un cántico, y mi pensamiento está constantemente lleno de Ti.

3 de abril de 1914

Tengo la impresión de estar naciendo a una vida nueva y de que todos los métodos, las costumbres del pasado ya no pueden ser de ninguna utilidad. Tengo la impresión de que los que parecían resultados, no son más que una preparación. Me siento como si no hubiera hecho nada aún, como si no hubiera vivido una vida espiritual, como si apenas entrara al sendero que conduce a ella. Tengo la impresión de no saber nada, de ser incapaz de formular algo, de no haber tenido aún ninguna experiencia. Es como si estuviera despojada de todo mi pasado, de los errores y las conquistas, como si todo eso se hubiera desvanecido para abrirle campo a una recién nacida cuya existencia toda está por vivirse, que no posee ningún Karma, no tiene ningún aprendizaje del que pueda beneficiarse, pero tampoco ningún error que deba reparar. Mi cabeza está vacía de todo conocimiento y de toda certeza, pero también de todo pensamiento vano. Siento que si logro abandonarme a este estado sin oponer resistencia, si no intento saber o comprender, si consiento en ser completamente como un niño ignorante y cándido, una nueva posibilidad se abrirá ante mí. Sé que ahora debo renunciar definitivamente a mí misma y ser como una página absolutamente en blanco en la que Tu pensamiento, Tu voluntad, O Supremo, podrá inscribirse libremente al abrigo de toda deformación.

Una inmensa gratitud asciende desde mi corazón, tengo la impresión de llegar por fin al umbral que tanto he buscado.

Para poderlo franquear definitivamente, permíteme, Supremo, ser lo bastante pura e impersonal, y estar lo suficientemente exhortada por Tu amor divino.

¡Oh, pertenecerte sin sombra ni restricciones!

4 de abril de 1914

O Supremo, mi adoración asciende ardientemente hacia Ti, todo mi ser es una aspiración, una llama que se Te ha consagrado.

Supremo, Supremo, mi dulce Dueño, ¿eres Tú quien vive y dispone en mí!

Este cuerpo es Tu instrumento; esta voluntad es Tu servidora; esta inteligencia es Tu herramienta; y todo este conjunto no es otra cosa que Tú mismo.

7 de abril de 1914

¿Cuál es pues mi coraje que siempre estoy intentando evitar la confrontación? ¿Cuál es pues mi energía si instintivamente me asusto ante el nuevo esfuerzo que hay que hacer y trato, sin darme cuenta, de dormirme pasivamente, ateniéndome a los resultados de esfuerzos anteriores? Para actuar debo verme obligada a hacerlo y mi muda contemplación en parte está hecha de pereza... Todo esto se me presenta cada vez con mayor claridad. Todo cuanto he hecho hasta ahora me parece nada. La mezquindad y las limitaciones del instrumento que pongo a Tu servicio, Supremo, son para mí evidentes, y me río un poco con dolor de la idea de haber tenido en ocasiones una buena opinión de mi ser, de sus esfuerzos y de los resultados. Este umbral de la vida verdadera que sigo creyendo haber alcanzado es como una esperanza que se me ha concedido, pero jamás una realización tangible; es el juguete que se le promete al niño, la recompensa que se le hace entrever a los débiles.

¿Entonces cuándo me convertiré en un ser verdaderamente fuerte, enteramente hecho de coraje, de energía, de valor y de tranquila perseverancia? ¿Entonces cuándo olvidaré por completo mi persona para no ser más que el instrumento moldeado por las fuerzas que debe manifestar? ¿Entonces cuándo dejará de mezclarse la inercia en mi conciencia de unidad? ¿Entonces cuándo dejará de inmiscuirse la debilidad en mi sentimiento de amor divino?

O Supremo, todo pensamiento parece muerto en mí ahora que he formulado estas preguntas. Busco mi espíritu consciente y no lo hallo; busco mi individualidad y no la encuentro en ninguna parte; busco mi voluntad personal y está ausente. Te busco a Ti, y Tú Te callas... Silencio, silencio...

Ahora me parece escuchar Tu voz: «Nunca has sabido morir integralmente. Siempre algo en ti ha querido saber, estar presente, comprender. Abdica completamente, aprende a desaparecer, rompe el último dique que te separa de Mí; logra sin reservas tu acto de sumisión». Desgraciadamente, Supremo, eso he querido desde hace mucho tiempo, pero no he podido. ¿Me darás ahora el poder para hacerlo?

O Supremo, mi dulce Dueño eterno, quiebra esta resistencia que me llena de angustia... ¡libérame de mí misma!

8 de abril de 1914

Supremo, con mi pensamiento sosegado y mi corazón recogido me vuelvo hacia Ti en una profunda devoción y una confianza sin límite: sé que Tu amor es todopoderoso y que Tu justicia reinará sobre la Tierra; sé que está próxima la hora en que el último velo será rasgado y en que toda iniquidad desaparecerá para dar lugar a una era de paz y de esfuerzo armonioso.

O Supremo, con el pensamiento sosegado y el corazón recogido me acerco a Ti y todo mi ser se llena de Tu Presencia divina; permite que sólo te vea a Ti en todas las cosas y que todo resplandezca con Tu Luz divina. Oh, que los odios se apacigüen, los rencores se desvanezcan, los temores se disipen, las sospechas se extingan, las malevolencias se superen, y que en esta ciudad, en este país, en esta Tierra todos los corazones sientan vibrar en ellos este amor sublime, fuente de toda transfiguración.

¡O Supremo, con qué ardor llamo e imploro Tu amor! Permite que mi aspiración sea lo bastante intensa para despertar por doquier una aspiración semejante: oh, que la bondad, la justicia y la paz reinen como dueñas soberanas, que el ignorante egoísmo sea sobrepasado, que las tinieblas sean iluminadas de repente por Tu Luz pura; que los ciegos vean, que los sordos escuchen, que Tu ley sea proclamada en todo lugar y que, en una unión constantemente progresiva, en una armonía siempre más perfecta, todos, como un solo ser, tiendan sus brazos hacia Ti para identificarse Contigo y manifestarte sobre la Tierra.

O Supremo, con el pensamiento recogido y el corazón radiante de Sol me entrego a Ti sin reserva, ¡y el «yo» desaparece en Ti!

10 de abril de 1914*

De repente el velo se rasgó, el horizonte quedó al descubierto, y ante la clara visión todo mi ser se lanzó a Tus pies en un gran raptó de gratitud. Mas a pesar de esta profunda e integral alegría, todo fue calmo y apacible —con esa paz de la eternidad. Tengo la impresión de ya no tener límites; ya no percibo el cuerpo, ni sensaciones, ni sentimientos, ni pensamientos... Una inmensidad clara, pura, tranquila, impregnada de amor y de luz, colmada de una indecible beatitud es todo cuando hay y ahora sólo eso parece ser yo; y este «yo» es tan poco el «yo» de antes, egoísta y limitado, que no podría decir si se trata de mí o de Ti, O Supremo, sublime Dueño de nuestros destinos.

Es como si todo fuera energía, coraje, fuerza, voluntad, dulzura infinita, compasión sin par...

Más rotundamente aún que en estos días anteriores, el pasado está muerto y como sepultado bajo los rayos de la nueva vida. El último vistazo que acabo de lanzar hacia atrás, relejendo algunas páginas de este cuaderno, me ha convencido definitivamente de esta muerte, y es aligerada de un gran peso que me presento ante Ti, mi divino Dueño, con toda la simpleza, con toda la desnudez de un niño... Y lo único que continúo percibiendo es esta pura y sosegada inmensidad...

Supremo, Tú respondiste a mi plegaria, Tú me concediste lo que te pedí: el «yo» desapareció, sólo queda el instrumento dócil puesto a Tu servicio, centro de concentración y de manifestación de Tus infinitos y eternos rayos. Tomaste mi vida y la hiciste Tuya, tomaste mi voluntad y la uniste a la Tuya, tomaste mi amor y lo identificaste con el Tuyo, tomaste mi pensamiento y lo reemplazaste por Tu conciencia absoluta.

El cuerpo, maravillado, inclina la frente sobre el polvo, en muda y sumisa adoración.

Y nada más existe salvo Tú en el esplendor de Tu paz inmutable.

Karaikal, 13 de abril de 1914

Todo se confabula para que yo no pueda seguir siendo un ser de costumbres y en este nuevo estado, en medio de estas circunstancias tan complejas y movidas, nunca antes había vivido tan completamente Tu paz inmutable o quizás el «yo» nunca había desaparecido del todo de manera que sólo Tu divina paz estuviera viva. Todo es bello, armonioso y calmo, todo está lleno de Ti. Tú resplandesces en el deslumbrante Sol, Tú Te haces sentir en la brisa suave que pasa, Tú Te manifiestas en los corazones y vives en todos los seres. No hay un animal o una planta que no me hable de Ti y Tu nombre está escrito en todo cuanto miro.

O mi dulce Dueño, ¿has permitido al fin que sea toda de Ti y que mi conciencia esté definitivamente unida a la Tuya? ¿Qué he hecho para merecer una ventura tan gloriosa? Nada excepto desearla, quererla con constancia —es bien poco.

Pero, Supremo, dado que ahora es Tu voluntad y no la mía la que vive en mí, Tú sabrás hacer que esta ventura sea provechosa para todos y que su razón de ser sea hacerte perceptible al mayor número posible de seres.

¡Oh, que todos Te conozcan, Te amen, Te sirvan; que todos reciban la suprema consagración!

O Amor, divino Amor, extiéndete sobre el mundo, regenera la vida, aclara la inteligencia, rompe las barreras del egoísmo, disipa los obstáculos de la ignorancia, resplandece como el soberano Regente de la Tierra.

Pondicherry, 17 de abril de 1914*

O Supremo, Maestro todopoderoso, Realidad única, permite que ningún error, ninguna oscuridad, ninguna fatal ignorancia se deslicen en mi corazón y en mi pensamiento...

En la acción, la personalidad es la inevitable e indispensable intermediaria de Tu voluntad y de Tus fuerzas.

Entre más fuerte, más compleja, poderosa, individualizada y consciente es esta personalidad, más poderosa y útilmente puede servir el instrumento. Pero, debido al carácter mismo de la personalidad, fácilmente tiende a caer en la funesta ilusión de su existencia separada y a convertirse poco a poco en una pantalla entre Tú y aquello sobre lo que Tú quieres actuar. No al principio, en la manifestación, sino en la transmisión de vuelta; es decir, en lugar de ser, como todo fiel servidor, un intermediario que Te trae de regreso exactamente lo que es Tuyo —las fuerzas emitidas en respuesta a Tu acción—, la personalidad tiende a querer conservar para sí misma una parte de dichas fuerzas con la idea: «Soy yo quien ha hecho esto o aquello, es a mí a quien se agradece»... Perniciosa ilusión y oscura mentira que ahora han sido descubiertas y desenmascaradas. He ahí el gusano maléfico que corroe el fruto de la acción y falsea todos sus resultados.

O Supremo, mi dulce Maestro, Realidad única, disipa este sentimiento del «yo». Acabo de comprender que en tanto haya un universo manifiesto, el «yo» seguirá siendo necesario para Tu manifestación: desvanecer, o incluso disminuir o debilitar el «yo», es privarte de Tu medio de manifestación, en todo o en parte. Pero lo que hay que suprimir radical y definitivamente es el pensamiento ilusorio, el sentimiento ilusorio, la ilusoria

sensación del «yo» separado. En ningún momento, bajo ninguna circunstancia debemos olvidar que nuestro «yo» no tiene ninguna realidad por fuera de Ti.

O mi dulce Maestro, mi divino Señor, arranca de mi corazón esta ilusión para que Tu servidor se vuelva puro y fiel, y fiel e íntegramente Te traiga de regreso todo lo que es Tuyo. En silencio déjame contemplar y entender esta suprema ignorancia y disolverla para siempre. Ahuyenta la sombra de mi corazón y que en él reine Tu luz, su indiscutible soberana.

18 de abril de 1914

Ayer en la mañana el último velo casi se rasgó, el último reducto de la ciega e ignorante personalidad pareció a punto de ceder; por primera vez pensé haber comprendido lo que era el verdadero servicio impersonal, y el obstáculo que me separaba de la realización integral me pareció muy frágil, a punto de desaparecer definitivamente. Pero la necesidad de mis deberes exteriores me arrancó de esta bienhechora y bienaventurada contemplación, y en el momento en que debí por fuerza retornar a la conciencia exterior, el velo se volvió a cerrar y ahora me parece más oscuro que nunca. ¿Por qué esta caída en la inconsciencia de la noche después de una luz tan grande?...

O Supremo, Supremo, ¿no me permitirás evadirme al fin de la ignorancia y hacerme una Contigo? Ahora que ya supe y vi tan bien lo que debe ser el trabajo en la Tierra, ¿no podré realizarlo? ¿Acaso estoy clavada a la ignorancia y la ilusión?...

¿Por qué, por qué esta noche después de una luz tan grande y pura? ¡Todo mi ser está tenso en un angustioso llamado!

O Supremo, ¡ten piedad de mí!

19 de abril de 1914

Hay una gran diferencia entre hallarse en la actividad, en la acción exterior, manteniendo su pensamiento constantemente fijo en Ti, y entrar en esa unión perfecta Contigo que conduce a lo que yo llamo «la Conciencia absoluta, la Omnisciencia verdadera, el Conocimiento». Cuando uno actúa, incluso con el pensamiento fijo en Ti, uno es como un ciego que camina por la calle con el sentido de la dirección, pero sin conocer nada del camino que sigue ni de la manera precisa en que tiene que recorrerlo para no descuidar nada. En el otro caso, por el contrario, es la clara visión a plena luz, el uso de la mínima ocasión, la plenitud de la acción, el máximo resultado. Y si la primera actitud es indispensable antes de haber alcanzado la segunda, en ningún momento hay que dejar de trabajar, de hacer el esfuerzo por lograr la comunión perfecta.

Pero mi corazón está en paz, mi pensamiento sin impaciencia, y yo me remito a Tu voluntad con la sonriente confianza de un niño.

Que Tu paz reine sobre todos...

20 de abril de 1914

Después de haber anhelado tanto, después de haber creído que mi ser exterior por fin iba a volverse un instrumento adaptado a Tus designios, después de haber tenido la esperanza de ser por fin librada de este «yo» tan fastidioso y oscuro, me siento tan lejos del objetivo como antes, tan ignorante, tan egoísta como era antes de esta gran expectativa. Y el camino se despliega de nuevo, interminable a través de los campos de la inconsciencia. La sublime puerta se volvió a cerrar y yo me encuentro aún en el umbral del santuario sin poder penetrar en él. Pero he aprendido a verlo todo con una sonrisa y un corazón tranquilo. Sólo Te pido, O mi divino Maestro, que no me dejes cometer errores; incluso si el instrumento está condenado todavía por un tiempo a la inconsciencia, permite que fiel y dócilmente se deje guiar por Tu divina ley.

Te saludo, Supremo, con una devoción profunda y pura. ¡Oh, sé el soberano Maestro de todos los corazones!

23 de abril de 1914

Todas las reglas se han desvanecido, la regularidad de la disciplina ha desaparecido, todo esfuerzo ha cesado; no por mi propia voluntad, tampoco, creo, por negligencia, sino porque las circunstancias se alían para que así sea. Parecería que esta voluntad interior, siempre alerta, que se asemeja a un timonel al mando del timón, se evaporó o se adormeció, y mi ser no es más que algo mansamente sumiso que se deja llevar por la corriente. Me da la impresión de que hasta ahora la marcha ha sido en línea recta y quiero conservar la esperanza de que eres Tú, Supremo, quien dirige la corriente; pero ciertamente si a veces he pecado por exceso de rigidez, por falta de flexibilidad y de espontaneidad, muy bien podría ser que ahora peco por el exceso contrario. He llegado a aceptar apaciblemente el estado en el que me hallo y a decirme que Tú me gratificarás con la Conciencia verdadera, con la Conciencia absoluta cuando mejor Te parezca.

Miro todo este mundo en movimiento como un juego que se desenvuelve, y yo participo en ese juego con la misma energía y la misma convicción que si lo creyera real e importante. Todo eso es muy nuevo. Pero lo que es cierto es que mi espíritu y mi corazón nunca estuvieron en un reposo tan completo. Qué saldrá de esto, no lo sé. Pero me entrego confiada a Ti, o Supremo; Tú conoces la mejor manera de usar y de desarrollar Tu instrumento...

28 de abril de 1914

Tú eres el Amo del mundo; Tu ley se despliega ante nosotros con precisión, y tal como lo pensé, o más bien, tal como me lo hiciste entender antes de nuestra partida de París, ha sucedido lo mejor, lo que mejor podía servir Tu obra en el mundo.

En beatitud comulgué con Tu poderío dominando la sombra y el error, estallando como una aurora maravillosa y eterna por encima del lodo de la fuerza hipócrita y de su aparente éxito. Todo ha salido a la luz, hemos avanzado un paso más hacia la luz plena de la sinceridad, y esta luz plena será la primera etapa de Tu reino sobre la Tierra.

O Tú, esplendor inconcebible; Tú, vencedor de toda ignorancia, triunfador sobre todo egoísmo; Tú que iluminas los corazones y esclareces los espíritus; Tú que eres el Conocimiento, el Amor y el Ser, permíteme vivir constantemente en la conciencia de Tu Unidad, permíteme estar siempre acorde con Tu Voluntad.

Con una respetuosa, una silenciosa devoción, Te reverencio como el Supremo soberano del mundo.

2 de mayo de 1914

Por encima de todos los conceptos humanos, incluso los más maravillosos; por encima de todos los sentimientos humanos, incluso los más sublimes; por encima de las más magníficas aspiraciones y los ímpetus más puros; por encima del Amor, del Conocimiento y de la Unidad del Ser, yo quiero entrar en comunión constante Contigo, Supremo. Libre de toda traba yo seré Tú mismo; serás Tú quien verá el mundo a través de este cuerpo; serás Tú quien actuará en el mundo mediante este instrumento.

En mí está la tranquila serenidad de la perfecta certeza.

3 de mayo de 1914

¡O divino Amor, Conocimiento superior, Unidad perfecta, a cada instante del día Te invoco para no ser sino Tú!

Que este instrumento Te sirva, consciente de ser instrumento, y que la totalidad de esta conciencia, inmersa en la Tuya, contemple todas las cosas con Tu visión divina.

O Supremo, Supremo, permite que Tu soberano Poder se manifieste; permite que Tu obra se cumpla y que Tu servidor esté consagrado únicamente a Tu servicio.

Que el «yo» desaparezca para siempre, que sólo perdure el instrumento.

4 de mayo de 1914

Estar sumergida a la vez en Ti y en Tu obra... dejar de ser una individualidad limitada... devenir la infinitud de Tus fuerzas manifestándose a través de un punto... liberarse de todas las trabas y de todos los impedimentos... elevarse por encima de todo pensamiento restrictivo... acometer la acción manteniéndose por fuera de la acción... actuar con y por las individualidades percibiendo sólo la Unidad, la Unidad de Tu Amor, de Tu Conocimiento, de Tu Ser... O mi divino Maestro, eterno Instructor, Realidad Única, disuelve toda oscuridad en este agregado que Tú formaste para Tu servicio, para Tu manifestación en el mundo. Realiza en él esa conciencia suprema que hará nacer en todas partes una conciencia idéntica.

¡Oh, ya no ver las apariencias que cambian sin cesar, sólo contemplar en todo y por doquier Tu inmutable Unidad!

O Supremo, todo mi ser clama por Ti en un llamado irresistible; ¿no quieres permitir que yo me convierta en Ti mismo en mi conciencia integral, puesto que de hecho soy Tú y Tú eres yo?

9 de mayo de 1914

Justo en el momento en que sentía la imperiosa necesidad de retomar con regularidad este cuaderno para salir de esta abrumadora inercia mental, mi organismo físico sufrió una derrota como no había conocido en muchos años y durante varios días todas las fuerzas corporales me fallaron; vi en esto la señal de que había cometido una falta, que mi energía espiritual se había debilitado, que mi visión de la Unidad todopoderosa había sido nublada, que alguna sugestión dañina había conseguido turbarme de cualquier manera, y me incliné ante Ti, Supremo, mi dulce Dueño, con humildad, consciente de que aún no estaba lista para la perfecta identificación Contigo. Algo en este agregado que constituye el instrumento que puedo poner a Tu servicio todavía es umbrío y obtuso; algo no responde como conviene a Tus fuerzas, deforma y ensombrece su manifestación...

Un gran problema se me planteó y la enfermedad lo cubrió con su velo y me impidió resolverlo. Ahora que vuelvo a vivir en el sentimiento de Tu Unidad, el problema ya no parece tener sentido ni yo lo comprendo ya muy bien.

Me da la impresión de haber dejado algo muy atrás, me da la impresión de que me estoy despertando lentamente a una nueva vida. Quisiera que no fuera una ilusión y que esta paz profunda y sonriente hubiera regresado para siempre.

O mi divino Dueño, mi amor aspira a Ti con más intensidad que nunca; ¡déjame ser Tu Amor vivo en el mundo y nada más que eso! Que todo egoísmo, toda limitación y toda oscuridad desaparezcan; que mi conciencia se identifique con la Tuya para

que Tú seas la única voluntad que actúa a través de este instrumento frágil y pasajero.

O mi dulce Dueño, con qué ardor mi amor aspira a Ti...

Permite que yo sólo sea Tu Amor Divino y que en todos los seres este Amor se despierte potente y victorioso.

Déjame ser como un inmenso manto de amor que abriga toda la Tierra, que penetra en todos los corazones, que murmura en todos los oídos Tu mensaje divino de esperanza y de paz.

¡O mi divino Dueño, con qué ardor aspiro a Ti! Rompe estas cadenas de oscuridad y de error; disipa esta ignorancia, libera, libérame, hazme ver Tu luz...

Rompe, rompe estas cadenas... Quiero entender y quiero ser. Es decir, este «yo» debe ser Tu «yo» y debe haber un solo «yo» en el mundo.

O Supremo, satisface mi plegaria, mi súplica asciende ardorosamente hacia Ti.

10 de mayo de 1914

Es Tu dulce gozo, Supremo, el que sacia mi corazón; es Tu paz silenciosa la que reina sobre mi espíritu. Todo es reposo, fuerza, concentración, luz y serenidad; y todo ello es sin límite y sin división. ¿Es sólo la Tierra o bien todo el universo el que vive en mí? No sé, pero eres Tú, Supremo, quien habita esta conciencia y la anima; eres Tú quien ve, sabe y actúa. Es sólo a Ti a quien veo por todas partes, o mejor, ya no hay más «yo», todo es uno y esta Unidad eres Tú.

Gloria a Ti, Supremo, Señor del mundo, ¡Tú resplandeces en todas las cosas!

12 de mayo de 1914*

Cada vez más tengo la impresión de que estamos en uno de esos periodos de actividad en los que se hace evidente el fruto de esfuerzos pasados —un periodo en el que actuamos de acuerdo con Tu ley, en la medida en que es la controladora soberana de nuestro ser, sin siquiera disponer de tiempo libre para tomar conciencia de dicha ley.

Esta mañana, mientras tenía una rápida experiencia que me llevó de hondura en hondura, pude, una vez más, como de costumbre, identificar mi conciencia con la Tuya y no vivir sino en Ti —de hecho, eras sólo Tú quien vivía; pero de inmediato Tu voluntad haló mi conciencia hacia el exterior, hacia la obra que hay que llevar a cabo, y me dijiste: «Sé el instrumento que requiero». ¿Y no es acaso esta la última renuncia, renunciar a la identificación contigo, renunciar a la alegría dulce y pura de ya no hacer distinción entre Tú y yo, la alegría de saber a cada instante, no sólo con el intelecto sino mediante una experiencia integral, que Tú eres la única Realidad y que todo el resto no es más que apariencia e ilusión? Que el ser exterior sea un dócil instrumento que ni siquiera necesite ser consciente de la voluntad que lo mueve, eso no hay que dudarlo; ¿pero por qué debo estar casi enteramente identificada con el instrumento en lugar de que el «yo» esté fundido en Ti y viva Tu conciencia plena y absoluta?

Formulo la pregunta, pero no me preocupo. Sé que todo es de acuerdo con Tu voluntad y a ella me encomiendo alegremente con una adoración pura. Lo que quieras de mí, O Supremo, eso seré, consciente o inconsciente, un simple instrumento como es el cuerpo, o un conocimiento supremo como Tú mismo eres. Cómo es dulce y apacible el gozo de poder decir «Todo está

bien» y sentirte obrando sobre el mundo a través de todos los elementos que se prestan para la transmisión.

Tú eres el soberano Dueño de todo, eres la Inaccesible, la Incognoscible, la eterna y sublime Realidad.

O maravillosa Unidad, en Ti desaparezco.

13 de mayo de 1914

Esta somnolencia de mi pensamiento, Supremo, Tú la sacudirás para que yo sepa y pueda comprender la experiencia que Tú le has hecho tener a mi ser. Cuando algo en mí Te interroga, Tú siempre respondes, y cuando es necesario que yo sepa algo, Tú me lo enseñas, ya sea directa o indirectamente.

Veo cada vez más que cualquier impaciente rebeldía, cualquier apuro será inútil; todo se organiza lentamente con el fin de que yo pueda servirte como conviene. ¿Cuál es mi lugar en este servicio? Hace mucho tiempo que ya no me lo pregunto. ¡Qué importa! ¿Acaso es necesario saber si uno está en el centro o en la periferia? Con tal que enteramente consagrada a Ti, no viviendo sino por Ti y para Ti, yo lleve a cabo cada vez mejor la tarea que Tú me das, todo el resto no tiene importancia. Es más: con tal que Tu obra se lleve a cabo en el mundo tan bien y tan completamente como pueda, qué importa la individualidad o la agrupación que realice esta obra.

O mi dulce Dueño, en la paz, la serenidad, la igualdad de alma, yo me entrego y me fundo en Ti, el pensamiento calmado y tranquilo, el corazón sonriente; Tu obra se llevará a cabo, lo sé, y Tu victoria es certera.

¡O mi dulce Dueño, concédeles a todos el soberano don de Tu iluminación!

15 de mayo de 1914

Como se descubre un vasto horizonte tras alcanzar una cima, asimismo, Supremo, cuando la conciencia se identifica con ese dominio intermedio entre Tu Unidad y el mundo manifiesto, uno participa a la vez de Tu Infinitud y de la realización del mundo. Es como si uno se encontrara en un centro donde la conciencia, impregnada de Tu Poder efectivo, pudiera dirigir los rayos de Tus fuerzas sobre ese ínfimo instrumento que se mueve entre sus instrumentos hermanos. Desde lo alto de esas regiones transcendentales, la unidad de la sustancia física es visible de forma evidente, y no obstante el cuerpo que sirve de instrumento particular en el plano material se distingue con precisión y se diferencia, como un punto más vigoroso en medio de ese todo —múltiple y único a la vez— en el que circulan las fuerzas indistintamente.

Esta percepción no me ha abandonado desde ayer. Se instaló como algo definitivo, y toda la actividad exterior —que en apariencia continúa como de costumbre— ha adoptado el carácter mecánico de un juguete maravillosamente articulado y animado que la conciencia hace mover desde lo alto de su sitial, que aunque ya no es individual sigue siendo universal, es decir, que aún no está completamente inmerso en Tu Unidad. Todas las leyes de la manifestación individual se me mostraron claramente, pero de un modo tan sintético, tan global, tan simultáneo, que es imposible expresarlo con nuestro lenguaje habitual.

16 de mayo de 1914

Fui interrumpida ayer justo en el momento en que intentaba formular la experiencia que había tenido. Y hoy todo parece distinto. Ese conocimiento preciso, esa clarividencia ha dado lugar a un gran amor por Ti que se ha apoderado de todo mi ser, desde el organismo exterior hasta la conciencia más profunda, oh Supremo, y todo se ha prosternado a Tus pies aspirando con ardor a identificarse definitivamente Contigo, a absorberte. Imploré con toda la energía de la que fui capaz. Y una vez más, justo en el momento en que me parecía que mi conciencia iba a desaparecer en la Tuya, justo en el momento en que todo mi ser no era más que un puro cristal que reflejaba Tu Presencia, alguien vino a interrumpir la concentración.

Ese es buen símbolo de la existencia que me das a compartir, y cuya utilidad exterior —trabajar para todos— detenta un lugar mucho mayor aun que el de la realización suprema. Todas las circunstancias de mi vida parecen siempre decirme de Tu parte: «No es mediante la suprema concentración que realizarás la unidad, sino mediante la difusión en todos». Que se haga Tu voluntad, Supremo.

Ahora comprendo claramente que la unión Contigo no es un propósito que haya que perseguir en lo que concierne a esta individualidad actual; ese es un hecho cumplido desde hace mucho tiempo. Y es por ello que Tú pareces decirme siempre: «No te complazcas en la contemplación extática de esta unión: cumple la misión que te confié en la Tierra».

Y el trabajo individual que ha de proseguir simultáneamente con el trabajo colectivo es la toma de conciencia y de posesión de todas las actividades y de todas las regiones del ser, el

establecimiento definitivo de la conciencia en el punto más alto que permita a la vez la acción prescrita y la constante comunión Contigo. Las alegrías de la unión perfecta no vendrán sino cuando eso que debe hacerse se haya hecho.

Primero hay que predicar entre todos la unión, enseguida el trabajo; pero entre quienes hayan realizado la unión, es necesario que cada instante de sus vidas sea la expresión integral de Tu voluntad a través suyo.

17 de mayo de 1914

O Supremo, líbrame de las influencias mentales que pesan sobre mí, para que, completamente suelta, pueda abalanzarme hacia Ti.

O Tú, Ser Universal, Suprema Unidad en forma perceptible, por una irresistible aspiración anidé en Tu corazón, después fui Tu propio corazón y entonces supe que Tu corazón no es otro que el Niño que juega y que crea los mundos. Tú me dices: «Un día serás mi cabeza, pero por el momento vuelve tu mirada hacia la Tierra». Y en la Tierra ahora soy el niño alegre que juega.

Esas fueron las dos frases que escribí ayer por una suerte de necesidad absoluta. La primera, como si el poder de la plegaria no fuera completo a menos que estuviera escrita sobre papel. La segunda, como si la estabilidad de la experiencia no se pudiera obtener sino hasta que yo hubiera descargado mi cerebro anotándola por escrito.

18 de mayo de 1914

Supremo, Tú eres la Única Realidad, la Omnipotencia y la Eternidad. Y quien se une a Ti en las profundidades de su ser se convierte en Tu Realidad en su eterna e inalterable omnipotencia. Pero para otros, la orden es que, al tiempo que se mantienen en contacto contigo, dirijan su mirada y su actividad hacia la Tierra; tal es la misión que Tú les has encomendado. Ahí comienza la dificultad, pues todo depende de la perfección de los diversos estados de su ser y les hace falta, incluso después de haber alcanzado la sublime identificación, trabajar aún en el perfeccionamiento de la herramienta que manifestará Tu Voluntad divina. Es entonces cuando la tarea se vuelve ardua. Todo me parece mediocre, insuficiente, neutro, casi inerte, en el instrumento actual que Tú me haces llamar «yo»; y entre más me uno a Ti, más constato la mediocridad de sus facultades y de su manifestación. Todo en él se me asemeja a un incorregible «ya casi». Y si eso no puede perturbarme de manera alguna es porque el verdadero yo está reclinado a Tus pies, o acurrucado en Tu corazón, o consciente de Tu eterna e inmutable Conciencia, y observa toda la manifestación con una sonrisa de paciente y comprensiva bondad.

19 de mayo de 1914

Este ser mental, que a lo largo de la existencia individual había tenido el poder de movilizar todas las facultades —profunda devoción por Ti, infinita compasión por los hombres, vehemente aspiración de conocimiento, esfuerzo encaminado al perfeccionamiento—, parece haberse quedado profundamente dormido y no poner ya nada en movimiento. Todas las facultades individuales duermen, y la conciencia aún no se ha despertado plenamente a los estados trascendentes; es decir que se despierta a ellos con intermitencia y en los intervalos sobreviene el sueño. Algo en este ser aspira a la soledad y al silencio absoluto por un tiempo para salir de esta insatisfactoria transición; y algo más sabe que es Tu voluntad que este instrumento se consagre al servicio de todos, incluso si eso ha de perjudicar en apariencia su propio perfeccionamiento.

Algo en este ser Te dice, o Supremo:

«Yo no sé nada
Yo no soy nada
Yo no puedo nada
Yo estoy en la oscuridad de la inconsciencia».

Y algo más sabe que él es Tú mismo y que, por lo tanto, es la suprema perfección.

¿Qué va a salir de todo esto? ¿Cómo va a terminar un estado semejante? Si es inercia o es verdadera paciencia, no lo sé, pero sin prisa ni deseo me tiendo a Tus pies y aguardo...

20 de mayo de 1914

Desde lo alto de esta cúspide que es la identificación con Tu Amor divino, infinito, Tú giraste mi mirada hacia este cuerpo complejo que Te debe servir de instrumento. Y me dijiste: «Él es yo mismo; ¿no ves que mi luz resplandece en él?». Y en efecto vi Tu Amor divino, revestido de inteligencia y luego de fuerza, constituir este cuerpo en sus más mínimas células y resplandecer en él hasta el punto que no fue más que la amalgama de millares de chispas radiantes, todas ellas manifestando que eran Tú.

Y ahora toda oscuridad ha desaparecido, y sólo Tú vives, en mundos distintos, bajo formas distintas, pero una vida idéntica, inmutable, eterna.

Hay que hacer comulgar estrechamente este mundo divino de Tu inmutable región de amor puro, de unidad indivisible, con el mundo divino de todas las demás regiones, hasta la más material donde Tú eres el centro y la constitución misma de cada átomo. Establecer un vínculo de conciencia perfecta entre todos estos mundos divinos consecutivos es la única manera de vivir en Ti constantemente, invariablemente, cumpliendo integralmente la misión que Tú le confiaste a todo el ser en todos sus estados de conciencia y todos sus modos de actividad.

O mi dulce Maestro, Tú has hecho que se rasgue otro velo de mi ignorancia, y, sin abandonar el lugar bendito de Tu corazón eterno, estoy al mismo tiempo en el corazón imperceptible pero infinito de cada uno de los átomos que constituyen mi cuerpo.

Afianza esta conciencia completa y perfecta. Hazme penetrar en todos los detalles de su perfección, y que, sin abandonarte un

solo instante, pueda constantemente remontar o descender esta escala infinita, de acuerdo con las necesidades de la obra que Tú me prescribiste.

Yo soy Tuya, estoy en Ti, soy Tú, en la plenitud de la eterna beatitud.

21 de mayo de 1914*

Por fuera de toda manifestación, en el inmutable silencio de la eternidad, estoy en Ti, Supremo, en inmóvil beatitud. Dentro de eso que, a partir de Tu potencia y de Tu luz maravillosa, forma el centro y la realidad de los átomos de la materia, yo Te encuentro; y así, sin dejar Tu Presencia divina, puedo desaparecer en Tu Conciencia suprema, o verte en las radiantes partículas de mi ser. Y por el momento esa es la plenitud de Tu vida y de Tu iluminación.

Te veo, soy Tú, y entre esos dos extremos mi intenso amor aspira más de Ti.

22 de mayo de 1914*

Después de haber discernido sucesivamente lo que es real de lo que es irreal en todos los estados del ser y en todos los mundos de la vida, después de haber llegado a la perfecta e integral certeza de la única Realidad, debemos volver nuestra mirada desde lo alto de esta Conciencia Suprema hacia el agregado individual que le sirve de instrumento inmediato a Tu manifestación en la Tierra y no ver en él más que a Ti —nuestra única existencia real. Así cada átomo de este agregado se despertará para recibir Tu sublime influencia; la ignorancia y las tinieblas desaparecerán no sólo de la conciencia central del ser, sino también de su más externo modo de expresión. Es sólo mediante la consecución y el perfeccionamiento de esta faena de transfiguración que podrá manifestarse la plenitud de Tu Poder, de Tu Luz y de Tu Amor.

Supremo, Tú me haces entender esta verdad cada vez con mayor claridad; condúceme paso a paso a lo largo del camino. Todo mi ser hasta en su más mínimo átomo aspira al perfecto conocimiento de Tu presencia y a una completa comunión con ella. Que todo obstáculo desaparezca, que Tu saber divino remplace en todo lugar las tinieblas de la ignorancia. Así como has iluminado la conciencia central, la voluntad del ser, ilumina también esta sustancia exterior. Y que la individualidad integral, desde su origen primero y su esencia hasta su última proyección y su cuerpo más material, se unifique en una perfecta percatación y una completa manifestación de Tu única Realidad.

Nada es en el universo salvo Tu Vida, Tu Luz, Tu Amor.

¡Que todo resplandezca y sea transfigurado al conocer Tu Verdad!

Tu amor divino inunda mi ser; Tu suprema luz resplandece en cada célula; todo exulta porque Te conoce y porque es uno Contigo.

23 de mayo de 1914

O Supremo, Tú de quien quisiera tener constante conciencia y a quien quisiera consumir hasta en las pequeñísimas células de mi ser, Tú a quien quisiera conocer como a mí misma y ver manifiesto en todas las cosas, Tú que eres la única realidad, la única razón y el único propósito de la existencia, permite que mi amor por Ti crezca sin cesar para que yo sea todo amor, Tu amor mismo, y que, siendo Tu amor, me una integralmente a Ti. Que este amor se haga cada vez más intenso, completo, luminoso, potente; que este amor sea el ímpetu irresistible hacia Ti, la manera invencible de manifestarte. Que todo en este ser se vuelva amor puro, profundo, desinteresado, divino, desde las insondables profundidades hasta la sustancia más exterior. Que el Dios con forma que se manifiesta en este agregado sea moldeado íntegramente en Tu completo y sublime amor, este amor que es a la vez la fuente y la realización de todo conocimiento; que el pensamiento sea clarificado, clasificado, esclarecido, transformado por Tu amor; que todas las fuerzas vitales, impregnadas y moldeadas exclusivamente en Tu amor, extraigan de él la irresistible pureza y la energía constante, el poder y la rectitud. Que este ser intermediario, debilitado, aproveche su debilidad para reconstituirse con elementos que sean íntegramente todos moldeados en Tu amor, y que este cuerpo, ahora convertido en hoguera ardiente, irradie Tu divino, impersonal, sublime y calmo amor por todos sus poros... Que el cerebro sea reconstituido por Tu amor. En fin, que Tu amor desborde, inunde, penetre, transfigure, regenere, anime todas las cosas, con el poder, el esplendor, la dulzura y la fuerza que le son propios. En Tu amor está la paz, en Tu amor está la alegría, en Tu amor está el soberano incentivo de trabajo de Tu servidor.

Tu amor es más vasto que el universo y más duradero que todas las edades; es infinito, es eterno, es Tú mismo. Y eres Tú mismo quien yo quiero ser y quien soy, porque tal es Tu ley, tal es Tu voluntad.

24 de mayo de 1914

O mi dulce Dueño, no me dejes sumergir en las cosas exteriores. No tienen ningún interés, ningún sabor para mí. Si me ocupo de ellas, es porque me parece que tal es Tu voluntad y porque es necesario que la obra se lleve a cabo integralmente, hasta en los menores detalles de la actividad y de la sustancia. Pero es más que suficiente con dedicarles atención e infundirles Tus fuerzas hasta donde es posible. No hay que permitir que le tomen ventaja en la conciencia a las realidades verdaderas.

O mi dulce Dueño, yo aspiro a Ti, a conocer eso que Tú eres, a identificarme Contigo. Yo pido un amor creciente, cada vez más puro, cada vez más vasto, cada vez más intenso, y me encuentro sumergida en la Materia; ¿será esa Tu respuesta? Como Tú mismo aceptaste estar sumergido así en la Materia con el fin de despertarla paulatinamente a la conciencia, ¿es este el resultado de una identificación más perfecta Contigo? ¿No me respondes acaso: «Si quieres aprender a amar verdaderamente, es así como debes amarme...», en la oscuridad y la ignorancia?

O mi Señor, mi dulce Dueño, sabes que Te pertenezco y que siempre quiero lo que Tú quieres; pero no dejes nacer en mí ninguna duda acerca de lo que quieres. Ilumíname de alguna manera en la paz inmutable del corazón. Sumérgeme en la oscuridad si es necesario, pero hazme saber al menos que eres Tú quien lo quiere.

Supremo, en respuesta escucho cantar en mi corazón el himno de júbilo de Tu divina y permanente Presencia.

25 de mayo de 1914

O divino Maestro de amor y de pureza, permite que en sus más insignificantes etapas, en sus más nimias actividades, este instrumento, que Te quiere servir dignamente, sea purificado de todo egoísmo, de todo error, de toda oscuridad, para que nada en él altere, deforme o detenga Tu acción. Cuántos recovecos aún permanecen en la sombra, lejos de la plena claridad de Tu iluminación: para ellos pido la dicha suprema de esta iluminación.

Oh, ser el cristal puro sin tacha que deja pasar Tu divino rayo sin opacarlo, sin teñirlo ni distorsionarlo. No por un deseo de perfección, sino para que Tu obra se cumpla tan perfectamente como sea posible.

Y cuando Te pido esto, el «Yo» que Te habla es la Tierra entera, aspirando a ser ese diamante puro, el reflector perfecto de Tu luz suprema. Los corazones de todos los hombres laten en mi corazón, todos sus pensamientos vibran en mi pensamiento, la más mínima aspiración del dócil animal o de la modesta planta se une a mi formidable aspiración, y todo ello se eleva hacia Ti, a la conquista de Tu amor y de Tu luz, escalando las cimas del Ser para alcanzarte, sustraerte a Tu inmóvil beatitud y hacerte penetrar en la tiniebla del sufrimiento para transformarla en Alegría divina, en Paz soberana. Y esta violencia está hecha de un infinito amor que se entrega y de una confiada serenidad que sonrío en la certeza de Tu perfecta Unidad.

¡O mi dulce Maestro, Tú eres el Triunfador y el Triunfo, el Vencedor y la Victoria!

26 de mayo de 1914*

Sobre la superficie arrecia la tormenta, el mar está embravecido, las olas se chocan y se remontan una sobre otra y se rompen con fuerte estrépito. Pero todo el tiempo, bajo esta agua enfurecida, están las vastas extensiones sonrientes, apacibles e inmóviles que miran la agitación de la superficie como un acto indispensable, porque es necesario que la materia sea batida vigorosamente para que se vuelva capaz de manifestar la luz divina con integridad. Detrás de la fachada de perturbación, detrás del forcejeo y la angustia del conflicto, la conciencia permanece firme en su puesto, observando todos los movimientos del ser exterior, interviniendo sólo para rectificar la dirección y la posición, para no dejar que el juego se torne demasiado dramático. Esta intervención es a ratos categórica, un poco severa, y a ratos irónica, un llamado al orden o una burla siempre rebosante de esta sólida, delicada, tranquila y sonriente benevolencia.

En el silencio experimento Tu Deleite infinito y eterno.

Luego suavemente se eleva hacia Ti una plegaria desde aquello que continúa en la sombra y la contienda: O dulce Dueño, Supremo Iluminador, Supremo Purificador, permite que toda sustancia y toda actividad no sean más que la constante manifestación de Tu Amor divino y de Tu Serenidad soberana.

Y en mi corazón canta la alegría de Tu sublime magnificencia...

27 de mayo de 1914

En cada uno de los planos del ser, hay que despertar la conciencia a la perfecta existencia, el conocimiento y el deleite. Esos tres mundos o modos del divino se encuentran tanto en la realidad física como en los estados de la fuerza y de la luz, y asimismo en los estados de la impersonalidad y de la infinitud, de la eternidad. Vivir esta existencia, esta luz y este deleite es fácil, casi inevitable, cuando uno entra con plena conciencia en los estados superiores. Pero lo que es muy importante, al igual que muy difícil, es despertar el ser a esta triple conciencia divina en los mundos más materiales. Ese es el primer punto. Luego hay que lograr encontrar el centro de todos los mundos divinos (sin duda en el mundo intermedio), desde donde uno puede unir la conciencia de estos mundos divinos, sintetizarlos, y actuar simultáneamente y con plena conciencia en todos los planos.

Supremo, yo sé que hay mucha distancia entre esta incompleta e imperfecta explicación y la sublime realidad que Te manifiesta. Tu esplendor, Tu poder y Tu magnificencia, Tu inconmensurable amor están por encima de toda explicación y de todo comentario. Pero mi intelecto necesita representarse las cosas —de manera al menos esquemática— para permitirle a los estados del ser más materiales entrar en armonía con Tu Voluntad tan completamente como sea posible.

Sin embargo, es en el profundo silencio de mi muda y total adoración donde mejor Te comprendo. Pues quién puede decir qué es aquello que ama, es amado y es el poder de amar en sí mismo. Los tres son uno solo en infinito deleite.

O Supremo, dales a todos el bienestar de este incomparable deleite.

28 de mayo de 1914

Tú haces mover, Tú agitas, Tú bates los innumerables elementos de este mundo buscando que, de su oscuridad primera, de su caos primitivo, se despierten a la conciencia y a la plena claridad del conocimiento. Y es de Tu supremo amor que Te sirves para sacudir así todos estos elementos. Y es de Tu corazón infinito, insondable, que brotan estos inagotables torrentes de amor. Tu corazón es mi residencia, Tu corazón es la realidad de mi ser. En Tu corazón hice nido y me he convertido en Tu corazón.

Paz, paz sobre todos los seres.

29 de mayo de 1914

Mi dulce Dueño, quienes están en Tu cabeza, es decir, para hablar más intelectualmente, quienes han identificado su conciencia con la Conciencia absoluta, quienes se han convertido en Tu Suprema Conciencia, ya no pueden tener amor por Ti porque son Tú mismo. Ellos disfrutaban de esta bendición infinita que caracteriza toda toma de conciencia de Tu Esencia suprema, pero la devoción del adorador que se vuelve con éxtasis hacia lo que es superior y está por encima de él ya no puede existir. Entonces, a aquel cuya misión terrestre es manifestar Tu amor, Tú le enseñas a tener este amor puro e infinito por todo el universo manifiesto; y el amor que en un principio estaba hecho de adoración y admiración, se transforma en amor de absoluta compasión y devoción.

¡Oh, el divino esplendor de Tu Unidad eterna!

¡Oh, la infinita dulzura de Tu Beatitud!

¡Oh, la soberana majestad de Tu Conocimiento!

¡Tú eres el Inconcebible, el Maravilloso!

31 de mayo de 1914

Cuando el Sol se puso, en el recogimiento del sereno crepúsculo todo mi ser se postró ante Ti, O Supremo, en muda adoración y completo abandono. Luego fui la Tierra entera, y la Tierra entera se postró ante Ti, implorando la bendición de Tu iluminación, la beatitud de Tu amor. Oh, la arrodillada Tierra que Te suplica y luego se recoge en el silencio de la noche a esperar, con paciencia y ansiedad a la vez, la tan deseada iluminación. Si es una dulzura ser Tu amor divino obrando en el mundo, es una dulzura igualmente grande ser la infinita aspiración que se eleva hacia ese amor infinito. Y poder cambiar así, ser sucesiva, casi simultáneamente, lo que recibe y lo que da, lo que transfigura y lo que es transfigurado, identificarse con la oscuridad dolorosa al igual que con el esplendor todopoderoso, y, en esta doble identificación, descubrir el secreto de Tu unidad soberana, ¿no es esa acaso una manera de expresar, de cumplir Tu suprema voluntad?...

O mi dulce Dueño, mi corazón es una capilla ardiente y Tú permaneces allí como el más sublime de los ídolos; tanto así que Tu forma se me aparece, magníficamente vestida, en medio de las llamas que consumen mi corazón por Ti, y al mismo tiempo, en mi cabeza, Te veo, Te conozco como el Inconcebible, el Incognoscible, el Sin Forma; y en esta doble percepción, en este doble conocimiento, se halla la plenitud de la satisfacción.

1º de junio de 1914

O victorioso poder del amor divino, Tú eres el soberano Dueño de este universo, Tú eres su creador y su salvador, Tú le has permitido surgir del caos y ahora Tú lo guías hacia sus fines eternos.

No hay cosa humilde en la que no te vea resplandecer, no hay ser aparentemente hostil a Tu voluntad en el que no Te sienta vivir, actuar, irradiar.

O mi dulce Dueño, esencia de este amor, soy Tu corazón, y los torrentes de Tu amor pasan a través del ser integral para ir a despertar Tu amor en todas las cosas, o mejor, para despertar todas las cosas a la conciencia de Tu amor que todo lo anima.

A todos aquellos que Te desconocen, a todos aquellos que Te ignoran, a todos aquellos que intentan desviarse de Tu divina y dulce ley, los tomo en mis brazos de amor, los acuno en mi corazón de amor y los ofrezco a Tu divina lumbre para que, penetrados por Tus milagrosas emanaciones, se conviertan a Tu beatitud.

O amor, resplandeciente amor, Tú penetras todo, Tú todo lo transfiguras.

2 de junio de 1914

En silencioso recogimiento, en muda adoración, uniéndome a toda esta oscura y dolorosa sustancia, me inclino ante Ti, Supremo, como el divino salvador, bendigo Tu amor como el sumo libertador, doy gracias por sus incontables beneficios y me abandono a Ti para que puedas llevar a cabo Tu obra de perfeccionamiento. Luego, identificándome con Tu amor, no soy más que Tu imperecedero amor; penetro todas las cosas; viviendo en el corazón de cada átomo, enciendo allí el fuego que purifica y transfigura, el fuego que no se extingue, la llama mensajera de tus beatitudes, realizadora de todas las perfecciones.

Luego este mismo amor se recoge silenciosamente y dirigiéndose a Ti, inescrutable Esplendor, aguarda con éxtasis Tu Nueva Manifestación...

3 de junio de 1914

Ahora que todo el ser se encuentra cada vez más sumergido en la actividad material, en la realización física que implica tal multitud de detalles en los que hay que pensar y que hay que organizar, yo acudo a Ti, Supremo, para que mi conciencia, aunque vuelta hacia el exterior, pueda conservar constantemente esta comunión Contigo, que eres la fuente de toda paz, de toda fuerza, de toda beatitud.

O mi dulce Maestro, lleva a cabo Tú mismo las acciones a través de este ser individual en su integridad. O mejor, no permitas que en ningún momento alguna cosa de este ser individual pueda olvidar que no es más que un instrumento, una ilusión hecha realidad para que Tú intervengas en él, y que sólo Tú eres y actúas.

Oh, la bendición de Tu inmutable Presencia...

4 de junio de 1914

O triunfador de todos los obstáculos, Tú serás en nosotros la victoria sobre todo lo que quiere obstruir el cumplimiento de Tu divina ley. Tú disiparás las tinieblas de la ignorancia y la negra humareda de la mala voluntad egoísta; Tú disolverás las malas sugerencias y fortalecerás en nosotros la visión clara y pura, la perspicacia que no se deja engañar por pensamientos discordantes ni conflictivos ánimos de desorden.

O mi dulce Dueño, Tu amor infinito es la realidad de nuestro ser; ¿quién puede luchar contra su omnipotente acción? Todo lo penetra, pasa a través de todas las barreras, ya sea la inercia de la pesada ignorancia o la resistencia de la abstrusa mala voluntad. O mi dulce Dueño, mediante este amor y a través suyo, Tú resplandeces en todas las cosas, y este esplendor, haciéndose cada vez más fuerte, irradiará activamente sobre toda la Tierra, se volverá perceptible para todas las conciencias.

¿Quién puede resistirse a Tu poder divino?

Tú eres la Realidad única y suprema.

Mi ser se recoge en una muda adoración y todo desaparece salvo Tú.

9 de junio de 1914

Supremo, estoy ante Ti como una ofrenda abrazada por el fuego ardiente de la unión divina...

Y también ante Ti están todas las piedras de esta casa y todo lo que ella contiene, todos los que cruzan su umbral y todos los que la miran, todos los que están en conexión con ella de cualquier manera y, de uno en uno, toda la Tierra.

Desde este centro, desde este ardiente corazón que ahora está y estará cada vez más impregnado de Tu luz y de Tu amor, Tus fuerzas se irradiarán sobre toda la Tierra, visible e invisiblemente en los corazones y en los pensamientos...

Tal es la certeza que Tú me das en respuesta a mi aspiración por Ti.

Una inmensa onda de amor desciende sobre todas las cosas y todo lo penetra.

Paz, paz en toda la Tierra, victoria, plenitud, maravilla...

O niños queridos, afligidos e ignorantes; O tú, Naturaleza rebelde y violenta, abran sus corazones, calmen sus fuerzas porque ha llegado la dulce omnipotencia del Amor, he aquí la radiación pura de la luz que los penetra. Esta hora humana, esta hora terrestre es bella por sobre todas las horas. Que todo y todos lo sepan y se regocijen con la plenitud que les es concedida.

O corazones entristecidos y ceños fruncidos, tonta oscuridad y malevolencias ignorantes, que sus angustias se calmen y se desvanezcan.

Ha llegado el esplendor de la nueva palabra:

«Estoy aquí».

11 de junio de 1914

Cada mañana, Supremo, es una incontable reverencia la que se eleva hacia Ti, la reverencia de todos los estados del ser y de su multitud de elementos. Y es una diaria consagración de todo al Todo, un llamado de la ignorancia y del egoísmo a Tu luz y Tu amor. Y Tu respuesta llega constante y se percibe integralmente: todo es luz, todo es amor, la ignorancia y el egoísmo son sólo vanos fantasmas y se pueden disolver.

Y por encima de todas las cosas se extiende Tu Paz soberana, Tu calma fecunda.

12 de junio de 1914

O mi dulce Maestro, eterno esplendor, no puedo más que unirme a Ti en el silencio y la paz, diciendo que se haga Tu Voluntad tanto en los detalles como en el conjunto. Toma posesión de Tu reino, domina todo lo que se subleva contra Ti, sana las almas que Te ignoran y las inteligencias que no quieren someterse y consagrarse a Ti. Despierta las energías aletargadas, estimula los corajes, acláranos, Supremo, muéstranos la Vía.

El corazón desborda una paz soberana, el pensamiento está calmo y silencioso.

En el fondo de todo cuanto es, de todo cuanto será, de todo cuanto no es, está Tu divina e inalterable sonrisa.

13 de junio de 1914

Primero hay que conquistar el conocimiento, es decir, aprender a conocerte, a unirse a Ti, y todos los medios son buenos y pueden ser empleados para alcanzar este propósito. Pero sería una gran equivocación creer que todo está hecho cuando se logra este objetivo. Todo está hecho en principio, la victoria se gana en teoría, y aquellos cuyo motivo es sólo una egoísta aspiración a su propia salvación pueden sentirse satisfechos y vivir únicamente en y para esta comunión, sin preocuparse en absoluto por Tu manifestación.

Pero a quienes has designado como Tus representantes en la Tierra no se pueden satisfacer con este resultado. Conocerte primero y ante todo, sí; pero tras haberte conocido aún falta todo el trabajo de Tu manifestación; y entonces intervienen la calidad, la fuerza, la complejidad y la perfección de esa manifestación. Con frecuencia los que te han conocido, deslumbrados y transportados por el éxtasis de este conocimiento, se han contentado con verte por sí mismos y con expresarte de cualquier manera en su ser más exterior. Quien quiere manifestarte perfectamente no puede estar satisfecho con eso; debe manifestarte en todos los planos, en todos los estados del ser y así sacar del conocimiento que ha adquirido el mayor provecho posible para el universo entero.

Ante la inmensidad de este programa, el ser íntegro exulta y Te canta un himno de alegría.

Toda la naturaleza, en plena actividad consciente, vibrando por completo con Tus fuerzas soberanas, les responde a su aspiración y quiere dejarse iluminar y transfigurar por ellas...

Tú eres el Soberano del mundo, la única Realidad.

14 de junio de 1914

Es una verdadera obra de creación la que debemos emprender: crear actividades, modos de ser nuevos con el fin de que esta Fuerza, desconocida en la Tierra hasta hoy, pueda manifestarse en su plenitud. Es a este trabajo de parto al que me he consagrado, Supremo, porque es lo que Tú quieres de mí. Pero dado que es para esta obra que Tú me has designado, debes darme los medios, es decir, el conocimiento necesario para realizarla. Uniremos nuestros esfuerzos: todo el ser individual se concentrará en un llamado constante al conocimiento del modo de manifestación de la Fuerza, y Tú, centro supremo del ser, emanarás plenamente la Fuerza para que penetre, transfigure y sobrepase todos los obstáculos. Es un pacto que firmaste con los mundos de la vida individual. Tú hiciste una promesa, Tú enviaste a esos mundos a los que pueden y lo que puede cumplir dicha promesa. Esto exige ahora Tu ayuda integral con el fin de que lo prometido se lleve a cabo.

Es necesarios que en nosotros se unan las dos voluntades y las dos corrientes para que de su contacto nazca la chispa iluminadora.

Y dado que esto *debe* hacerse, *se hará*.

15 de junio de 1914

«Acúñate en mi corazón y no te atormentes: lo que debe hacerse, se hará. E incluso cuando lo haces sin saber, es cuando mejor se hace...»

Estoy en Tu corazón, Supremo, y nada me puede apartar de él. Y es desde las profundidades insondables de este corazón, en la paz sonriente de su beatitud, que veo todas las formas exteriores de Tu manifestación luchando y haciendo un esfuerzo por comprenderte mejor, por manifestarte mejor.

Si ha llegado la hora, como me lo haces saber, para nuevas formas de Tu realización, estas formas nacerán ineludiblemente. Algo en el ser lo presente pero aún no sabe; así que hace un esfuerzo por adaptarse, por ponerse a la altura de lo que Tú le exiges. Pero lo que está consciente de Ti y vive en Tu fuerza, sabe que esta nueva forma sólo es un progreso infinitesimal en la infinita progresión de Tu manifestación, y observa cada forma con la serenidad de la plenitud eterna.

Y en esta serenidad yace la omnipotencia misma de la realización.

Hay que saber planear en la confianza inmutable; en el vuelo seguro está el perfecto conocimiento.

16 de junio de 1914

Como un Sol, Tu esplendor desciende sobre la Tierra y Tus rayos iluminarán el mundo. Todos los elementos lo bastante puros, lo bastante plásticos, lo bastante receptivos para manifestar el propio esplendor del foco central se están agrupando. Esta agrupación no es arbitraria y no depende de la voluntad o de la aspiración de uno u otro elemento, depende de lo que la agrupación es, por encima de toda decisión individual. Tu esplendor quiere irradiar; aquello que es capaz de manifestarlo, lo manifiesta, y estos elementos se aglutinan para constituir, tan perfectamente como sea posible en este mundo de la división, el Foco divino que hay que manifestar.

Maravilladas por esta contemplación, todas las células del ser exultan; y, viendo Eso que Es, la sustancia integral entra en éxtasis. ¿Cómo distinguir ahora esta sustancia de Ti mismo? Ella es Tú —completamente, integralmente, intensamente—, en perfecta identificación contigo.

17 de junio de 1914

Todo lo que se ha concebido y realizado hasta el momento es mediocre, banal, insuficiente comparado con lo que debe ser. Las perfecciones del pasado ya no tienen fuerza hoy. Se necesita una potencia nueva para transformar los nuevos poderes y someterlos a Tu divina voluntad. «Pide y así será», es Tu constante respuesta. Y ahora, Supremo, hace falta que crees en este ser la aspiración permanente, ininterrumpida, intensa, frenética, en una serenidad inmutable. El silencio y la paz están aquí: se requiere que nazca la persistencia de la intensidad. Oh, Tu corazón canta un aleluya de júbilo como si lo que Tú quieres se estuviera realizando... Haz perecer todos estos elementos para que de sus cenizas puedan surgir nuevos elementos adaptados a la nueva manifestación.

¡Oh, la inmensidad de Tu Paz luminosa!

¡Oh, la omnipotencia de Tu amor soberano!

Y más allá de todo lo que podamos imaginar, el indecible esplendor de eso que presentimos. Danos el Pensamiento, danos el Verbo, danos la Fuerza.

Entra en la arena del mundo, ¡Ignoto recién nacido!

18 de junio de 1914

Siempre está obrando la misma voluntad. La Fuerza está ahí a la espera de poder manifestarse: hay que descubrir esa nueva forma que permita la nueva manifestación. Y nadie más que Tú, Supremo, puede otorgarnos ese conocimiento. A nuestro ser integral le corresponde hacer el esfuerzo, pedir, aspirar. Pero eres Tú quien ha de responder mediante la Iluminación, el Conocimiento y el Poder.

Oh el cántico de alegría de Tu Presencia victoriosa...

19 de junio de 1914

Colma los corazones de las delicias de Tu amor.

Inunda los espíritus de los esplendores de Tu luz.

¡Permite que efectuemos Tu Victoria!

20 de junio de 1914

Es necesario que Tú lleves a cabo la obra de transfiguración, es necesario que Tú nos enseñes el camino a seguir y que Tú nos des el poder de seguirlo hasta el final...

O Tú, fuente de todo amor y de toda luz; Tú a quien no podemos conocer en Ti mismo, pero a quien podemos manifestar cada vez más completa y perfectamente; Tú a quien no podemos concebir, pero a quien nos acercamos en el silencio profundo; colmando Tus inconmensurables favores es necesario que vengas en nuestra ayuda hasta que hayamos obtenido Tu victoria...

Haz nacer ese amor verdadero que apacigua todo sufrimiento; establece esa paz inmutable en la que reside la verdadera fuerza; danos el conocimiento soberano que disipa toda oscuridad...

Desde las profundidades infinitas hasta lo más exterior de este cuerpo, en sus más mínimos elementos, Tú circulas y vives y vibras y pones todo en movimiento, y todo el ser ya no es más que un solo bloque infinitamente múltiple, pero absolutamente cohesionado, animado por una única y formidable vibración: Tú.

21 de junio de 1914

Ser el espejo pasivo y a la vez perfectamente puro, girado al mismo tiempo hacia fuera y hacia dentro, hacia los resultados de la manifestación y hacia las fuentes de esa manifestación, para que las consecuencias se presenten ante la voluntad rectora, y ser además la actividad realizadora de esa voluntad, eso es más o menos lo que debe ser el individuo humano... Combinar ambas actitudes de receptividad pasiva y de actividad realizadora es justamente lo más difícil de todo. Y es eso lo que Tú esperas de nosotros, Supremo, y dado que Tú lo esperas de nosotros, no cabe duda de que Tú nos darás los medios para realizarlo.

Porque lo que ha de ser, será, incluso más espléndidamente de lo que podamos imaginar.

Oh, que Tu amor continúe amplificándose en la manifestación, siempre más sublime, más profundo, más vasto...

22 de junio de 1914

Lo que ha de ser será, lo que ha de hacerse se hará...

Qué tranquila certeza has puesto en mi ser, Supremo. ¿Quién o qué te manifestará? ¿Puede alguien decirlo aún?... Tú estás presente en cada cosa que puja por una expresión nueva más completa y más alta. Pero el centro de la luz aún no se ha manifestado, porque el centro de manifestación todavía no está perfectamente adaptado.

O divino Maestro, lo que ha de ser será y tal vez será muy diferente de lo que todos aguardan...

¿Pero cómo expresar ciertos secretos silenciosos?

La Fuerza está aquí; en Ella está el yo.

¿Cuándo y cómo brotará? Cuando Tú juzgues que el instrumento está listo.

Oh dulzura la de tu tranquila certeza, oh poder el de Tu paz...

23 de junio de 1914

Tú eres el soberano poder de transformación, ¿por qué no obrarías sobre todos los que entran en relación Contigo por intermedio nuestro? Carecemos de fe en Tu poder: pensamos siempre que para que esta transformación integral pueda producirse los hombres deben quererla en su pensamiento consciente; olvidamos que eres Tú quien quiere en ellos y que Tú puedes querer de tal suerte que todo su ser se vea iluminado por ella... Dudamos de Tu poder, Supremo, y así nos volvemos sus malos intermediarios y velamos la mayor parte de su fuerza transformadora.

O, danos la fe de la que carecemos, la certeza del detalle que nos falta. Libéranos de la manera corriente de pensar y de juzgar; permite que, viviendo en la conciencia de Tu infinito amor, lo veamos obrar a cada instante y que, conscientes de él, podamos conectarlo con los estados más materiales del ser...

O Supremo, libéranos de toda ignorancia, danos verdadera fe.

24 de junio de 1914

Desde el punto de vista de la manifestación, de la obra que continúa en la Tierra, la jerarquía es necesaria. En este mundo aún en desorden, ¿puede ella establecerse por fuera de toda arbitrariedad, es decir en perfecta conformidad con Tu ley?... El ser observador calmo, indiferente, sonriente, mira el juego, la comedia que se desarrolla, esperando con serenidad las circunstancias, sabiendo que nunca son más que una traducción muy imperfecta de aquello que debería ser.

Pero el ser religioso se gira hacia Ti, Supremo, en una gran aspiración de amor e implora Tu ayuda para que se lleve a cabo *lo mejor*, para que se superen cuantos obstáculos sea posible, para que se disipen cuantas oscuridades sea posible, para que se venzan cuantas malas voluntades egoístas sea posible. En las circunstancias del actual desorden no es *lo mejor* lo que debe suceder —porque eso siempre sucede—, son las propias circunstancias las que, mediante un esfuerzo más grande que nunca, deben transfigurarse con el fin de que un nuevo *mejor* en calidad y cantidad, un *mejor* absolutamente excepcional pueda manifestarse.

Que así sea.

*

Siempre es un error querer juzgar el futuro o incluso preverlo a partir de la idea que uno tiene de él, porque este pensamiento es el presente, en la medida misma de su impersonalidad es la traducción de relaciones actuales que necesariamente no son las relaciones futuras entre todos los elementos del problema terrestre. Deducir las circunstancias futuras a partir de las circunstancias actuales es una actividad mental del orden del razonamiento, incluso si esta deducción transcurre en el

subconsciente y se traduce en el ser bajo la forma de intuición; y el razonamiento es una facultad humana, es decir individual; las inspiraciones del razonamiento no provienen del infinito, del ilimitado, del Divino. Sólo en la Omnisciencia, sólo cuando uno es a la vez Eso que conoce, eso que hay por conocer y el poder de conocer, entonces uno puede volverse consciente de todas las relaciones pasadas, presentes y futuras; pero en ese estado ya no hay más pasado, presente o futuro, *todo es eternamente*. El orden de manifestación de todas esas relaciones no depende solamente del impulso supremo, de la Ley divina, sino también de la resistencia que le opone a esta ley el mundo más exterior; de la combinación de ambos nace la manifestación y hasta donde me es posible saber actualmente, esta combinación es de cierta manera indeterminada. Es en eso que consiste el juego, lo imprevisto del juego...

25 de junio de 1914

¿Qué sabiduría hay en el hecho de querer ser de una manera o de otra? ¿Por qué atormentarse así? ¿No eres Tú el trabajador supremo? ¿No es nuestro deber ser Tus dóciles instrumentos y, cuando dejas el instrumento a un lado por un rato, se quejará de que lo abandonas porque no lo haces actuar? ¿No sabrá disfrutar de la calma y del reposo luego de haber disfrutado de la actividad y de la lucha?

Siempre hay que estar alerta, atento al menor llamado, para no adormilarse ni ser indolente cuando Tú das la señal de actuar ya sea con la mente, los sentimientos o el cuerpo; pero no hay que confundir este constante estado de expectativa y de ferviente buena voluntad con una agitación ansiosa e inquieta, con un temor de no ser esto o aquello y de desagradarte, es decir, de no ser conforme a lo que Tú esperas de nosotros.

Tu corazón es el abrigo supremo, aquel donde toda preocupación se sosiega. Oh, deja ese corazón abierto de par en par para que todos los que padecen tormentos puedan encontrar allí un soberano refugio...

Traspasa esta oscuridad, haz destellar la luz;
Apacigua esta marejada, instaura la paz;
Calma esta violencia, haz reinar el amor;
Sé el guerrero que triunfa sobre los obstáculos; obtén la victoria.

26 de junio de 1914

Saludo a Ti, Supremo, Dueño del mundo. Danos el poder de hacer la obra sin apegarnos a ella y de desarrollar los poderes de manifestación individual sin vivir en la ilusión de la personalidad. Fortifica nuestra visión de la realidad; afirma nuestra percepción de la unidad; líbranos de toda ignorancia, de toda oscuridad.

No pedimos la perfección del instrumento, sabiendo que en el mundo relativo toda perfección es relativa: este instrumento, concebido para actuar en este mundo, debe, para poder hacerlo, pertenecer a este mundo; pero la conciencia que lo anima debe estar identificada con la Tuya, debe ser la conciencia universal y eterna que anima la diversa multitud de cuerpos.

O Supremo, permite que nos elevemos por encima de las formas ordinarias de la manifestación, con el fin de que Tú puedas encontrar las herramientas necesarias para Tu nueva manifestación.

No nos dejes perder de vista el objetivo; permítenos estar siempre unidas a Tu fuerza, esa que la Tierra no conoce aún y que Tú nos has dado como misión revelar.

En un profundo recogimiento, todos los estados de manifestación se consagran a Tu manifestación.

27 de junio de 1914

Mi ser está satisfecho con lo que Tú le das; lo que Tú quieras de él, lo hará, sin debilidad, sin vana modestia y sin inútil ambición. Qué importa el lugar que uno ocupa, qué importa la misión que Tú confías... ¿No radica todo en el hecho de ser enteramente Tuyo, tan perfectamente como sea posible, sin la menor preocupación de ninguna clase?

En esta profunda e inmutable confianza de que Tu obra se llevará a cabo y de que Tú creaste y designaste a quienes deben cumplirla, ¿para qué gastar una energía inútil y querer lo que ya está realizado? Tú me has dado, Supremo, la paz soberana de esta confianza; Tú me has acordado el incomparable bienestar de vivir en Tu amor, por Tu amor, de ser más y más Tu amor; y en este amor está la completa e invariable beatitud.

Sólo Te dirijo una plegaria, que sé concedida desde ya: aumenta cada vez más el número de elementos, de átomos o de universos capaces de vivir en y mediante Tu amor, integralmente.

Paz, paz en toda la Tierra.

28 de junio de 1914

Toda la Naturaleza Te saluda, Supremo, y con los brazos levantados y las manos extendidas, Te implora. No es que ella dude de Tu infinita generosidad y que piense que le hace falta pedir para obtener; sino que es su manera de reverenciarte y de entregarse a Ti, pues esta entrega, ¿no es acaso estar lista a recibir? Para ella resulta dulce dirigirte así una plegaria, aunque sepa que esta plegaria es superflua. Pero es una ardiente y feliz adoración. Y el sentimiento de devoción se satisface así sin perjudicar de ningún modo la conciencia intelectual, que sabe que eres uno con Todo y que estás presente en todo.

Pero es necesario que todos los velos se disipen y que la luz se haga completa en todos los corazones.

O Supremo, a pesar de la obra, en ella, danos esta calma perfecta de espíritu que permite la divina identificación, el conocimiento integral.

Mi amor por Ti, Supremo, eres Tú mismo y aun así mi amor se inclina ante Ti piadosamente.

29 de junio de 1914

Dales a todos alegría, paz y felicidad... Si sufren, ilumina su sufrimiento y haz de él un medio de transfiguración; concédeles el bienestar de Tu amor y la paz de Tu unidad; que en sus corazones sientan vibrar Tu eterna Presencia. Ellos están todos en mí, O Supremo, yo estoy en todos ellos, y como en lugar de un «yo» ahora sólo existe Tu amor soberano, ellos están todos en Tu amor y serán transfigurados por él.

O Supremo, mi dulce Dueño, incognoscible esplendor, dales alegría, paz, bienestar.

30 de junio de 1914

Cada actividad en su ámbito propio cumpliendo su misión especial, sin desorden y sin confusión, la una revistiendo a la otra, y todas jerarquizadas en torno a un centro único: Tu voluntad... Lo que más falta hace en los seres es la claridad y el orden; cada elemento, cada estado de ser, en lugar de llevar a cabo su función en armonía con todos los demás, quiere ser un todo en sí mismo, perfectamente autónomo e independiente. Y allí radica el error ignorante de todo el universo, un error global que se repite en millones y millones de formas. Pero bajo el pretexto de que estas actividades están separadas y en desorden, querer suprimirlas para no dejar subsistir sino Tu sola voluntad que, en su soledad, ya no tendría razón de ser, sería una empresa tan absurda como irrealizable. Ciertamente, es más fácil suprimir que organizar; pero el orden armonioso es una realización muy superior a la supresión. E incluso si el propósito final fuera un retorno al No-Ser, ese retorno no me parecería posible sino a través del más alto perfeccionamiento del ser...

O mi dulce Dueño, concédeles sentir Tu ternura infinita y, en el calmo reposo que brinda, que puedan percibir y darse cuenta del orden supremo de Tu ley.

Que Tu voluntad, que es todo amor, y Tu paz se manifiesten.

1º de julio de 1914

Te saludamos, Supremo, con adoración y con alegría, y nos damos a Ti en una entrega constantemente renovada, con el fin de que Tu voluntad se cumpla sobre la Tierra y en todos los lugares de este universo.

Al girarse hacia Ti nuestro pensamiento está mudo, pero nuestro corazón exulta, porque Tú resplandeces en todas las cosas y el menor grano de arena es una ocasión para adorarte.

Nos inclinamos ante Ti, nos unimos a Ti, Supremo, con un amor ilimitado, lleno de una inexpresable beatitud.

Oh, concédeles a todos esta alegría soberana.

4 de julio de 1914

O Fuerza soberana, Potencia victoriosa, Pureza, Belleza, Amor supremo, permítele a la integridad de este ser, a la totalidad de este cuerpo acercarse solemnemente a Ti y ofrecerte en una completa y modesta sumisión este medio de manifestación perfectamente abandonado a Tu voluntad, cuando no perfectamente maduro para esta realización...

Con la tranquila y entera certeza de que consumirás un día el milagro esperado y de que manifestarás plenamente Tu sublime esplendor, nos volvemos hacia Ti en un profundo éxtasis y en silencio Te imploramos...

Inmensidad, Infinitud, Portento... Sólo Tú existes y resplandeces en todas las cosas. Se acerca la hora de Tu realización. La Naturaleza toda entera se recoge solemnemente.

¡Tú respondes a su ardiente llamado!

5 de julio de 1914

Todo lo que pertenece al ser exterior, inferior, que aún es oscuro, se prosterna en una muda y ferviente adoración, invocando con todas sus fuerzas Tu acción purificadora que lo volverá apto para manifestarte plenamente.

Y en esta adoración se hallan el silencio perfecto y la perfecta beatitud.

Tú respondes misericordiosamente al llamado: «Lo que se debe hacer, se hará. Los instrumentos necesarios se prepararán. Esfuérzate con la calma de la certeza».

6 de julio de 1914

¡Qué plenitud de percepción! Todo el ser individual, modesto, humilde, sumiso, adorador, calmo y sonriente, sintiéndose uno con todo, incapaz de hacer ninguna diferencia de valor, perfectamente solidario con todo, está arrodillado con este todo delante Tuyo; y al mismo tiempo la formidable omnipotencia de *Tu Fuerza que está aquí*, lista para manifestarse, aguardando, construyendo la hora propicia, la ocasión favorable: el esplendor incomparable de Tu soberanía victoriosa.

La Fuerza está aquí. Regocíjense, ustedes que aguardan y esperan: la nueva manifestación es segura; la nueva manifestación está próxima.

La Fuerza está aquí.

Toda la naturaleza exulta y canta de alegría, toda la naturaleza está de fiesta: *La Fuerza está aquí.*

Levántense y vivan; levántense y sean iluminados; levántense y combatan por la transfiguración de todos:

La Fuerza está aquí.

7 de julio de 1914

Paz, paz sobre toda la Tierra...

No la paz de un sueño inconsciente o de una inercia satisfecha consigo misma; no la paz de una ignorancia que no se reconoce y de una oscura y terca indiferencia, sino la paz de la fuerza todopoderosa, la paz de la comunión perfecta, la paz del despertar integral, de la desaparición de todo límite y de toda sombra...

¿Por qué atormentarse y sufrir; por qué esta amarga lucha y esta rebeldía dolorosa; por qué esta vana violencia; por qué este inconsciente y pesado sueño? No teman despertar, apacigüen sus conflictos, acallen sus disputas, abran sus ojos y sus corazones: la Fuerza está ahí; ella está ahí divinamente pura, luminosa, potente; ella está ahí como un amor sin límite, como un poder soberano, como una realidad sin discusión, como una paz sin mixtura, como un bienestar sin interrupción, como la Bendición Suprema; ella es la existencia en sí misma, las interminables delicias del conocimiento infinito... y es algo más que aún no se puede decir, pero que ya actúa en los mundos superiores más allá del pensamiento —como potestad de transfiguración soberana—, y también en las profundidades inconscientes de la materia —como la Irresistible Sanadora...

Oh tú que quieres saber; escucha, escucha.

Tú que quieres ver; mira, contempla y vive: *La Fuerza está aquí.*

8 de julio de 1914

¡O Fuerza divina, suprema Iluminación, escucha nuestra plegaria, no Te alejes, no Te retires, ayúdanos a librar el buen combate, afianza nuestra capacidad de lucha, danos el poder para vencer!

O mi dulce Dueño, Tú a quien adoro sin poder conocerte, Tú que eres yo sin haber logrado consumarte, toda mi individualidad consciente se postra ante Ti y suplica, a nombre de los trabajadores que luchan y de la Tierra que agoniza, a nombre de la humanidad que sufre y de la Naturaleza que se esfuerza, o mi dulce Dueño, maravilloso Incognoscible, Dispensador de todas las bendiciones, Tú que de la oscuridad haces brotar la luz y de la debilidad haces nacer la fuerza, secunda nuestros empeños, guía nuestros pasos, condúcenos a la victoria.

10 de julio de 1914

O Tú, que eterna e inalterablemente eres y que consientes en devenir para darle una Iluminación, un Impulso nuevo a este mundo; Tú, que estás aquí: manifiéstate cada vez más completamente, más y más perfectamente; el instrumento se ha entregado y se entrega a Ti en una adhesión entusiasta, un abandono integral, Tú puedes reducirlo a polvo o transformarlo en un sol, no se opondrá a nada que sea Tu Voluntad, y en esta sumisión radican su fuerza y su felicidad verdaderas.

¿Pero por qué tienes consideración con la animalidad del cuerpo? ¿Es acaso porque hay que darle tiempo para que se adapte a la maravillosa complejidad, a la potente infinitud de Tu Fuerza? ¿Es Tu voluntad la que se hace dulce y paciente, la que no quiere precipitar nada y permite que los elementos se adapten?... Quiero decir: ¿es mejor así o es imposible de otra manera? ¿Es una incapacidad particular que Tú toleras con mansedumbre, o es una ley general que hace parte inevitable de todo lo que habrá de transformarse?...

Aunque poco importa lo que pensemos, dado que así es; lo único primordial es la actitud: ¿hay que combatir, hay que aceptar? Y eres Tú quien dicta la actitud, es Tu Voluntad quien la determina a cada instante. ¿Por qué prever y disponer cuando basta constatar y adherir plenamente?

El trabajo en la constitución de las células físicas es perceptible: impregnadas de una considerable cantidad de fuerza, parecen dilatarse y volverse más ligeras. Pero el cerebro aún está pesado y adormecido... Me uno a este cuerpo, divino Maestro, y hacia Ti clamo: no tengas consideración conmigo, actúa con Tu omnipotencia soberana, porque en mí Tú has puesto la voluntad de la transfiguración total.

11 de julio de 1914

El ser físico quisiera disolverse y reconstituirse por completo en una adoración que no tuviera límites. O Supremo, Tú que vienes a tocar la materia como el Mensajero de la Suma Potencia y de la Suma Beatitud, Tú originas el concepto de lo que puede llegar a ser una realización total. Y cuando el ser creía estar definitivamente investido de Tu mandato sublime, Tú Te retiras, haciéndole entender que sólo era una promesa, una prueba de lo que podría ser. Por desgracia, ¡cómo será la imperfección de esta Materia que no Te podemos retener! O Supremo, haz uso de Tu omnipotencia, obra el milagro de Tu Presencia permanente... ¿Por qué tantos miramientos? ¡Hay que triunfar o perecer!...

¡Victoria, victoria, victoria! ¡Queremos la victoria de la Transfiguración!

12 de julio de 1914

En todos los estados de ser, en todos los modos de actividad, en todas las cosas, en todos los mundos, uno Te puede conocer y unirse a Ti, porque Tú estás por doquier y siempre presente. Quien Te conoció en una actividad de su ser o en un mundo universal, dice: «Lo encontré» y no busca más; piensa que llegó a la cúspide de las posibilidades humanas. ¡Qué error! Es en todos los estados, en todos los modos, en todas las cosas, en todos los mundos, en todos los elementos que toca descubrirte y unirse a Ti y si uno deja de lado un elemento, por pequeño que sea, la comunión no puede ser perfecta, la realización no se puede llevar a cabo.

Y es por ello que haberte encontrado no es sino un primer peldaño en la escalera infinita...

O dulce Dueño, soberano Transfigurador, haz que cese toda negligencia, toda perezosa indolencia, acopia todas nuestras energías, haz de ellas una voluntad indomable, irresistible.

O Luz, Amor, Fuerza inefable, todos los átomos Te suplican que los penetres y los transfigures...

Dales a todos las delicias supremas de la comunión.

13 de julio de 1914

Paciencia, fuerza, coraje, calma e indomable energía.

Que el mental aprenda a callarse y a no querer sacar inmediata ventaja de las fuerzas que nos llegan de Ti para la manifestación integral...

¿Pero por qué se designó para la expresión de Tu Voluntad al elemento más pobre, al más mediocre, al más imperfecto...?

15 de julio de 1914

¡O Supremo! ¿Qué?...

Lo que Tú quieras, lo que Tú quieras...

Este instrumento es débil y mediocre; Tú le enseñaste que todas las actividades son posibles para él, que de todas las actividades humanas nada le era radicalmente ajeno; pero es sólo en la intensidad, en la perfección que comienza lo Divino, y hasta ahora Tú no le has concedido ninguna intensidad excepcional, ninguna perfección real... Todas son por ahora promesas, no individuales sino colectivas, y nada se ha cumplido a cabalidad.

¡O Supremo! ¿Por qué?

Tú has puesto en mi corazón esta paz tan total que parece casi indiferencia y que dice en la inmensidad de una serena calma:

Lo que Tú quieras, lo que Tú quieras...

16 de julio de 1914

Saluda mi silenciosa y humilde adoración...

Me inclino ante Tu gloria que me domina con todo su esplendor...

¡O, déjame disolverme a Tus pies, fundirme en Ti!

17 de julio de 1914

Fácilmente las realizaciones terrestres adquieren gran importancia ante nuestros ojos, porque están en proporción con nuestro ser exterior, con esta forma limitada que nos hace hombres. ¿Pero qué es una realización terrestre junto a Ti, frente a Ti? Por perfecta, por completa, por divina que sea, no es más que un instante indiscernible de Tu eternidad; y los resultados obtenidos, por poderosos, por maravillosos que sean, no son más que un átomo imperceptible en la marcha infinita hacia Ti. He ahí lo que tus obreros no deben jamás olvidar, de lo contrario se volverán incompetentes para servirte...

O mi dulce Maestro, qué puerilidad creerse responsable de lo que sea y querer individualizar Tu suprema y divina Voluntad. ¿No basta con unirse a Tu corazón y vivir allí permanentemente? Entonces Tú asumes todas las responsabilidades y Tu voluntad se ejerce sin que tengamos siquiera necesidad de saberlo... Sólo una realización independiente de todas las circunstancias exteriores, al abrigo de toda adhesión y de toda comprensión, por alta que sea, es una realización verdadera, una realización valiosa. Y la única así es unirse a Ti integral, estrecha, definitivamente. En cuanto al cuidado de Tu manifestación transitoria, momentánea, en una existencia fugitiva y sobre un mundo pasajero, eres Tú el responsable y el encargado de hacer lo necesario para que se dé, si Tú lo juzgas conveniente.

O mi dulce Maestro, soberano Señor, Tú te has quedado con todas las preocupaciones y no me has dejado sino la Beatitud, el supremo éxtasis de Tu divina comunión.

18 de julio de 1914

Dos cosas permanecen imperturbables a pesar de todos los vientos de tempestad, aun los más violentos: la voluntad de que todos tengan la dicha de la verdadera felicidad, la Tuya, y el ardiente deseo de unirme perfectamente, de identificarme Contigo... Todo el resto todavía es quizás el resultado de un esfuerzo y de una pretensión, eso es espontáneo e inquebrantable; y en el momento en que pareciera que el piso cede y que todo se hunde, eso asoma luminoso, puro y calmo, atravesando todas las nubes, disipando todas las sombras, surgiendo más grande e incluso más fuerte de las ruinas y portando consigo Tu Paz y Tu Beatitud infinitas.

19 de julio de 1914

O Supremo, Tú eres el todopoderoso Regente de Tu propia manifestación; permite que estos instrumentos se evadan de marcos demasiado estrechos, de límites demasiado fijos y mediocres. Se necesitan todas las riquezas de la posibilidad humana para traducir un átomo de Tu Fuerza infinita... Abre las puertas que están cerradas, haz brotar las fuentes selladas, que los torrentes de Tu elocuencia y de Tu belleza afluyan al mundo. Amplitud y majestad, nobleza y gracia, encanto y grandeza, variedad y potencia: el Supremo quiere manifestarse.

O mi dulce Dueño, Tú eres el soberano Rector de nuestros destinos, Tú eres el todopoderoso Regente de Tu propia manifestación.

Tuyo es todo este mundo, Tuyas todas estas criaturas y todos estos átomos. Transfigúralos e ilumínalos.

21 de julio de 1914

Ya no hubo más cuerpo, ya no hubo más sensaciones; sólo una columna de luz ascendiendo desde el lugar donde habitualmente se halla la base del cuerpo hasta el lugar donde habitualmente se halla la cabeza y formando allí un disco de luz como el de la Luna; luego, desde allí la columna siguió subiendo por encima de la cabeza hasta muy lejos, hasta expandirse en un inmenso Sol fulgurante y multicolor, de donde cayó una lluvia de luz dorada que recubrió toda la Tierra.

Luego, lentamente, la columna de luz descendió formando un óvalo de luz viva, despertando y poniendo en movimiento —a cada uno de una forma particular, según un modo vibratorio especial— los centros que se encuentran encima de la cabeza, en el lugar de la cabeza, de la garganta, del corazón, en medio del vientre, en la base de los riñones, y aún más abajo. A la altura de las rodillas, la corriente ascendente y la descendente se juntaron y la circulación se hizo así ininterrumpida, envolviendo al ser en un inmenso óvalo de luz viva.

Luego, lentamente, la conciencia volvió a descender, de etapa en etapa, deteniéndose en cada mundo, hasta que la conciencia del cuerpo regresó. Volver a tomar conciencia del cuerpo fue, si el recuerdo es exacto, la novena etapa. En ese momento el cuerpo todavía estaba totalmente rígido e inmóvil.

22 de julio de 1914

Tú eres todo amor, Supremo, y Tu amor resplandece en el fondo de todos los pensamientos y de todos los corazones. Culmina Tu obra transfiguradora: ilumínanos. Abre las puertas que aún están clausuradas, ensancha el horizonte, instaure la fuerza, unifica nuestros seres y haznos participar de Tu divina bienaventuranza con el fin de que podamos hacerlos a todos partícipes. Déjanos vencer los últimos obstáculos, interiores y exteriores, sobrepasar las últimas dificultades. Una plegaria ardiente y sincera nunca se ha elevado hasta Ti en vano; siempre en Tu espléndida generosidad respondes a cada llamado y Tu misericordia es infinita.

O divino Maestro, deja caer Tu luz en este caos y haz surgir de él un mundo nuevo. Consuma aquello que está en preparación y haz nacer una humanidad nueva que sea la expresión perfecta de Tu nueva y sublime Ley.

Nada detendrá nuestro ímpetu; nada fatigará nuestro esfuerzo; y, reposando en Ti todas nuestras esperanzas y todas nuestras actividades, seguros de nuestra completa sumisión a Tu Suprema Voluntad, marcharemos a la conquista de Tu manifestación integral con la calma certeza de la victoria sobre todo lo que quisiera oponérsele.

Salve, Dueño del mundo, que triunfas sobre toda oscuridad.

23 de julio de 1914

Supremo, Tú eres todopoderoso: conviértete en el combatiente y obtén la victoria. Que Tu amor siga siendo el soberano Rector de nuestros corazones y que Tu Conocimiento no deje jamás nuestros pensamientos... No nos abandones en la impotencia y la oscuridad; rompe todos los límites, quiebra todas las cadenas, disipa todas las ilusiones.

Nuestra aspiración sube hasta Ti como una plegaria ardiente.

25 de julio de 1914

Al salir el Sol, canté las alabanzas de este mundo donde no sólo es posible desearte, sino también conocerte e incluso convertirse en Ti. Y me sorprendí de que haya algunos que aspiren con tanto ardor a abandonar este universo para entrar en otro mundo de perfección.

Tú has puesto tanta satisfacción en mi corazón que se me ha vuelto imposible no estar satisfecha en todas las circunstancias, interiores o exteriores. Y, sin embargo, algo en mi ser aspira siempre a más belleza, más luz, más conocimiento, más amor, en pocas palabras, a una relación más consciente y más constante Contigo... Pero eso también depende de Tu voluntad, y cuando Tú lo quieras, me concederás la total transfiguración.

27 de julio de 1914

Suavemente, humildemente mi plegaria asciende hacia Ti, dulce Guía que aceptas sin discusión y sin censura todo lo que se Te ofrece, que Te entregas y Te das a conocer a todos sin preguntar si son dignos, y que no encuentras nada demasiado débil, demasiado pequeño, demasiado modesto, demasiado insuficiente para manifestarte...

Déjame acurrucarme a Tus pies, fundirme en Tu corazón, desaparecer en Ti, anonadarme en Tu beatitud; o mejor déjame ser únicamente Tu servidor, sin pretender otra cosa. No deseo, no aspiro a nada más. Ser únicamente *Tu* servidor es todo cuanto pido.

31 de julio de 1914

Me parece que quieres hacerme degustar sucesivamente todas las experiencias que por lo general se ubican en la cúspide de una yoga como su culminación y prueba de que se ha cumplido a cabalidad. La experiencia es intensa, completa, sobrecogedora, conlleva el conocimiento de todos sus efectos, de todas sus consecuencias; es consciente, deseada, proviene del esfuerzo metódico y no de un azar inesperado; y no obstante es *siempre única*, como los hitos kilométricos que se ponen a lo largo del camino y que están separados uno de otro por un largo trecho; y además, estos hitos que señalan la infinita ascensión nunca son similares; siempre nuevos, no parecen tener ninguna conexión entre sí... ¿Llegará un momento en que Tú le darás a este ser la capacidad de sintetizar todas estas incontables experiencias para extraer de ellas una nueva realización, más completa y más bella que todas las que se han llevado a cabo hasta ahora? No sé. Pero Tú me has enseñado a no lamentarme cuando un estado excepcional desaparece, ni a desearlo antes de que llegue. Ya no veo en la desaparición una señal de inestabilidad en el progreso logrado, sino la evidencia de una marcha que deliberadamente avanza, sin detenerse más de lo que es indispensable para las numerosas etapas del camino.

Cada vez Tú me enseñas un poco más que el medio de manifestación es limitado sólo porque así lo creemos, y que él puede participar efectivamente de Tu infinitud; cada vez algo de Tu inmensidad se alía al instrumento que le sirve de residencia, abriendo de par en par las puertas que dan a horizontes sin límites.

2 de agosto de 1914

Qué son estos dioses poderosos cuya hora de manifestarse sobre la Tierra ha llegado, sino modos variados y consumados de Tu actividad infinita, O Tú, Maestro de toda cosa, Ser y No-Ser y Eso que está más allá, Maravilloso Incognoscible, nuestro Soberano Supremo...

Qué son estas múltiples y brillantes actividades intelectuales, estos incontables rayos de Sol esclareciendo, concibiendo y plasmando todas las formas, sino uno de los modos de ser de Tu querer infinito, uno de los medios de Tu manifestación, O Tú, Dueño de nuestros destinos, Realidad Única e Impensable, Soberano Supremo de todo cuanto es y de todo cuanto aún no es...

Y todas estas potencias mentales, y todas estas energías vitales, y todos estos elementos materiales, qué son sino Tú mismo en Tu forma más exterior, Tus ultimados modos de expresión, de realización, O Tú, a quien adoramos piadosamente y que nos desbordas por todos los costados al tiempo que nos penetras, nos animas, nos diriges, Tú a quien no podemos comprender, ni definir, ni nombrar, Tú a quien no podemos asir, ni abrazar, ni pensar, y del que sin embargo nos percatamos en el más mínimo de nuestros actos...

Y todo este enorme universo no es sino un átomo de Tu Querer Eterno.

En la inmensidad de Tu Presencia efectiva, ¡todo se expande!

3 de agosto de 1914

Esta mañana todo el ser es muda adoración y la inmensidad de Tu amor colma su alma.

La preparación y la obra, la obra y la preparación se alternan y se compenetran al punto que a veces son difíciles de distinguir y su conjunto constituye Tu vida divina en la Tierra. Lo que hay que ser, lo que hay que hacer: el perfeccionamiento de Tu instrumento y su uso van a la par; unas veces Tú quieres que crezca y se enriquezca, que abra todas sus puertas sobre horizontes infinitos, que se una al dios que puede manifestar, que desarrolle su poder de relaciones conscientes con los diversos mundos, y otras veces que, perdiendo por así decir conciencia de sí mismo, no sea otra cosa que Tu fuerza en acción. Y en ambas se halla la ley suprema de la comunión con Tu voluntad.

Esta mañana todo el ser es muda adoración y la inmensidad de Tu amor colma su alma.

4 de agosto de 1914

¡Supremo, Soberano eterno!

Los hombres, empujados por el conflicto de fuerzas, acometen un sacrificio sublime, ofrecen sus vidas en sangriento holocausto...

Supremo, Soberano eterno, permite que todo eso no sea en vano, que los inagotables torrentes de Tu Fuerza Divina se expandan sobre la Tierra, penetrando la enrarecida atmósfera, las energías en lucha, todo el violento caos de los elementos en batalla; ¡y que la luz pura de Tu Conocimiento y el inextinguible amor de Tu Bendición colmen los corazones, penetren las almas, iluminen las conciencias y hagan surgir de esta oscuridad, de estas sombrías, terribles y recias tinieblas, el esplendor de Tu majestuosa Presencia!

Mi ser está ante Ti en un holocausto integral con el fin de hacer efectivo su holocausto inconsciente.

Acepta esta ofrenda, responde a nuestro llamado: ¡Ven!

5 de agosto de 1914

Maestro eterno, Tú estás en todas las cosas como un aliento vivificante, como una dulce paz, como un Sol de amor luminoso que atraviesa las nubes de la oscuridad.

Permite que seamos Tu aliento vivificante, Tu dulce paz, Tu luminoso amor sobre la Tierra entre nuestros ignorantes y afligidos hermanos humanos.

¡O divino Maestro, acepta la ofrenda de mi holocausto integral con el fin de que Tu obra se pueda cumplir y que el tiempo no pase en vano!

En un éxtasis sereno me entrego a Ti, para que Tú vuelvas a ser el Dueño de Tu pertenencia, el poseedor de Ti mismo en cada uno de los incontables átomos y en la unidad de la conciencia sintética.

¡O divino Maestro, acepta la ofrenda de este holocausto integral con el fin de que el tiempo no haya llegado en vano!

Todo mi ser está transformado en la llama ardiente de un sacrificio de puro amor.

Vuelve a ser el rey de Tu reino, emancipa la Tierra de la pesada carga que la agobia, del peso de su inerte, de su ignorante, de su oscura mala voluntad.

O mi dulce Maestro, mi ser se quema en la ardiente llama del sacrificio de amor: acepta mi ofrenda para que el obstáculo sea superado.

6 de agosto de 1914

¿Cuáles son pues los defectos y las taras que impiden que la ofrenda sea lo suficientemente completa para que Tú la acojas, para que el holocausto Te parezca digno de ser recibido?... Aún hay limitaciones en este ser, ¿acaso no las destruirás?

O Supremo, sabemos que la hora es grave para la Tierra; quienes pueden ser Tus intermediarios ante ella para hacer surgir del conflicto una armonía mayor y de la oscura fealdad una belleza más divina, deben estar listos a hacerlo. O Supremo, Guía eterno, Te rogamos, responde a nuestros esfuerzos, acláralos, muéstranos el camino, danos la fuerza de doblegar las resistencias interiores y sobrepasar todos los obstáculos.

O mi dulce Dueño, me prosterno a Tus pies y todo mi ser Te clama en una ardiente súplica... ¡Libérame de la impotencia personal!

8 de agosto de 1914

La pluma está silenciosa... ¡Este mundo material es tan absorbente! ¿Por qué dejarlo ocupar tanto lugar en nuestra conciencia? ¿Es impotencia de nuestra parte? ¿Es Tu Voluntad?

O mi dulce Dueño, no quisiera vivir sino en Ti, pero Tú me respondiste que había que vivir *para* Ti, y viviendo así para Ti nuestra conciencia se vuelve hacia los dominios exteriores y parece como si nos alejáramos de Ti.

Yo sé que eso no es del todo exacto; pero todavía hay una resistencia en el ser que no quiere ceder, una puerta que permanece cerrada, una cierta puerta de inteligencia luminosa que ningún esfuerzo ha logrado aún abrir y eso empobrece terriblemente Tu manifestación.

¿Cuándo decidirás que ha llegado la hora de que toda esa resistencia desaparezca?

Fuerzas monstruosas se han abatido sobre la Tierra como un huracán; son oscuras y violentas y poderosas y ciegas. Danos la potestad, Supremo, para iluminarlas. Tu esplendor debe estallar por doquier en ellas y transfigurar su acción; a su paso devastador deben dejar tras de sí un sembradío divino...

O mi divino Dueño, no rechaces mi ofrenda. Hazme digna de ser integralmente Tuya en la plenitud de la entrega y la integridad de la manifestación.

9 de agosto de 1914

Supremo, estamos ante Ti para que Tu voluntad se cumpla. Expulsa de nuestro pensamiento todos los obstáculos, las dudas, las debilidades, las limitaciones, todo lo que nubla nuestro conocimiento y oscurece nuestro entendimiento.

Yo tengo sed de Tu Conciencia, yo tengo sed de una unión integral contigo, no en la inacción y la evasión por fuera de la actividad física, sino en la completa, absoluta y perfecta consecución de Tu voluntad.

Es necesario que el esplendor de Tu luz suprema surja de todas estas tinieblas que se han abatido sobre la Tierra.

11 de agosto de 1914

O mi dulce Dueño, entra en todos estos pensamientos desasosegados, en todos estos corazones angustiados; alumbra allí el fuego de Tu divina Presencia. La sombra de la Tierra ha vuelto a caer sobre ella, sacudiéndola integralmente; pero esta sombra escondía Tu inmutable Sol, y ahora que ha colapsado sobre este pobre mundo, haciéndolo temblar sobre sus bases y transformándolo en un formidable caos, ¿no sobrevolarás Tú una vez más sobre el caos queriendo «Que haya Luz»?

O Tú, maravilloso Incógnito, Tú que todavía no Te has manifestado, Tú que aguardas la hora propicia y que nos has enviado a la Tierra para preparar Tus caminos, todos los elementos de este ser Te claman «Que se haga Tu Voluntad» y se entregan a Ti en un ímpetu supremo e invencible...

Envuelve esta Tierra doliente en los poderosos brazos de Tu misericordia, imprégnala de los efluvios bienhechores de Tu amor infinito.

Soy los poderosos brazos de Tu misericordia.

Soy el vasto pecho de Tu amor sin límites... Los brazos han envuelto a esta Tierra doliente y la aprietan tiernamente contra el corazón generoso; y lentamente un beso de bendición suprema se posa sobre este átomo en conflicto: el beso de la Madre que consuela y sana...

13 de agosto de 1914

El ser está erguido delante Tuyo, los brazos en alto, las palmas abiertas, en una ardiente aspiración.

O dulce Maestro, es un Amor más maravilloso y formidable que todos los que se han manifestado hasta hoy el que la Tierra necesita; es este Amor el que ella implora... ¿Quién será capaz y digno de ser el intermediario ante ella? ¿Quién? Poco importa; pero eso debe hacerse. O Supremo, responde a mi llamado, acepta la ofrenda del ser a pesar de su modestia y su limitación: Ven.

Más, cada vez más; que los torrentes regeneradores fluyan sobre la Tierra en ondas bienhechoras. Transfigura e ilumina. Realiza este tan esperado milagro supremo de acabar con los egoísmos ignorantes; despierta Tu llama sublime en el corazón de cada uno. No nos dejes aletargar en una serenidad tranquila. ¡No debemos tener ningún reposo antes de que Tu Amor soberano y nuevo se haya manifestado!

Escucha nuestra plegaria; responde a nuestro llamado: ¡Ven!

16 de agosto de 1914

Durante tres días he aguardado en una ardiente plegaria, esperando ver las cosas nuevas... y todos los obstáculos han surgido para velar, retardar, deformar Tu manifestación. Y ahora no parecemos más cerca del objetivo que antes.

O mi dulce Maestro, ¿por qué me dijiste que dejara el lugar bendito en Tu corazón y que retornara a la Tierra para intentar una realización que todo parece probar imposible?... ¿Qué esperas Tú de mí para haberme arrancado a mi divina y maravillosa contemplación y para haberme enfrascado de nuevo en este oscuro universo en conflicto? Cuando Tu fuerza desciende a la Tierra para manifestarse, cada uno de los grandes seres asúricos que han resultado ser Tus servidores, pero que han conservado la característica dominadora y excluyente de su naturaleza, quiere echar mano de ella sólo para sí mismo y luego distribuirla a los otros; siempre cree que debe ser el único, o en todo caso el máximo intermediario, y que la relación de todos los otros con Tu Poderío no puede y no debe hacerse sino por intermedio suyo. Esta triste mezquindad es más o menos consciente, pero siempre está ahí, retardando indefinidamente las cosas. Si, incluso entre los más grandes, es imposible en la manifestación integral escapar a estas lamentables limitaciones, ¿por qué, Supremo, imponerme el calvario de esta estrechez?... Si quieres que así sea, ¡es necesario que rompas el último velo y que Tu esplendor, en toda su pureza, venga a transfigurar el mundo!

Efectúa este milagro o bien déjame retirarme en Ti.

17 de agosto de 1914

Es necesario que todos los errores, todos los prejuicios, todos los malentendidos se desvanezcan en este torbellino de destrucción que está arrasando con el pasado... Es necesario que la luz se torne perfectamente pura, libre de toda limitación, para que Tú Te puedas manifestar plenamente en ella. Supremo, Tú tienes el poder y Tú realizarás este milagro soberano...

¡En esta conciencia Tú has puesto la certeza de la victoria!

18 de agosto de 1914

Déjame girarme hacia Ti en una profunda y silenciosa contemplación; déjame poner este ser integral y sus múltiples actividades a Tus pies como una ofrenda; déjame detener todo el juego de estas fuerzas, unificar todas estas conciencias, para que una sola persista, la que es capaz de escuchar Tu orden y de comprenderla; déjame sumergirme de nuevo en Ti como en la mar soberanamente bienhechora, esa que purifica de todas las ignorancias. Siento como si hubiera descendido hasta el fondo de un insondable abismo de duda y oscuridad, como si estuviera exilada de Tus esplendores eternos; pero sé que en este descenso está la posibilidad de un ascenso más alto que me permitirá abarcar un horizonte más ancho y tocar un poco más de cerca Tus cielos infinitos. Tu luz está allí, estable y guía, brillando sin intermitencia en las profundidades del abismo como en los esplendores luminosos; y una serena confianza, una calmada indiferencia, una tranquila certeza habitan mi conciencia de manera permanente... Soy como un barco que ha disfrutado durante largo tiempo de las delicias del puerto y que, a pesar de los nubarrones sombríos cargados de tormenta que ocultan el Sol, despliega sus velas para lanzarse a la inmensidad de lo desconocido, hacia ignoradas orillas, hacia nuevos parajes.

Yo soy Tuya, Supremo, sin restricciones y sin preferencias; que Tu voluntad se cumpla en toda su rigurosa plenitud; todo mi ser adhiere a ella con jubilosa aceptación y reposada serenidad.

Ya no me hago ninguna idea sobre el futuro: eres Tú quien hará nacer la nueva concepción más adecuada a Tu ley.

En la más perfecta sumisión y la más entera confianza, aguardo: Tu voz indicándome Tu vía.

20 de agosto de 1914

Con el fin de apreciar la meta desde un nuevo ángulo que sirva para aclarar los otros, uno tendría que rehacer constantemente la experiencia del descubrimiento interior y remontarse hasta el límite extremo de la conciencia sin jamás postular con antelación cuál será el término de su viaje.

Pero instintivamente el mental recuerda la impresión que recibió de uno o de los anteriores contactos de la conciencia con el centro último y se dice: «Eso es lo que se encuentra al final del camino», sin darse cuenta de que el «Eso» que conserva en el pensamiento es sólo uno de los incontables modos de traducir o incluso de travestir la meta, ni de que la concepción intelectual debe suceder a la experiencia y no precederla.

Rehacer inocentemente la ruta como si uno jamás la hubiera recorrido, en eso consiste la verdadera pureza, la sinceridad perfecta —esa que permite un progreso ininterrumpido, un crecimiento, un perfeccionamiento integral.

A pesar mío, en el silencio de todo pensamiento, es decir, de toda fórmula consciente, algo en mi ser, más profundo que las palabras, se vuelve hacia Ti, Supremo inexpresable, en una ardiente aspiración, ofrendándote todas sus actividades, todos sus elementos, todos sus modos de ser e implorándote para todo ello la suprema iluminación.

... ¡O Tú, a quien no puedo pensar, pero que con certeza conozco!

21 de agosto de 1914

Supremo, Supremo, la Tierra entera está conmocionada; gime y sufre, agoniza... todo este dolor que se ha abatido sobre ella no puede ser en vano; permite que toda esta sangre derramada haga germinar más rápidamente todas las semillas de belleza, de luz y de amor que deben florecer y cubrir el planeta con su rica cosecha. Desde el fondo de este abismo de oscuridad, el ser integral terrestre Te implora que le des aire y luz; se asfixia, ¿no vendrás en su ayuda?

O Supremo, ¿qué debemos hacer para triunfar?

Escúchanos, porque tenemos que vencer a toda costa. Acaba con todas las resistencias: ¡aparece!

24 de agosto de 1914

Supremo, me acerco a Ti en conmovido agradecimiento. Tú me diste las primeras palabras del tan anhelado conocimiento, y con este conocimiento ha venido la efectividad, el poder real en cada plano de realización.

No es más que un inicio, no es una consecución; pero el camino se abre visible y directo, sólo hay que seguirlo; el velo se ha rasgado en respuesta al esfuerzo modesto pero todopoderoso de los días oscuros. Permite, Supremo, que la ruta se esclarezca igualmente para todos, y que después de haber visto con claridad en nosotros mismos no haya nuevas dificultades para que el conocimiento se vuelva consciente en los demás. A pesar de todo, por grande que sea, el ser humano es limitado, al menos durante largo tiempo, por el hecho mismo de que es humano y porque, incluso cuando está en contacto con la inmensidad, esta inmensidad se traduce en su conciencia exterior desde el ángulo de su propia personalidad. Le resulta muy difícil no tener una perspectiva parcialmente obliterada por su propio punto de vista. Pero estos últimos obstáculos deben ser superados, derribados definitivamente, para que no puedan volver a surgir. Es necesario que la vía esté enteramente despejada y que el conocimiento vislumbrado se establezca firmemente. Tu gracia está con nosotros, Supremo, y jamás nos abandona, aun cuando las apariencias son sombrías; a veces hace falta la noche para preparar auroras más completas. Pero quizás esta vez Tú nos has puesto frente a la Aurora que no se extingue...

Recibe las ofrendas de nuestra ardiente gratitud y de nuestra sumisión integral.

Yo sabía que este cuaderno concluiría con el cierre de una etapa de mi existencia espiritual. Y en efecto eso es lo que sucede.

La luz se hizo, el camino se abrió; con una reverencia de agradecimiento por el laborioso pasado, nos lanzaremos a la nueva autopista que con amplitud Tú has abierto ante nosotros.

En el umbral de este nuevo campo de realización, más vasto y más consciente, nos inclinamos ante Ti, Supremo, en entero sometimiento y adoración. A Ti nos entregamos sin reserva.

Una vez más eres Tú quien vive en nosotros, y sólo Tú. Una vez más Te has convertido en el Rey de Tu reino, pero de un reino más extenso y perfeccionado, un reino más digno de Tu gobierno.

25 de agosto de 1914

Supremo, que se haga Tu Voluntad, que Tu obra se cumpla.
Fortalece nuestra devoción, aumenta nuestra sumisión, danos
luz sobre el camino. Te erigimos en nuestro interior como el
Rector supremo para que Te conviertas en el de toda la Tierra.

Nuestras palabras aún son ignorantes: ilumínalas.

Nuestra aspiración aún es imperfecta: purifícala.

Nuestra acción aún es impotente: hazla efectiva.

Supremo, esta Tierra gime y sufre; el caos ha hecho de este
mundo su morada.

La oscuridad es tan grande que sólo Tú puedes disiparla. Ven,
maniféstate para que Tu obra se cumpla.

26 de agosto de 1914

O mi dulce Maestro, Señor de la Felicidad, todos estos mundos de felicidad que se compenentran y se complementan unos a otros, son una inmensidad difícil de percibir en su conjunto. Danos el conocimiento de esas leyes y el poder de despertar a la Tierra a la comprensión y a la percepción de este objetivo perseguido tan ciegamente...

En todas las cosas Tú eres la alegría sin mezcla, la bienaventurada felicidad... pero esta felicidad sólo es perfecta cuando es integral, tanto en las manifestaciones más exteriores como en las profundidades más insondables.

O Supremo, me has situado en la antesala de la maravilla, confírmame en este conocimiento. Establéceme en este centro de conciencia desde el cual las actividades no serán sino la expresión sin mezcla de Tu ley.

En potente y muda adoración, aguardo.

27 de agosto de 1914*

Ser el divino amor, amor poderoso, infinito, insondable, en todas las actividades, en todos los mundos del ser: es eso lo que Te imploro, Supremo. ¡Deja que me consuma este divino amor, amor poderoso, infinito, insondable, en todas las actividades, en todos los mundos del ser! Transfórmame en ese brasero ardiente para que toda la atmósfera terrestre sea purificada por su llama.

Oh, ser Tu Amor infinitamente...

28 de agosto de 1914

Supremo, Dueño eterno, mi pensamiento permanece mudo e impotente ante Ti, pero mi corazón Te llama; despierta a todo mi ser para que pueda ser para Ti, enteramente, el instrumento necesario, el perfecto servidor.

Oh, ser infinitamente Tú, en todo, por doquier, siempre, el silencio absoluto y el movimiento absoluto...

No ser más que el Uno que todo lo contiene, contenido en todo... libre de toda limitación y de toda ceguera.

Supremo triunfador, triunfa sobre todos los obstáculos.

29 de agosto de 1914

¿De qué serviría el hombre si no estuviera hecho para tender un puente entre Eso que eternamente es, pero que no se ha manifestado, y lo manifiesto; entre todas las trascendencias y los esplendores de la vida divina, y toda la oscuridad y la dolorosa ignorancia del mundo material? El hombre es un vínculo entre Eso que debe existir y eso que existe; es el tablado tendido sobre el abismo, es la gran X en cruz, el vínculo cuaternario. Su verdadero domicilio, el efectivo sitio de su conciencia debe estar en el mundo intermedio, en el punto donde confluyen los cuatro brazos de la cruz, allí donde todo el infinito del Impensable viene a tomar forma precisa para ser proyectado en la innumerable manifestación...

Ese centro es un lugar de amor superior, de conciencia perfecta, de puro y total conocimiento. Establece allí, Supremo, a quienes de verdad puedan, deban y quieran servirte, para que Tu obra se lleve a cabo, el puente se instaure de manera definitiva y Tus fuerzas se esparzan incansablemente por el mundo.

31 de agosto de 1914*

En este formidable desconcierto y esta terrible destrucción se puede ver una gran obra, una labor necesaria preparando la Tierra para una nueva simiente que se levantará en maravillosas espigas y le dará al mundo la espléndida cosecha de una nueva raza... La visión es clara y precisa, el plan de Tu divina ley está tan nítidamente trazado que la paz ha regresado a instalarse soberana en los corazones de los trabajadores. No hay más dudas ni más vacilaciones, no más angustia ni impaciencia; sólo la gran línea recta de la obra que se cumple eternamente, contra viento y marea, a pesar de todas las apariencias contrarias, no obstante todos los ilusorios rodeos. Estas personalidades físicas, inaprensibles instantes en el infinito Devenir, saben que ellas le habrán hecho dar un paso más a la humanidad, infaliblemente y sin preocuparse por los inevitables resultados, cualquiera que sean las aparentes consecuencias momentáneas: ellas se unen a Ti, o Maestro eterno, ellas se unen a Ti, o Madre universal, y en esta doble identificación con Eso que está más allá de toda manifestación y Eso que es toda la manifestación, degustan la alegría infinita de la perfecta certeza.

Paz, paz, paz, en todo el universo...

La guerra es una apariencia,

La turbulencia es una ilusión,

La paz está ahí, inmutable.

O Madre, dulce Madre que soy, Tú eres a la vez la destructora y la constructora.

El universo entero vive en Tu seno su vida innumerable y Tú vives Tu inmensidad en el más pequeño de sus átomos.

Y la aspiración de Tu infinitud se gira hacia Aquello no manifiesto para implorar siempre una más completa y más perfecta manifestación.

Todo es —a la vez, en una total Conciencia triple y clarividente— lo Individual, lo Universal, lo Infinito.

1º de septiembre de 1914*

O divina Madre, con qué fervor, con qué ardiente amor fui hacia Ti en Tu más profunda conciencia, en Tu más alto estado de amor sublime y de felicidad perfecta, y me acurruqué tan apretadamente entre Tus brazos y Te amé con un amor tan intenso que me convertí definitivamente en Ti. Entonces una voz surgida de una profundidad aún más honda se hizo sentir en el silencio de nuestro mudo éxtasis y la voz dijo: «Vuélvete hacia aquellos que tienen necesidad de Tu amor». Y aparecieron todos los grados de conciencia, todos los mundos sucesivos. Unos eran espléndidos y luminosos, ordenados y claros; en ellos el conocimiento era resplandeciente, la expresión armoniosa y vasta, la voluntad potente e invencible. Luego los mundos se ensombrecían en una multiplicidad cada vez más caótica; la Energía se volvía violenta y el mundo material oscuro y doloroso. Y cuando en nuestro amor infinito percibimos integralmente el horrible sufrimiento del mundo de la ignorancia y de la miseria, cuando vimos a nuestros hijos atrapados en un tenebroso conflicto, lanzados unos contra otros por energías descarriadas de su verdadero propósito, quisimos ardientemente que se manifestara la transformadora luz del Amor Divino en el centro de estos enloquecidos elementos... Y para que la Voluntad fuera aún más poderosa y más efectiva, nos giramos hacia Ti, impensable Supremo, e imploramos Tu auxilio. Y desde las profundidades insondables de lo Ignoto llegó una respuesta formidable y sublime y supimos que la Tierra ESTABA A SALVO.

4 de septiembre de 1914

La oscuridad ha descendido sobre la Tierra, espesa, violenta, victoriosa... Todo es tristeza, terror, destrucción en el mundo físico, y el esplendor de Tu luz de amor parece ensombrecido por un velo de duelo...

O dulce Madre, me fundo en Ti, en un amor inmenso y en una súplica intensa hacia el Supremo de todas las cosas para que ÉL nos muestre la ruta, para que ÉL nos trace el camino de Su obra, con el fin de que podamos recorrerlo audazmente.

El tiempo apremia: es necesario, Supremo, que los poderes divinos vengan a socorrer la angustiada Tierra.

O Madre, dulce Madre, Tú estrechas a todos tus hijos en Tu vasto seno, y Tu amor los envuelve a todos por igual.

Yo me he convertido en el fuego purificador de Tu amor. O Supremo, silencioso Impensable, acepta el holocausto de este bracerito de amor para que Tu reino venga, para que Tu luz triunfe sobre las tinieblas y la muerte.

Manifiesta Tu poder. Día tras día, hora tras hora Te imploramos: ¡O Supremo, manifiesta Tu poder!

5 de septiembre de 1914

«¡Enfrenta el peligro! —me dijiste. ¿Por qué quieres desviar tu mirada, o escabullirte lejos de la acción, huir del combate, hacia la contemplación profunda de la Verdad? Es su manifestación integral la que debe realizarse; es su victoria sobre todos los obstáculos de la ciega ignorancia y la oscura hostilidad. Mira bien de frente al peligro, y se disipará ante el Poder».

O Supremo, comprendí la debilidad de esta naturaleza, la más exterior, que siempre está lista a renunciar a las cosas materiales y a evadirse, como compensación, en la suprema independencia intelectual y espiritual. Pero Tú esperas de nosotros la acción, y la acción no permite una actitud semejante. No basta triunfar en los mundos interiores, hay que triunfar hasta en los mundos más materiales. No debemos escapar a la dificultad o al obstáculo, porque tengamos el poder de hacerlo refugiándonos en la conciencia donde ya no hay obstáculos... Debemos mirar al peligro cara a cara, con fe en Tu Omnipotencia y Tu Omnipotencia triunfará.

Dame integralmente el corazón del combatiente, Supremo, y Tu victoria es segura.

«Vencer a toda costa» debe ser la divisa actual. No porque uno esté apegado a la obra y a sus resultados, no porque uno necesite de tal acción, no porque uno sea capaz de eludir todas las contingencias.

Sino porque Tú nos has ordenado actuar. Sino porque ha llegado la hora de Tu triunfo en la Tierra. Sino porque Tú quieres la victoria integral.

Y en un amor infinito por el mundo... ¡luchemos!

6 de septiembre de 1914

¡Más alto, siempre más alto! No quedemos nunca satisfechos con lo que se ha logrado, no nos detengamos en ninguna realización, marchemos siempre, sin detenernos, enérgicamente, hacia una manifestación siempre más completa, hacia una conciencia siempre más alta y más total... La victoria de ayer no debe ser sino el peldaño de la victoria de mañana, y el poderío de la víspera, debilidad junto a la efectividad por venir.

O Madre divina, Tu marcha es triunfal e ininterrumpida. Quien se une a Ti, en amor integral, viaja sin cesar hacia horizontes siempre más vastos, hacia una realización siempre más completa, saltando de cima en cima en el esplendor de Tu luz, a la conquista de secretos maravillosos del Incognoscible y de su integral manifestación.

O divina Victoriosa, toda la Tierra canta Tus alabanzas, y todas las fuerzas Te obedecerán.

Porque el Supremo dijo: «Ha llegado la hora»

Y todos los obstáculos serán sobrepasados.

9 de septiembre de 1914

El mundo está dividido en dos fuerzas contrarias que luchan por la supremacía, y ambas son igualmente opuestas a Tu ley, Supremo; porque Tú no quieres ni el estancamiento mortal ni la destrucción ciega. Es en una constante, progresiva y luminosa transformación que Tú Te expresas; y es eso lo que debemos instaurar en la Tierra si queremos manifestar Tu voluntad.

Por instantes nuestra impaciencia quisiera conocer de inmediato las maneras de esta manifestación. Pero nuestra impaciencia es vana y no recibe respuesta. Porque el conocimiento llegará en el momento oportuno, en el momento de la acción.

Asimismo, es con el pensamiento en reposo y la voluntad realizadora en calma y fuerte que aguardamos la señal que Tú nos darás.

10 de septiembre de 1914

Tu amor es como una marea alta invadiendo todo el ser e irrumpiendo en todas las cosas. Supremo, Tu amor penetrará todos los corazones y hará nacer en ellos la divina llama que no se extingue, la divina belleza que no se altera, y, por encima de cualquier diferencia y de cualquier oposición, establecerá en todos esta inmutable Felicidad que es la suprema bondad.

Tu luz es como una marea alta invadiendo todo el ser e irrumpiendo en todas las cosas. Supremo, Tu luz penetrará todos los pensamientos y hará nacer en ellos la claridad soberana que no vacila, la divina clarividencia que no se equivoca, y, por encima de cualquier diferencia y de cualquier oposición, establecerá en todos el esplendor de Tu conocimiento que es la suprema sabiduría.

Tu fuerza es como una marea alta invadiendo todo el ser e irrumpiendo en todas las cosas. Supremo, Tu fuerza penetrará toda vida y hará nacer en ella el poderío efectivo que no desfallece, el divino poder que es invencible, y, por encima de cualquier diferencia y de cualquier oposición, establecerá en todos Tu energía rectora que es la suprema voluntad.

13 de septiembre de 1914

Con fervor Te saludo, divina Madre, y en una gran ternura me identifico Contigo. Unida a nuestra divina Madre, me giro hacia Ti, Supremo, Te reverencio en una muda adoración y en una ardiente aspiración me identifico Contigo.

Luego todo se torna maravilloso Silencio, el Ser se absorbe en el No-Ser, todo queda suspendido, detenido, inmóvil...

¿Cómo expresar lo inexpresable?...

14 de septiembre de 1914

Ya no hay más «yo», ni más individualidad, ni más límites personales. Ya sólo existe el universo inmenso, nuestra sublime Madre, flameando con el fuego ardiente de la purificación en Tu honor, O Supremo, Dueño divino, Voluntad soberana, para que esta Voluntad ya no halle más obstáculo a su realización.

Un poderoso cántico de fervoroso amor y exultación sube hacia Ti, O Supremo, la Tierra entera en un éxtasis inexpresable se hace una Contigo.

Que Tu potente soplo alimente el brasero con el fin de que se torne siempre más vasto y formidable; que toda la oscuridad y todas las ciegas resistencias sean absorbidas, quemadas, transfiguradas en Luz por la maravillosa llama purificadora.

¡Oh, el esplendor pacificador de Tu purificación!

16 de septiembre de 1914

Escucha la voz que asciende, escucha el canto que se eleva para saludar Tu Aurora divina.

Que la suprema Ley se cumpla; bien sea la existencia universal y eterna o la reabsorción en el No-Ser, poco importa. ¿Hay que escoger entre ambas? Yo no podría; en mi conciencia ya no hay ninguna preferencia y una única Voluntad persiste: la Tuya, O Inexpresable.

Y todo el universo es tan sólo un canto, cada vez más vasto y armonioso, elevándose para saludar Tu Aurora divina.

17 de septiembre de 1914

Ya ningún impulso a la actividad puede venir de fuera o de un mundo en particular. Eres Tú, Supremo, quien pone todo en movimiento desde las profundidades del ser, es Tu voluntad la que dirige, Tu fuerza la que actúa; y tampoco sobre el campo limitado de una pequeña conciencia individual, sino sobre el campo universal de una conciencia que, en cada estado de ser, se ha unido al todo. Y el ser tiene, al mismo tiempo, la percepción consciente de todos los movimientos universales en su complejidad e incluso en su confusión, y la paz silenciosa y perfecta de Tu soberana inmutabilidad.

20 de septiembre de 1914

La pluma está muda, porque el pensamiento está silencioso, pero el corazón aspira a Ti, Supremo, y Te une a nuestra divina Madre en un mismo amor, en una misma veneración. Y a través Tuyo todo el ser tiende hacia lo Inexpresable; y más allá del Ser, más allá del silencio mismo, eso se une a Eso.

22 de septiembre de 1914

O Supremo, a Ti que estás en el umbral de lo Incognoscible, ¡Te saludo!

¿No eres Tú quien se saluda a Sí Mismo en la Esencia Impensable del Ser, en sus profundidades inconmensurables e incluso en sus realizaciones más exteriores? Porque el Ser eres Tú, sea cual sea su modo de existencia, y el Eterno Impensable también eres Tú en Tu esencia. Y a esta conciencia integral Tú la has hecho nuestra, para que seamos Tú, no sólo de hecho, sino consciente y efectivamente. Y así todo es un intercambio de saludos llenos de amor y de gozosa adoración, en una ardiente aspiración de nuestra Madre hacia Ti y una infinita y poderosa respuesta Tuya a nuestra Madre y, en fin, de la totalidad de Ti mismo hacia todo lo que aún no se ha manifestado, hacia todo lo Incognoscible que conoceremos cada vez más, cada vez mejor, pero que siempre seguirá siendo lo Incognoscible.

En el absoluto silencio todo es, ahora y eternamente; en la manifestación universal todo será en un perpetuo devenir.

En la perfección de la conciencia y de la vida integral, el ser entona un cántico de júbilo por Eso que, a la vez, es y será eternamente.

Salve, Dueño del mundo, ¿no eres Tú el intermediario entre lo que es y lo que será, siendo al mismo tiempo lo que es y lo que será?

O maravillosa Inmensidad, perceptible e indefinible a la vez, en una iluminación integral Te saludo.

24 de septiembre de 1914

¡Qué presente estás entre nosotros, Madre amada! Es como si nos quisieras asegurar Tu completa colaboración, mostrarnos que la Voluntad que quiere manifestarse a través nuestro ha encontrado en nosotros los instrumentos que pueden realizar Su Ley, haciéndola concordar por completo con Tus posibilidades actuales. Las cosas que parecían más difíciles, más improbables, incluso hasta más imposibles, se vuelven del todo realizables, porque Tu Presencia nos asegura que el propio mundo material está preparado para manifestar la nueva forma de la Voluntad y de la Ley.

En la deleitable plenitud de la armonía perfecta Te reverencio
—a Ti, a Tu Principio y a Tus obras.

25 de septiembre de 1914*

O divina y adorable Madre, con Tu ayuda, ¿qué hay imposible?
La hora de las realizaciones se acerca y Tú nos has asegurado Tu ayuda para que podamos efectuar integralmente la suprema Voluntad.

Tú nos has aceptado como adecuados intermediarios entre las realidades impensables y las relatividades del mundo físico, y Tu constante Presencia entre nosotros es una muestra de Tu activa colaboración.

El Supremo ha querido y Tú ejecutas:

Una Luz nueva despuntará sobre la Tierra.

Un mundo nuevo nacerá,

Y lo prometido se cumplirá.

28 de septiembre de 1914*

Mi pluma está muda para cantar Tu presencia, Supremo; no obstante, Tú eres como un rey que ha tomado entera posesión de su reino. Tú estás ahí, organizando, poniendo todo en su lugar, desarrollando y acrecentando cada provincia. Despiertas a los que estaban dormidos; vuelves activos a los que tendían a la inercia; estás construyendo una armonía a partir de la totalidad. Llegará el día en que esta armonía se habrá establecido y la comarca entera, por vida propia, será la portadora de Tu palabra y de Tu manifestación.

¡Pero mientras tanto mi pluma está muda para cantar Tus alabanzas!

30 de septiembre de 1914

Supremo, Tú derribaste las barreras del pensamiento y la realización apareció en toda su amplitud. No olvidar ninguno de sus aspectos, efectuarlos a la vez, sin descuidar ninguno, no permitir que ninguna limitación, que ninguna restricción se interponga en el camino y retrase nuestra marcha, eso es lo que nos ayudarás a hacer con Tu suprema intervención. Y todos aquellos que son Tú mismo, que Te manifiestan en la perfección de alguna actividad especial, serán también nuestros colaboradores, dado que tal es Tu Voluntad.

Nuestra Divina Madre está con nosotros y nos ha prometido la identificación con la conciencia suprema y total —desde las profundidades insondables hasta el mundo sensorial más exterior. Y en todos estos dominios Agni nos asegura el concurso de su llama purificadora, destruyendo todos los obstáculos, atizando las energías, estimulando las voluntades, con el fin de apresurar la realización. Indra está con nosotros para perfeccionar la iluminación en nuestro conocimiento; y el divino Soma nos ha transformado en su infinito, soberano, maravilloso amor, productor de beatitudes supremas...

O divina y dulce Madre, me inclino ante Ti con una inefable y concentrada ternura, con una ilimitada confianza.

O espléndido Agni, Tú que estás tan vivo dentro de mí, Te llamo, Te invoco para que estés más vivo aún, para que Tu hoguera se haga más inmensa, Tus llamas más poderosas y más altas, para que todo el ser sea tan sólo una combustión ardiente, una pira purificadora.

O Indra, Te venero y Te admiro, Te imploro que Te unas a mí, que derrumbes definitivamente todas las barreras del pensamiento, que me otorgues el divino conocimiento.

*O Tú, Sublime Amor, a quien nunca le di otro nombre, pero que eres por completo la esencia misma de mi ser, Tú a quien siento vibrante y vivo en el más pequeño de mis átomos al igual que en el universo infinito y más allá, Tú que respiras en cada aliento, que palpitas en el corazón de todas las actividades, que irradias a través de todas las buenas voluntades y Te escondes detrás de todos los sufrimientos, Tú a quien rindo un culto sin límites cuya intensidad siempre va en aumento, permite que cada vez pueda con mayor razón sentirme íntegramente Tú.

Y Tú, Supremo, que eres todo eso reunido en uno y mucho más, Dueño soberano, límite extremo de nuestro pensamiento, Tú que Te hallas para nosotros en el umbral de lo Desconocido, haz surgir de ese Impensable algún esplendor nuevo, alguna posibilidad de realización más elevada y más integral, con el fin de que Tu obra se lleve a cabo y que el universo dé un paso más hacia la sublime Identificación, la suprema Manifestación.

Y ahora mi pluma enmudece y yo Te adoro en silencio.*

5 de octubre de 1914*

En el tranquilo silencio de Tu contemplación, O Divino Dueño, la Naturaleza se fortalece y se vuelve a templar. Sobrepassando todo principio de individualidad, ella se sumerge en Tu infinitud que permite llevar a cabo la unidad en todos los dominios sin desorden y sin confusión. La armoniosa combinación de lo que persiste con lo que progresa y lo que es eternamente, se efectúa poco a poco dentro de un equilibrio siempre más complejo, más expandido y más elevado. Y este intercambio de los tres modos de vida hace posible la plenitud de la manifestación.

Muchos Te buscan a esta hora con angustia e incertidumbre. Ojalá yo pueda ser su mediadora ante Ti para que Tu luz los ilumine y Tu paz los apacigüe. Mi ser ya es tan sólo un punto de apoyo para Tu acción y un centro para Tu conciencia. ¿Dónde quedaron los límites, qué se han hecho los obstáculos? Tú eres el soberano Señor de Tu reino.

6 de octubre de 1914

O dulce Madre, tienes que enseñarme a ser integral y constantemente Tú, a estar por entero consagrada a darle un medio de expresión cada vez más perfecto a Eso que quiere manifestarse...

Todo está tranquilo y sereno, no más luchas, no más angustias; la aspiración misma se torna soberanamente apacible en su inmensidad, sin por ello perder nada de su intensidad; y mediante una curiosa oposición en la conciencia, como el verso y el reverso de una medalla, el ser percibe a un mismo tiempo la inmutable serenidad de la Realidad infinita en la que todo es eternamente sin ninguna posibilidad de cambio, y la marcha ardiente y rápida de todo lo que deviene sin cesar en un progreso ininterrumpido... Y ambas son igualmente verdaderas para Ti, Supremo.

7 de octubre de 1914*

¡Oh, que la luz se expanda sobre la Tierra y que la paz habite todos los corazones!... Casi todos conocen sólo la vida material, pesada, inerte, conservadora, oscura. Sus fuerzas vitales están tan apegadas a esta forma física de existencia que, aun libradas a sí mismas y por fuera del cuerpo, siguen ocupándose únicamente de las contingencias materiales a pesar de lo dolorosas y fatigantes que son. Aquellos en quienes se ha despertado la vida mental son inquietos, atormentados, agitados, arbitrarios, despóticos. Atrapados por completo en el torbellino de transformaciones y de renovaciones que sueñan, están listos a destruirlo todo sin saber en qué apoyarse para construir, y así, con su luz hecha de rayos enceguecedores, aumentan todavía más la confusión, en lugar de hacerla cesar.

A todos les hace falta la paz invariable de Tu soberana contemplación, la tranquila visión de Tu eternidad inmutable.

Y con la infinita gratitud del ser individual al que le has otorgado esta gracia insigne, Te imploro, Supremo, que aprovechando la agitación actual, en el seno de esta extrema confusión, el milagro se realice, y Tu ley de serenidad suprema y de luz invariable y pura se vuelva perceptible para todos y gobierne la Tierra en una humanidad finalmente despierta a Tu divina conciencia.

O dulce Dueño, escuchaste mi plegaria y responderás a mi llamado.

8 de octubre de 1914

La alegría que implica la actividad es compensada y equilibrada por la alegría quizás aún mayor que implica retraerse de toda actividad; cuando ambos estados se alternan en el ser o incluso cuando son simultáneamente conscientes, entonces la felicidad es completa, porque Tu plenitud, Supremo, se realiza.

O divino Dueño, Tú me has concedido la infinitud de las contemplaciones divinas, la perfecta calma de Tu Eternidad, y mediante la identificación con nuestra divina Madre, la Todo-Realizadora, me has permitido ser partícipe de su soberano poder de estar consciente y activa...

En el omnipotente deleite de Tu infinitud, ¡me inclino ante Ti!

10 de octubre de 1914

Que la ofrenda constantemente renovada y crecientemente integral de mi ser se deposite ante la Realidad Suprema, ante el Impensable que no puede ser formulado, pero que, en el tiempo, se expresa a sí mismo eternamente en una manifestación cada vez más completa y más perfecta. O Tú, a quien no puedo nombrar, pero cuya Voluntad percibo en el silencio supremo y en la rendición total, déjame ser la representante de toda la Tierra, para que, unida a mi conciencia, ella se entregue a Ti sin reserva.

Tú eres paz perfecta y consecución admirable; eres todo cuanto el universo es, inmutablemente, por fuera del tiempo, y cuanto quiere ser cada vez más en la conciencia temporal y espacial. Tú eres todo cuanto es en la quietud infinita, y la divina esperanza de todo cuanto quiere ser... O Supremo, dispénsale al mundo tus increíbles bendiciones.

¡Paz, paz sobre toda la Tierra!

11 de octubre de 1914

¿Por qué esta impresión persistente teñida de molestia y de expectativa? El ser, enteramente vuelto hacia Ti, vive en la beatitud de la divina comunión; todo es calmo, sereno, fuerte, soberanamente apacible; todo es luz en los explayados horizontes y, en la silenciosa contemplación, la devoción se ha hecho incluso más intensa. ¿Qué es entonces esta sensación que parece como rasguñar al ser y que adopta el aire de una advertencia que se le hace a una conciencia insuficientemente despierta en el plano material?

Pregunto por qué, Supremo, y sin embargo sé que si es necesario que yo conozca la razón, Tú ya me la dijiste y sólo mi incapacidad me priva de saberla; o bien no es útil ni incluso favorable que yo sepa, y en ese caso nada responderá a mi pregunta...

Pero la paz se hace aún más soberana y en una armonía infinita el ser adquiere su suprema amplitud.

¡O Supremo, con qué fervor Te saludo!

12 de octubre de 1914

Supremo, eran la pena y el sufrimiento de ellos lo que el ser físico estaba experimentando. ¿Cuándo se disolverá la ignorancia? ¿Cuándo cesará el dolor? O Supremo, permite que cada elemento del universo se vuelva consciente de su principio de ser y que, sin desaparecer, se transforme; que los velos de la ceguera egoísta que Te esconden se rasguen y Tú aparezcas resplandeciente en la manifestación total. Todo eso está eternamente en Tu silencio absoluto; pero es a través de una progresión infinita que se manifiesta en la conciencia integral.

14 de octubre de 1914*

Divina Madre, Tú estás con nosotros; todos los días me lo aseguras y, estrechamente unidas en una identificación que se hace cada vez más total y más constante, nos giramos hacia el Supremo del Universo y hacia Eso que está más allá llenos de aspiración por la nueva Luz. La Tierra entera está en nuestros brazos como un niño enfermo al que hay que sanar y por el que sentimos un afecto especial justamente debido a su malestar. Acunados en la inmensidad de eternos devenires, siendo nosotros precisamente esos devenires, contemplamos con mudez y gozo la eternidad del Silencio inmóvil, donde todo se realiza en la Conciencia perfecta y la Existencia inalterable, puerta milagrosa a todo lo desconocido que está más allá.

Entonces el velo se rasga, la Gloria inexpresable se descubre y, totalmente impregnados del Esplendor inenarrable, nos giramos de nuevo hacia el mundo para traerle las buenas nuevas.

Supremo, Tú me has proporcionado la felicidad infinita. ¿Qué ser, qué circunstancia tendría el poder de quitármela?

16 de octubre de 1914

Tú quieres que yo sea como un canal siempre abierto, cada vez más grande, mediante el cual Tus fuerzas se puedan verter en abundancia sobre el mundo... O Supremo, ¡que se haga Tu Voluntad! ¿No soy acaso Tu Voluntad y Tu Conciencia en una felicidad suprema?

Y el ser se agranda inconmensurablemente hasta volverse vasto como el universo.

17 de octubre de 1914

O Madre divina, los obstáculos se superarán, los enemigos se apaciguarán; Tú dominarás toda la Tierra con Tu amor soberano, y las conciencias se iluminarán con Tu serenidad.

Tal es la promesa.

23 de octubre de 1914

O Supremo, el ser integral está listo y Te invoca para que tomes posesión de lo que es Tuyo; ¿de qué sirve el instrumento si el Maestro no quiere utilizarlo? Y cualquiera que sea el modo de manifestación, estará bien, desde el más modesto, el más oscuro, el más material, el más limitado exteriormente, hasta el más vasto, el más brillante, el más poderoso, el más intelectual.

El ser integral está listo y aguarda, en un silencio pasivo, a que Tú quieras manifestarte.

25 de octubre de 1914*

Mi aspiración a Ti, Supremo, ha tomado la forma de una bella rosa, armoniosa, florecida y perfumada. Te la extiendo con mis dos brazos en un gesto de ofrenda y Te pido: si mi comprensión es limitada, amplíala; si mi conocimiento es oscuro, acláralo; si mi corazón carece de ardor, incéndialo; si mi amor es mediocre, intensifícalo; si mis sentimientos son ignorantes y egoístas, dales la plena conciencia en la Verdad. Y el «yo» que esto te pide, Supremo, no es una insignificante personalidad perdida entre millones de otras. Es la Tierra entera la que aspira a Ti en un movimiento lleno de fervor.

En el silencio perfecto de mi contemplación todo se expande hasta el infinito, y en la paz perfecta de ese silencio Tú apareces en la resplandeciente gloria de Tu luz.

3 de noviembre de 1914

Supremo, durante un buen tiempo mi pluma guardó silencio... Aunque Tú me diste horas de inolvidable iluminación, horas en que la Conciencia más divina y la más material se unieron de manera perfecta, horas en que fue tan completa la identificación del ser individual con la Madre universal y de la Madre universal Contigo que la conciencia individual percibió simultáneamente su propia existencia, la vida integral del universo y Tu eternidad exenta de todo cambio. La beatitud estuvo en su plenitud, en una paz inefable e infinita, la conciencia luminosa e inconmensurable, compleja y aun así única, la existencia todopoderosa, ama y señora de la muerte. Y ese ya dejó de ser un estado fugaz, que se alcanza después de una larga concentración y se desvanece tan súbitamente como surge; es un estado que puede durar largas horas colmadas de eternidad, instantáneas e interminables al mismo tiempo, un estado que se produce a voluntad, es decir que es permanente, y con el cual la conciencia más exterior entra en contacto tan pronto como una circunstancia se lo permite, tan pronto como se desocupa de una determinada tarea intelectual o material. En cualquier trabajo, constantemente, existe la percepción de Tu invariable presencia bajo Tu forma dual del No-Ser y el Ser, pero como detrás de un ligero velo tejido por la indispensable concentración en el trabajo que se hace; mientras que en las horas de soledad, el ser se encuentra de inmediato envuelto en una atmósfera maravillosamente poderosa, límpida, calma, divina; se sumerge en ella y entonces el vital espléndido retoma con toda su amplitud, toda su complejidad, toda su sublimidad; el cuerpo físico está glorificado, flexible, vigoroso, enérgico; el mental está formidablemente activo en su tranquila lucidez, dirigiendo y transmitiendo las fuerzas de Tu divina Voluntad; y todo el ser exulta en una beatitud sin fin, un amor sin límite,

una potencia soberana, un conocimiento perfecto, una conciencia infinita... Eres Tú mismo y sólo Tú quien vive, hasta en el mínimo átomo de la propia sustancia corporal.

Así se preparan los fundamentos sólidos de Tu obra terrestre y se construyen los cimientos del inmenso edificio; en todos los rincones del mundo se coloca una de Tus divinas piedras mediante la fuerza del pensamiento consciente y formativo; y a la hora de las realizaciones, la Tierra, así preparada, estará lista para recibir el templo sublime de Tu nueva y más completa manifestación.

8 de noviembre de 1914*

¡Por la plenitud de Tu Luz Te invocamos, O Señor! Despierta en nosotros el poder de expresarte.

Todo está mudo en el ser como en una cripta desierta; pero en el corazón de la sombra, en el seno del silencio está encendida la lámpara que no se extingue nunca, el fuego de la ardiente aspiración por conocerte y vivirte integralmente.

Las noches siguen a los días, las auroras se suceden incansablemente, pero sin cesar se alza la llama perfumada que ningún viento de tormenta puede hacer vacilar. Se alza cada vez más alto y un día alcanza la bóveda aún cerrada, el último obstáculo que se opone a nuestra unión. Y la llama es tan pura, tan recta y tan altiva que el obstáculo se disuelve de inmediato.

Entonces Tú apareces en todo Tu esplendor, en la fuerza deslumbrante de Tu gloria infinita; al contacto Contigo la llama se transforma en una columna de luz que hace desvanecer las sombras para siempre.

Y brota la Palabra, una revelación suprema.

9 de noviembre de 1914

Supremo, aspiramos a la conciencia perfecta...

Todo el ser se ha agrupado como un ramillete bien atado, hecho de flores diversas, pero armonizadas. La mano que reunió las flores y el cordel que sujetó el ramillete fue la voluntad y es la voluntad quien ahora te lo tiende como una ofrenda perfumada. Hacia Ti está tendido sin desfallecer, sin titubear.

10 de noviembre de 1914

Supremo, Tu Presencia está consolidada en mí como una roca inquebrantable y todo el ser exulta por pertenecerte sin la menor reserva, en una sumisión general y completa.

O Conciencia inmóvil y serena, Tú custodias los confines del mundo como un fénix de eternidad. Y no obstante a algunos les otorgas Tu secreto.

Ellos pueden convertirse en Tu Voluntad soberana, que escoge sin preferir y ejecuta sin desear.

15 de noviembre de 1914

Lo único importante es el propósito por alcanzar; el camino importa poco, y por lo general es preferible no conocerlo con anterioridad. Pero lo que se necesita saber es si realmente ha llegado el momento de la acción divina en la Tierra, y si la obra concebida en las profundidades podrá realizarse.

Eso, Supremo, Tú nos lo garantizaste con una garantía que vino acompañada de la más poderosa promesa que pueda hacer la Naturaleza, la Conciencia universal... Así que estamos seguros de que cuanto debe hacerse se hará y que nuestras actuales individualidades en realidad están llamadas a colaborar con esta gloriosa victoria, con esta nueva manifestación. ¿Qué más necesitamos saber? Nada. De manera que es con la mayor confianza que podemos presenciar el formidable combate, la avalancha de las fuerzas adversas, que, sin saberlo, sirven en definitiva a la realización de Tu plan. Mal haríamos en inquietarnos porque no nos ha sido dado saber cómo eso contribuye a Tu plan, ni por qué medio Tú triunfarás sobre todas las resistencias; pues Tu triunfo es tan perfecto que cada obstáculo, cada mala voluntad, cada odio dirigido contra Ti es la promesa de una victoria más vasta, aún más completa.

En la suma de resistencias se puede medir el alcance que Tú le quieres dar a la acción de eso que, desde Tus fuerzas puras, viene a manifestarse en la Tierra. Lo que se opone es justamente aquello sobre lo que estas fuerzas tienen la misión de actuar; es el odio más sombrío el que debe ser tocado y transformado en paz luminosa.

Si la individualidad humana que has escogido como Tu centro de acción y Tu intermediario se topa con pocos obstáculos,

pocas incomprensiones y pocos odios, es porque le has confiado una misión limitada y poco intensa. Es en el estrecho círculo de las buenas voluntades ya preparadas que actuará y no sobre la masa de la sustancia terrestre caótica y confusa.

O divino Maestro, comparte con todos nosotros este conocimiento que me has dado, para que la paz de la convicción reine en nuestros corazones; y que en la calma de Tu soberana certeza podamos confrontar con la cabeza en alto a todos los que, atraídos inconscientemente por la transfiguración, se precipitan hacia una ciega ignorancia, creyendo poder destruir al Amor Transfigurador.

16 de noviembre de 1914

Tú eres como el viento del mar, que empuja la barca contra la orilla hasta que está cargada con todas las provisiones necesarias para hacer la larga travesía. Tú no quieres que uno se embarque a la ligera. Tus servidores deben estar listos para todas las eventualidades, deben ser capaces de responder a todas las exigencias, de satisfacer todas las necesidades.

17 de noviembre de 1914

¡Ay, Madre sublime, cuánta paciencia debes tener! Cada vez que Tu voluntad consciente intenta manifestarse para rectificar los errores, para apresurar la marcha incierta del individuo extraviado por su propia ilusión de conocimiento, para trazar el camino seguro y darle la fuerza de recorrerlo sin protestar, casi siempre Te rechaza como a una consejera fastidiosa y falta de perspicacia. Él está dispuesto a amarte teóricamente, con un amor vago e inconsistente, pero su mental orgulloso Te niega su confianza y prefiere errar sólo antes que avanzar guiado por Ti.

Y Tú respondes, siempre sonriente en tu incansable benevolencia: «Esta facultad intelectual, que vuelve al hombre orgulloso y lo induce al error, es la misma que también puede, una vez aclarada y purificada, llevarlo más lejos, más alto que la naturaleza universal, a la comunión directa y consciente con nuestro Supremo, con Eso que está más allá de toda manifestación. Esa inteligencia divisora que le permite separarse de mí, también le permite escalar rápidamente las alturas que debe remontar sin que su marcha esté encadenada ni sea retardada por la totalidad del universo, que, en su inmensidad y complejidad, no puede realizar un ascenso tan vertiginoso».

O Divina Madre, tu palabra siempre reconforta y bendice, apacigua e ilumina, y Tu mano generosa descubre un trozo del velo que oculta el conocimiento infinito.

¡Qué calmo, noble y puro es el esplendor de Tu perfecta contemplación!

20 de noviembre de 1914

Supremo, quisiera ser ante Ti siempre como una página en blanco, para que Tu Voluntad se inscriba en mí sin dificultad y sin mezcla.

A veces hay que borrar del pensamiento hasta el recuerdo de experiencias anteriores para no entorpecer este trabajo de perpetua reconstrucción que, solamente en el mundo relativo, permite Tu perfecta manifestación.

Con frecuencia uno se aferra a lo que fue, por temor a perder el resultado de una experiencia preciosa, a abandonar una conciencia vasta y elevada, a recaer en un estado inferior.

Pero, ¿qué puede temer quien es Tuyo? ¿Y acaso no puede andar con el alma risueña, la frente iluminada, por el camino que Tú le trazas, cualquiera que sea, incluso si dicho camino es del todo incomprensible para su limitada razón?

Supremo, rompe los viejos esquemas de pensamiento, elimina las pasadas experiencias, disuelve la síntesis consciente si lo juzgas necesario, para que Tu obra se lleve a cabo cada vez mejor, para que se perfeccione Tu servicio en la Tierra.

21 de noviembre de 1914

Supremo, Tú me has dado Tu Poder para que Tu Paz y Alegría reinen sobre el mundo.

Y este ser ya sólo es un abrazo de paz rodeando toda la Tierra, un océano de alegría batiéndose contra todas las cosas.

Tú, que estás lleno de odio: el rencor se borrará de tu corazón como el mar borra las huellas sobre la arena.

Ustedes, que se alimentan de venganza: la paz entrará en sus corazones como entra en el alma del niño acunado por su madre.

Porque la divina Madre universal ha volteado a mirar hacia la Tierra y la ha bendecido.

4 de diciembre de 1914

Tras largos días de silencio, enteramente ocupados en el trabajo exterior, por fin me es dado retomar estas páginas y continuar Contigo, Señor, esta conversación que para mí es tan dulce...

Pero Tú rompiste todas mis costumbres, porque quisiste prepararme para la liberación de toda forma mental. Ciertas formas mentales, más particularmente poderosas o adaptadas al temperamento, son guías seguras hacia experiencias soberanas. Pero una vez que se han tenido las experiencias, Tú quieres que sean en sí mismas libres de la esclavitud de cualquier forma mental, por elevada y pura que sea, para poderse expresar en la forma nueva más verdadera, es decir la más acorde a la experiencia.

De manera que quebraste todas mis formas de pensamiento, y me encontré ante Ti desprovista de toda construcción mental, tan ignorante sobre esto como el niño que acaba de nacer; y en la oscuridad de esta nada volvió a yacer la paz soberana de algo que ya no se expresa con palabras, pero que ES. Y aguardo sin impaciencia y sin temor a que Tú mismo reconstruyas, desde el corazón de las profundidades insondables, la forma intelectual que Te parecerá más acorde para manifestarte en este instrumento moldeado de sumisión y fe ardiente.

Y ante esta inmensa noche plena de promesa, me siento —más de lo que nunca antes me sentí— libre y vasta, infinitamente...

Y en una suprema beatitud Te agradezco, Señor, el maravilloso favor que me has concedido: ¡el de estar ante Ti como un niño recién nacido!

10 de diciembre de 1914

Escucha, Supremo... en el silencio del recogimiento profundo mi plegaria asciende ardiente hacia Ti.

¿No es acaso una gran locura identificarse con una forma de pensamiento, con una construcción mental, por vasta y poderosa que sea, al punto de hacer de ella el centro vital de su ser, de su experiencia y de su actividad? La verdad está eternamente más allá de todo cuanto podamos pensar o decir de ella. Esforzarse por encontrar la expresión más acorde, la que mejor se adapte a esta verdad, es en efecto una obra útil, incluso indispensable para la integralidad del propio desarrollo y del de toda la humanidad; pero siempre hay que sentirse libre con respecto a esta expresión, tener su centro de conciencia por encima de ella, en la realidad que —pese a la grandeza, la belleza, la perfección de una fórmula mental— siempre escapará a toda fórmula. El mundo no es según como lo pensamos. La importancia de la idea que nos hagamos de él reside en el efecto que dicha idea tiene sobre nuestra actitud de cara a la acción; y esta actitud puede depender de una inspiración mucho más profunda, más verdadera, más inalterable, que la que proviene de una construcción mental, por poderosa que sea. Sentir dentro de sí la voluntad de traducir para los hombres la Verdad eterna de una forma más completa, más elevada y más justa que todas cuantas le han precedido, está bien; pero con la condición de no identificar su «yo» con esta obra al punto de ser su esclavo y de perder con respecto a ella toda independencia y todo control de sí mismo. Es una actividad y nada más, sea cual sea su importancia desde el punto de vista terrestre; pero no hay que olvidar que es relativa como todas las actividades y que no debemos dejarle perturbar nuestra paz profunda ni esta calma inmutable —la única que le

permite a las fuerzas divinas manifestarse a través nuestro sin deformación.

O Supremo, mi plegaria no se formula, pero Tú la escuchas.

12 de diciembre de 1914

A cada instante hay que saber perderlo todo para ganarlo todo; despojarse del pasado como de un cuerpo muerto para renacer a una plenitud mayor... Es así como se expresa la constante aspiración del ser interior que, vuelto hacia Ti, quiere reflejarte como un espejo cada vez más puro; y Tu inmutable Beatitud se traduce en él mediante una fuerza propulsora de progreso de una intensidad incomparable; y esta fuerza se transforma en el ser más exterior en una voluntad calma y segura a la que ningún obstáculo puede vencer.

¡O divino Dueño, con qué ardiente amor soy Tu servidor! Con qué puro, inmóvil e infinito gozo soy Tú mismo en todo cuanto es y más allá de toda forma de existencia.

Y ambas conciencias se unen en una plenitud sin igual.

15 de diciembre de 1914

Supremo, Tú me has dado paz en la fuerza, serenidad en la acción y felicidad inmutable en medio de todas las circunstancias.

22 de diciembre de 1914

Es la Verdad, Supremo, la que Te imploro.

Vuelve a poner en actividad este mental que enmudeció para someterse a Ti, dale a conocer Tu voluntad.

Él acogió todas las posibilidades y permitió que tomaran forma en él; luego, para que cesara el conflicto de sus tendencias contrarias, le cerró la puerta a estos visitantes inoportunos diciendo: «No necesito vivir de manera activa ni saber cuál es Tu voluntad, Supremo, siempre y cuando pueda dejar pasar el rayo de Tu luz eterna sin deformarlo». Así se hizo y la voluntad se volvió sumisa, directa, precisa y fuerte. Pero ahora Tú quieres que el mental sepa, y le dices: «Despiértate y hazte consciente de la Verdad». Entonces el mental responde con alegría, y ahora se vuelve hacia el sol resplandeciente de la soberana Verdad, y lo llama hacia sí para manifestarlo.

Tú quieres hacer caer todas las barreras, una tras otra, y que el ser adquiera la amplitud integral de todas sus posibilidades de manifestación.

Que todos los deseos terrestres se aglutinen en mí, Supremo, para que Tú puedas considerarlos, y que Tu voluntad se pueda aplicar de manera precisa, neta, definitiva, tanto en el más mínimo detalle como en el conjunto.

Así la llegada de los esperados días se apresurará...

Todo el ser exulta una alegría intensa y una plenitud sin igual.

2 de enero de 1915

Toda idea, por poderosa, por profunda que sea, que se repite con excesiva frecuencia, que se expresa de modo demasiado constante, se vuelve insulsa, insípida, sin valor... Los más altos conceptos pierden así su frescura después de un tiempo y la inteligencia que se complacía en especulaciones trascendentales siente de golpe una imperiosa necesidad de abandonar todos los razonamientos y toda su filosofía y de contemplar la vida con la mirada asombrada de un niño, de no recordar ya nada de su anterior conocimiento, por más que sea soberanamente divino...

Es cierto decir que las divisiones del tiempo son puramente arbitrarias, que la fecha asignada a la renovación del año varía según las latitudes, los climas, las costumbres y que es puramente convencional. Tal es la actitud mental que sonrío ante la niñería de los hombres y quiere dejarse guiar por verdades más profundas. Pero entonces, de repente, el propio mental siente su impotencia para traducir con exactitud esas verdades y, renunciando a cualquier sabiduría de este tipo, deja que se eleve el canto del corazón que aspira, el corazón para el que toda circunstancia es la ocasión para una aspiración más profunda, más vasta y más intensa... El año de Occidente se renueva: ¿por qué no aprovechar para querer con renovado ardor que este símbolo se convierta en una realidad y que las cosas que fueron deplorables den lugar a las que deben existir en toda su gloria?...

Siempre creemos que Te podemos definir, que Te podemos ceñir a nuestras fórmulas mentales; pero por vastas, por complejas, por sintéticas que sean, Tú seguirás siendo el Inexpresable, incluso para quien Te conoce y Te vive... Porque

uno puede vivirte sin que pueda expresarte; uno puede ser y realizar Tu infinito sin que pueda definirte ni explicarte; y Tú seguirás siendo el eterno misterio, digno de todos nuestros asombros; no sólo en Tu Trascendencia impensable e incluso incognoscible, sino en Tu manifestación universal, en todo eso que somos integralmente. Y siempre a unas formas de pensamiento le sucederán otras, siempre más puras, más altas, más inclusivas, pero jamás a ninguna de ellas se la considerará suficiente para dar tan sólo una idea de eso que Tú eres. Y cada nuevo hecho será un nuevo problema, más maravilloso y misterioso que todos los precedentes. Aun así, frente a su ignorancia y su impotencia, el ser mental permanece luminoso, sonriente y calmo, como si poseyera el conocimiento supremo —el de ser Tú, innumerablemente, invariablemente, infinitamente, sencillamente Tú.

11 de enero de 1915

Más que nunca la aspiración del ser mental ha ascendido hacia Ti con un gran fervor... La percepción del infinito y de la eternidad sigue estando presente. Pero es como si Tú hubieras querido aislarme de toda alegría religiosa, de todo éxtasis espiritual, para sumergirme en las circunstancias más estrictamente materiales. Por doquier, Supremo, está Tu perfecta felicidad y nada me puede apartar del grandioso don de ella que Tú me has hecho; en todo lugar y en toda circunstancia está conmigo, ella es yo como yo soy Tú. Pero todo eso es nada comparado con lo que debería ser. Tú quieres que, del seno de esta pesada y oscura materia, yo haga estallar el volcán de Tu Amor y de Tu Luz; Tú quieres que, rompiendo todas las viejas convenciones del lenguaje, surja un Verbo idóneo para expresarte, uno que jamás haya sido escuchado; Tú quieres que se haga una unión integral entre las más nimias cosas de abajo, y las más vastas, las más sublimes de arriba; y es por ello, Supremo, aislándome de toda alegría religiosa y de todo éxtasis espiritual, privándome de cualquier libertad para concentrarme en Ti exclusivamente, que me dijiste: «Trabaja como una persona común en medio de seres comunes; aprende a no ser distinta a ellos en todo lo que se manifiesta; asóciate a su manera íntegra de ser; porque más allá de todo cuanto conocen, de todo cuanto son, tú llevas en ti la antorcha del esplendor eterno que no vacila, y, al asociarte a ellos, eso será lo que les aportarás. ¿Necesitas disfrutar de esta luz, dado que tú la repartes? ¿Es necesario que sientas vibrar en ti mi amor, dado que tú lo entregas? ¿Hace falta que degustes integralmente las delicias de mi presencia, dado que tú le sirves de intermediaria ante todos los demás?».

¡Que se haga Tu voluntad, Supremo, integralmente!

Ella es mi bienaventuranza y mi ley.

17 de enero de 1915

Ahora, Supremo, las cosas han cambiado. El tiempo del reposo y de la preparación terminó. Tú has querido que, de servidor pasivo y contemplativo, me convierta en servidor activo y realizador; has querido que la alegre aceptación se transforme en alegre combate, y que en un esfuerzo constante y heroico contra todo lo que se opone en el mundo a que se cumpla Tu ley en su más pura y más alta expresión actual, yo encuentre el mismo equilibrio apacible e inmutable que se posee al someterse a Tu ley tal como se cumple en el presente, es decir, sin estar en lucha directa con todo lo que se opone a ella, sacando lo mejor de cada circunstancia y actuando mediante el contagio, el ejemplo, la lenta infusión.

En un combate parcial y limitado, pero representativo de la gran lucha terrestre, Tú pones a prueba mi fuerza, mi determinación y mi coraje, para ver si realmente puedo ser Tu servidor. Si el resultado de la batalla muestra que soy digno de ser el intermediario de Tu acción regeneradora, entonces extenderás el campo de acción. Y si me muestro siempre a la altura de lo que esperas de mí, vendrá un día, Supremo, en que Tú estarás en la Tierra, y la Tierra toda entera se levantará contra Ti. Pero Tú tomarás a la Tierra entre Tus brazos y la Tierra se transformará.

18 de enero de 1915

Supremo, escucha mi plegaria...

En mí Tú eres todopoderoso, Dueño soberano de mi destino, conductor de mi vida, vencedor de todos los obstáculos, conquistador de las voluntades preconcebidas y de los prejuicios mentales. Quizás para ser todopoderoso afuera, necesites de la instrumentación de mi mental, organizador y formador de medios de acción; pero si Tú puedes perfeccionar el instrumento, ¿cómo dudar que la obra se cumpla? Hay que espantar bien lejos todas las malas sombras que sugieren lo contrario y, llena de una inquebrantable confianza en Tu infinita misericordia, Te ofrezco esta plegaria:

Transforma a Tus enemigos en amigos,
Cambia la oscuridad en luz.

Que en esta lucha heroica e inmensa, en esta lucha sublime del amor contra el odio, de la justicia contra la injusticia, de la obediencia a Tu suprema ley contra la rebelión, yo pueda poco a poco volver a la humanidad digna de una paz aún más sublime en la que, habiendo cesado todas las disensiones intestinas, el esfuerzo humano se una por completo para lograr una realización cada vez más perfecta e integral de Tu divina voluntad y de Tu ideal progresivo.

24 de enero de 1915

Supremo, permanecí largamente en silencio ante Ti en una de esas prosternaciones interiores llenas de ardiente adoración que culminan en una suprema identificación... Y, como siempre, me dijiste: «Vuelve tu mirada hacia la Tierra». Y vi todos los caminos bien abiertos y radiantes con una luz calma y pura.

En una adoración muda, enteramente impregnada de Tu voluntad, me viré hacia la Tierra.

15 de febrero de 1915*

Señor de la Verdad, en tres ocasiones Te invoqué con gran fervor implorando que Te manifestaras.

Luego, como siempre, todo el ser Te rindió su entera sumisión. En ese momento la conciencia percibió al ser individual mental, vital y físico, enteramente recubierto de polvo, y este ser se arrodilló ante Ti, tocando con la frente la tierra, polvo sobre el polvo, y te suplicó: «O Señor, este ser hecho de polvo se prosterna ante Ti pidiéndote que lo consuma el fuego de la Verdad para que desde ahora pueda manifestarte sólo a Ti». Entonces Tú le dijiste: «Levántate, eres puro de todo polvo». Y súbitamente, de un solo golpe, todo el polvo se desprendió como un abrigo que cae al piso, y el ser apareció erguido, siempre tan sustancial, pero resplandeciente con una luz cegadora.

3 de marzo de 1915 A bordo del Kamo Maru

Soledad... una acre, intensa soledad, y esta constante y fuerte impresión de haber sido lanzada de cabeza a un infierno de oscuridad. Nunca, en ningún momento de mi vida, bajo ninguna circunstancia, sentí que vivía en un medio tan totalmente opuesto a todo aquello de lo que tengo conciencia como verdadero, tan contrario a todo cuanto es la esencia de mi vida. Por momentos, cuando la impresión y el contraste se hacen particularmente intensos, no puedo evitar que mi total sumisión se tiña de melancolía, y que el tranquilo y mudo coloquio con el Maestro interior se transforme por un instante en una invocación que casi suplica: «Supremo, ¿qué he hecho para que me lances así a la sombría Noche?». Pero de inmediato la aspiración se alza aún más ardiente: «Ahórrale a este ser toda flaqueza; permítele ser el instrumento dócil y clarividente de Tu obra, cualquiera que sea».

Por ahora falta la clarividencia; jamás el futuro estuvo más velado. En lo que concierne a los destinos de los individuos, es como si avanzáramos hacia un muro alto e impenetrable. En cuanto a los destinos de las naciones y de la Tierra, se distinguen mejor. Pero de ellos es inútil hablar: el futuro los revelará claramente ante los ojos de todos, incluso de los más ciegos.

4 de marzo de 1915

Continúa la acre soledad... pero no es dolorosa, al contrario. En ella se revela más claramente el infinito y puro amor en que está inmersa la Tierra entera. Mediante este amor todo vive y se anima; las peores sombras se vuelven casi traslúcidas para dejar pasar sus efluvios, y el más intenso dolor se transforma en poderosa felicidad.

Cada giro de la hélice sobre el océano profundo parece alejarme más de mi verdadero destino, del que mejor expresa el Querer divino; cada hora que transcurre parece volver a sumergirme más en ese pasado con el que había roto, segura de que me llamaban nuevas y más vastas realizaciones; todo parece retrocederme a un estado de cosas totalmente contrario a la vida de mi alma que reina sin discusión sobre las actividades exteriores; y, a pesar de la aparente tristeza de la situación personal, la conciencia está tan fuertemente establecida en un mundo que desborda por todos los costados los límites personales, que el ser entero se regocija percibiendo poder y amor constantes.

En su aspecto material, el mañana es oscuro e ilegible; ninguna luz, por débil que sea, le revela a mi mirada perpleja la indicación, la presencia del Divino. Pero algo en la profundidad de la conciencia se vuelve hacia el Invisible y Soberano Testigo y le dice: «Me sumerges, Supremo, en las más espesas tinieblas; significa que has establecido Tu luz tan firmemente en mí que sabes que soportará esta peligrosa prueba. De lo contrario, ¿me habrías escogido para descender al torbellino de este infierno como el portador de Tu antorcha? ¿Juzgarías que mi corazón es lo bastante fuerte para no desfallecer, mi mano lo bastante firme para no temblar? Y no obstante mi ser individual sabe lo impotente y débil que es; cuando no manifiestas Tu Presencia,

se siente más desposeído que la mayoría de los que Te ignoran o Te desatienden. Sólo en Ti yace su fuerza y su capacidad. Si Te place servirte de él, nada será demasiado difícil de llevar a cabo, ninguna tarea demasiado vasta y compleja. Pero si Te repliegas, no queda más que un pobre niño, capaz sólo de anidar en Tus brazos y de dormirse en ellos con ese dulce sueño sin sueños en el que nada existe salvo Tú».

7 de marzo de 1915

Se acabó el tiempo del dulce silencio mental, tan apacible y puro, a través del cual se hacía sentir la profunda voluntad que se expresaba en su verdad todopoderosa. Ahora la voluntad ya no se percibe; y el mental, necesariamente activo de nuevo, analiza, clasifica, juzga, escoge, reacciona sin parar como un agente transformador de todo lo que se impone a la individualidad, lo bastante expandida para estar en contacto con un mundo infinitamente vasto y complejo, un mundo mezclado de luz y sombra como todo lo que pertenece a la Tierra. *Estoy exiliada de cualquier dicha espiritual, y entre todas las pruebas, Supremo, esta es sin duda la más dolorosa que puedes imponer: pero sobre todo el repliegue de Tu voluntad, que pareciera un signo de total desaprobación. Fuerte es la creciente impresión de rechazo, y se necesita todo el ardor de una fe incansable para que un irremediable dolor no invada la conciencia exterior abandonada de esta manera a sí misma...

Pero ella se rehúsa a desesperar, se rehúsa a creer que el infortunio es irreparable; aguarda con humildad en un esfuerzo y una lucha oscuros y ocultos a que el aliento de Tu perfecta alegría la penetre de nuevo. Y quizás cada una de sus modestas y secretas victorias sea una verdadera ayuda aportada a la Tierra...

¡Si fuera posible salir definitivamente de esta conciencia exterior, refugiarse en la conciencia divina! Pero Tú lo prohibiste, y todavía y siempre lo prohíbes. ¡Nada de huir fuera del mundo! Hay que cargar el fardo de su oscuridad y fealdad hasta el final aunque parezca que todo auxilio divino ha sido retirado. Debo quedarme en la oscuridad de la Noche y seguir andando sin brújula, sin faro, sin guía interior...

Ni siquiera imploraré Tu misericordia; porque eso que Tú quieres para mí, también yo lo quiero. Toda mi energía se tensa únicamente para avanzar, avanzar siempre un paso tras otro, a pesar de la profundidad de las tinieblas, a pesar de los obstáculos del camino, y sea lo que sea que llegue, Supremo, es con un amor ferviente e invariable que Tu decisión será recibida. Incluso si encontraras que el instrumento es impropio para servirte, el instrumento ya no se pertenece, es Tuyo; puedes destruirlo o magnificarlo, no existe en sí mismo, nada quiere, nada puede sin Ti.*

8 de marzo de 1915*

La condición general es de calmada y profunda indiferencia; el ser no siente ni deseo ni repulsión, ni entusiasmo ni depresión, ni alegría ni pena. Mira la vida como un espectáculo en el que toma una pequeña parte; percibe las acciones y reacciones, los conflictos y las fuerzas como si le pertenecieran a su propia existencia, que desborda la pequeña personalidad por todos los costados, y a la vez como si fueran del todo ajenos y remotos a esa personalidad.

Pero cada tanto un gran hálito pasa, un gran hálito de dolor, de angustiado aislamiento, de despojo espiritual —se diría casi el llamado desesperado de la Tierra abandonada por el Divino. Es una pena tan silenciosa como cruel, una pena sumisa, sin rebeldía, sin el deseo de evitarse o de desvanecerse y llena de una infinita dulzura en la que se enlazan íntimamente el sufrimiento y la felicidad; algo infinitamente vasto, grande y profundo; demasiado grande, demasiado profundo quizás para que los hombres lo comprendan —algo que contiene la semilla del Por-venir...

Lunèl, 19 de abril de 1915

Una necesidad imperiosa me ha empujado a retomar este confidente de mis búsquedas y de los esfuerzos de mi alma.

Todas las circunstancias exteriores cambiaron, desmintiendo el sueño del ideal que buscaba cristalizarse hasta en las actividades materiales. Aún no ha llegado la hora de felices logros en el aspecto físico exterior. El ser corporal se volvió a hundir en la apagada y monótona noche de la que quiso separarse con demasiada premura; y Tu consumada voluntad, Señor de la Verdad, le dijo al mental constructor: «Tú no concibes que esto sea verdad, y sin embargo lo es». El mental reconoció de buena gana que estaba equivocado y se rindió en perfecta sumisión a todo lo que Tú quieres. El ser vital está tranquilo y satisfecho en todas las circunstancias. El sentimiento vive en una paz pareja y pura; todo el ser está inundado de Tu vasta y eterna luz; Tu amor lo penetra y lo anima. Y sin embargo no se ha borrado la impresión de que los hechos exteriores son una mentira, y el cuerpo, a pesar de su indiscutible buena voluntad, está tan profundamente sacudido que no logra retomar el equilibrio de su salud.

Toda la vida terrenal de este ser, desde su inicio hasta este preciso momento, le causa la impresión de un sueño irreal, muy lejano, con el que no tiene casi contacto; todo este mecanismo exterior no es sino una máquina que tiene que mover porque tal es la voluntad de su Realidad central, pero que ya no le interesa, quizás por momentos incluso menos que el mecanismo vecino o que el mecanismo desconocido que será el producto de la Tierra de mañana. Pero hasta esta Tierra le resulta extraña, y como no tiene conciencia de otra cosa salvo del Eterno Silencio, toda vida que tiene una forma le parece remota y casi irreal; le

parece raro que se pueda desear algo porque no existe algo, o preferir una cosa a otra dado que ninguna es. Pero al mismo tiempo no ve por qué rehusarse a ninguna acción, sea la que sea, pues todas son igualmente irreales, y no siente la necesidad de huir de un mundo que no existe y que no puede ser un fardo, dado que su existencia es tan inexistente.

Todo esto da la sensación de una especie de vacío lleno de una luz, de una paz, de una inmensidad que escapa a toda forma y a toda definición. Es la Nada, pero una Nada que es real y que puede durar eternamente, porque *es*, aun teniendo la perfecta inmensidad de lo que no es... Pobres palabras que intentan decir lo que ni el silencio sabría expresar.

El estado que tratan de explicar estos desafortunados términos se instaló gradualmente desde hace unas semanas, y cada día que pasa lo instaure de manera más definitiva, más profunda, más irremediable por así decirlo. Sin haberlo querido, buscado ni deseado, el ser se sume en sí mismo cada vez más, y asimismo va perdiendo la propia conciencia en una Conciencia que ya no es individual y cuya inmovilidad es inexpresable —una Conciencia en la que ya no es posible distinguirse.

24 de mayo de 1915

Un día, Supremo, Tú le enseñaste a mi mental que podía actuar plenamente como medio de manifestación de Tu divina verdad, como intermediario de Tu eterna voluntad, sin que sus construcciones realizadoras estuvieran limitadas por el estrecho campo de posibilidades del ser exterior. Hasta entonces este mental, salvo raras excepciones, tenía la costumbre de salir del éxtasis mudo, de la silenciosa contemplación de Tu inexpresable infinito sólo para concentrar su esfuerzo en el centro de acción representado por el ser exterior; y era una especie de sujeción dentro de un marco muy estrecho; había una contradicción entre los poderes de realización mental y el instrumento a través del cual se esforzaban por ver la luz; el resultado más inmediato era el desperdicio y la limitación de las energías mentales, que, al no encontrar satisfacción en la actividad, con toda naturalidad volvían a sumergirse en Tu eternidad.

Súbitamente Tú le pusiste fin a este desorden; libraste el mental de su último escollo; le enseñaste a estar libremente activo a través de todas las formas y no exclusivamente de las que él consideraba hasta entonces como propias, es decir, como su medio natural de expresión.

El ser vital ya había logrado esta liberación desde hacía tiempo y sabía experimentar la plenitud de sensaciones y emociones en todas las formas capaces de manifestar la vida. Pero el ser mental aún no había aprendido a animar, a organizar, a iluminar conscientemente todas las vidas sin distinción. Tú rompiste todas las barreras, Tú le abriste las puertas de Tu infinita manifestación.

En pocos días la nueva conquista se afirmó, se afianzó. Y lo que Tú esperas de este centro de conciencia que ahora representa mi ser integral en la Tierra, se desplegó claramente ante Ti: ser la vida en todas las formas materiales, el pensamiento organizando y utilizando esta vida en todas las formas, el amor aumentando, aclarando, intensificando, uniendo todos los diversos elementos de este pensamiento, y así, mediante una identificación total con el mundo manifiesto, ser capaz de intervenir con plenos poderes en su transformación.

Por otra parte, mediante una perfecta sumisión al Principio Supremo, hacerse consciente de la Verdad, y de la Voluntad eterna que la manifiesta. Convertido en fiel servidor y seguro intermediario de la divina Voluntad gracias a esta identificación, y uniendo esta identificación consciente del Principio a la identificación consciente de su devenir, moldear y modelar conscientemente el amor, la mente y la vida del devenir según la Ley de Verdad del Principio.

Es así como el ser individual puede ser el intermediario consciente entre la Verdad absoluta y el universo manifiesto, e intervenir en la marcha lenta e incierta de la Yoga de la Naturaleza para darle el carácter rápido, intenso y certero de la Yoga divina.

Es así como en ciertas épocas, el conjunto de la vida terrestre parece franquear milagrosamente etapas que, en otros tiempos, tomaría milenios atravesar.

Actualmente, Supremo, el estado de sumisión perfecta y consciente a Tu voluntad eterna es, hasta donde puedo saberlo, constante, invariable detrás de cada acto, de cada movimiento mental, vital o corporal. Esta calma imperturbable, esta

felicidad profunda, apacible, invariable, que no me abandona, ¿no son acaso la prueba?

La identificación pasiva —es decir, receptiva— con la vida, con el pensamiento y con el amor en todas las formas manifiestas es un hecho cumplido y que parece la consecuencia inevitable de la sumisión a la Verdad pura.

Pero los momentos en que la conciencia se vuelve efectivamente la vida animando y moldeando todas las formas materiales, la inteligencia organizando la vida, y el amor iluminando la inteligencia, de un modo activo y plenamente consciente, a la vez en el conjunto y en el menor detalle, con un sentido de infinita plenitud y poderes precisos, esos momentos aún son intermitentes, aunque se están haciendo cada vez más frecuentes y duraderos.

Es en esos momentos que las dos conciencias son simultáneas y se funden en una sola, casi indescriptible, inexpresable, en la que se unen la Inmutable Eternidad y el Eterno Movimiento. Es en esos momentos que la actual obra empieza a cumplirse.

Marsillargues, 31 de julio de 1915

¿Hace falta que, en el papel de servidor, de instrumento, me gire hacia Ti, Supremo, y te ofrezca un himno de oración?
¿Hace falta que, identificándome Contigo en la Realidad eterna y la Beatitud infinita, le hable a los hombres de la paz y de la dicha que ignoran?... Ambas actitudes son simultáneas, ambas conciencias son paralelas, y en su estrecha e indisoluble unión se halla la Plenitud.

Los cielos han sido conquistados definitivamente, y nada ni nadie tendría el poder de arrebátarmelos. Pero la conquista de la Tierra está por hacerse; se está llevando a cabo en el seno mismo de la tormenta; y aun cuando se alcance, sólo será relativa; las victorias en este mundo no son sino etapas que conducen progresivamente hacia victorias todavía más gloriosas; y aquello que Tu Voluntad le hace concebir a mi espíritu como la meta por alcanzar, la conquista por realizar, no es sino un mero elemento en Tu eterno plan; pero, en la perfecta unión, yo soy ese plan y esa Voluntad, y saboreo la felicidad suprema del infinito, al tiempo que interpreto con ardor, precisión y energía, en el mundo de la división, el papel especial que Tú me has confiado.

Tu poder en mí es como una fuente fecunda y formidable que ruge tras el peñasco mientras acumula sus energías con el fin de romper el obstáculo, brotar libremente al exterior y volcarse sobre la planicie para fertilizarla. ¿Cuál será la hora de este surgimiento? Emergerá cuando llegue el momento, y el tiempo no es nada en la Eternidad. Pero qué palabras pueden describir la inmensa felicidad que aporta esta acumulación interior, esta concentración profunda de todas las fuerzas dóciles a la manifestación de Tu Voluntad de mañana, preparándose para

saltar sobre el mundo, anegando en sus torrentes soberanos todo aquello que se obstina en querer seguir siendo la expresión de Tu voluntad de ayer, para tomar posesión de la Tierra en Tu nombre y ofrecértela como una imagen más completa de Ti mismo.

Tu dijiste que la Tierra moriría, y morirá a sus viejas ignorancias.

Tú dijiste que la Tierra viviría, y vivirá en la renovación de Tu Poderío.

¡Qué palabras describirán jamás el esplendor de Tu Ley y la magnificencia de Tu Gloria! ¡Qué palabras expresarán la perfección de Tu Conciencia y la felicidad infinita de Tu Amor!

¡Qué palabras cantarán Tu Paz inefable y celebrarán la majestad de Tu Silencio y la grandeza de Tu Verdad omnipotente!

La totalidad del universo manifiesto no basta para decir Tus esplendores y contar Tus maravillas, y en la eternidad del tiempo eso es lo que intenta hacer cada vez más, cada vez mejor, perpetuamente.

París, 2 de noviembre de 1915

(Luego de unos momentos dedicados a arreglar objetos familiares)

Al igual que una fuerte brisa pasa sobre el mar y corona de espuma sus incontables olas, asimismo un gran soplo pasó sobre la memoria y despertó su multitud de remembranzas. Intenso, complejo, atiborrado, el pasado revivió en un relámpago, sin haber perdido nada de su sabor, de su riqueza.

Después todo el ser fue elevado en un gran acceso de adoración; y recolectando todos sus recuerdos como una abundante cosecha, los depositó a Tus pies, Supremo, en ofrenda.

Porque a través de toda su vida, sin saberlo o presintiéndolo, era a Ti a quien buscaba; en todas sus pasiones, en todos sus entusiasmos, en todas sus esperanzas y sus decepciones, en todos sus sufrimientos y en todas sus alegrías era a Ti a quien ardientemente quería. Y ahora que Te encontró, ahora que Te posee en una Paz y una Felicidad supremas, se maravilla de que hayan sido necesarias tantas sensaciones, emociones y experiencias para descubrirte.

Pero todo eso, que fue una lucha, un tormento, un esfuerzo perpetuo, se ha convertido mediante la gracia soberana de Tu Presencia consciente en una fortuna inestimable que el ser se regocija en entregarte a manera de obsequio. La llama purificadora de Tu iluminación ha hecho de eso unas joyas de valor depositadas como un vivo holocausto sobre el altar de mi corazón.

Los errores se convirtieron en peldaños y las ciegas búsquedas en conquistas. Tu gloria transforma las derrotas en victorias de eternidad, y todas las sombras han huido ante Tu radiante luz.

Eras Tú el móvil y el propósito; Tú eres el obrero y la obra.

La existencia individual es un cántico, perpetuamente renovado, que el universo le brinda a Tu inconcebible Esplendor.

7 de noviembre de 1915, 3 a.m.

Ajenos a todo signo exterior, a toda circunstancia particular, los minutos se deslizaron tan majestuosamente, en un silencio interior tan solemne, una calma tan profunda y tan vasta, que mis lágrimas rodaron en abundancia. Desde hace dos días se diría que la Tierra atraviesa por una crisis decisiva; pareciera que la portentosa, la formidable partida que se juega entre las resistencias materiales y las potencias espirituales se acerca a una conclusión, o en todo caso, que un elemento de una importancia capital ha hecho, o va a hacer, su aparición en el juego.

¡Qué poco importan los individuos en momentos semejantes! Son como briznas de paja que la brisa pasajera arrastra, se arremolinan un instante por encima del suelo y enseguida se estrellan contra el piso, reducidos a polvo. Los individuos, que se sienten así tan precarios, tan desprovistos de importancia, sufren y gimen, agonizan dolorosamente. Para ellos la espera misma es una amenaza perpetua, todo habla de peligros y destrucciones...

Pero qué grandeza, qué belleza soberana yacen al fondo de esta angustia exterior toda hecha de estrecho egoísmo; qué esplendor contiene esta espera, sagrada a fuerza de recogimiento, una vez que los muros de la ceguera personal han caído y la conciencia individual ha emprendido el vuelo en la inmensidad para unirse a Tu conciencia eterna.

El mundo afligido se arrodilla ante Ti, Supremo, en una súplica muda; la Materia, torturada, se resguarda a Tus pies, su último, su único refugio; y al implorarte así, Te adora, ¡a Ti a quien no conoce ni entiende! Su plegaria se eleva como el grito de un

moribundo; lo que está desapareciendo siente vagamente la posibilidad de revivir en Ti; la Tierra aguarda Tu fallo en una grandiosa reverencia. Escucha, escucha: su voz Te implora y Te suplica... ¿Cuál será Tu decreto, cuál es Tu sentencia? O Señor de la Verdad, este mundo individual bendice Tu verdad que aún ignora, pero que invoca, y a la que adhiere con toda la energía entusiasta de sus fuerzas vivas.

La muerte cruzó, vasta y solemne, y todo enmudeció religiosamente a su paso.

Una belleza suprahumana hizo su aparición en la Tierra.

Algo más maravilloso que la más maravillosa felicidad trajo un anticipo de su Presencia.

26 de noviembre de 1915*

La conciencia estaba completamente inmersa en la contemplación divina, el ser integral gozaba de una suprema y vasta felicidad.

Entonces el cuerpo físico fue invadido, primero en sus miembros inferiores, enseguida en su totalidad, por un temblor sagrado que derrumbó poco a poco todos los límites personales, hasta en la sensación más material. El ser se engrandeció progresiva, metódicamente, rompiendo todas las barreras, venciendo todos los obstáculos para contener y manifestar una Fuerza, un Poder que no cesaba de crecer en inmensidad y en intensidad. Fue una dilatación progresiva de las células hasta que sobrevino una completa identificación con la Tierra: el cuerpo de la conciencia despierta era el globo terráqueo moviéndose armoniosamente en el espacio etéreo. Y la conciencia supo que su cuerpo global se movía así en los brazos del Ser universal, y se le entregó, se abandonó a Él en un éxtasis de serena felicidad. Luego la conciencia sintió que su cuerpo fue absorbido por el cuerpo del universo y que se hizo uno con él; la conciencia se convirtió en la conciencia del universo, inmóvil en su totalidad, infinitamente móvil en su complejidad interna. La conciencia del universo se lanzó hacia el Divino en una ardiente aspiración, en una sumisión perfecta, y vio en el esplendor de la Luz inmaculada al Ser resplandeciente parado sobre una serpiente de múltiples cabezas cuyo cuerpo se enrollaba infinitamente alrededor del universo. El Ser en un gesto eterno de triunfo dominaba y a la vez creaba a la serpiente y al universo que surgía de él: erguido sobre la serpiente, la dominaba con todo su poderío victorioso, y el mismo gesto que fulminaba a la hidra envolviendo al universo lo hacía nacer eternamente. Luego la conciencia se convirtió en este Ser y

percibió que su forma cambiaba una vez más: fue absorbida por algo que ya no era una forma y que contenía todas las formas, algo que, inmutable, ve —el Ojo, el Testigo. Y lo que Eso ve, es. Luego este último vestigio de forma desapareció y la propia conciencia fue absorbida por lo Inexpresable, lo Indecible.

El regreso hacia la conciencia del cuerpo individual se hizo muy lentamente, en un constante e invariable esplendor de Luz, de Poder, de Felicidad y de Adoración, por gradaciones sucesivas, pero directamente, es decir sin pasar de nuevo por la forma universal y la terrestre. Y fue como si la modesta forma corporal se hubiera convertido en el revestimiento directo e inmediato, sin intermediario, del eterno y supremo Testigo¹.

¹ Esta es una carta que Madre le envió a Sri Aurobindo y a la cual él respondió lo siguiente el 31 de diciembre de 1915: «La experiencia que describiste es védica en el sentido real, aunque no una que fuese fácilmente reconocida por los modernos sistemas de Yoga que se denominan a sí mismos védicos. Es la unión de la ‘Tierra’ de los Veda y Purana con el Principio divino, una Tierra que se dice está por encima de nuestra Tierra, es decir, el ser y la conciencia físicos de los cuales el mundo y el cuerpo son sólo imágenes. Pero las Yogas modernas difícilmente reconocen la posibilidad de una unión material con el Divino».

15 de enero de 1916

O Tú a quien puedo llamar mi Dios; Tú que eres la forma personal del Eterno Trascendente, la Causa, Fuente y Realidad de mi ser individual; Tú que a través de siglos y milenios lenta y sutilmente has amasado esta Materia para que un día pueda identificarse conscientemente Contigo y no ser sino Tú; Tú que has aparecido ante mí en todo Tu esplendor divino —este ser individual con toda su complejidad se ofrece a Ti en un acto de adoración suprema; aspira por completo a identificarse Contigo, a ser Tú, eternamente Tú, a sumergirse para siempre en Tu Realidad. ¿Pero está preparado para eso? ¿Está totalmente culminada Tu obra? ¿No contiene ya ninguna sombra, ninguna ignorancia, ninguna limitación? ¿Podrás Tú al fin tomar posesión definitiva de él y en la más sublime, la más integral transformación, extraerlo para siempre del mundo de la Ignorancia y hacerlo vivir en el mundo de la Verdad?

O tal vez Tú eres yo misma despojada de todo error y de toda limitación. ¿Me he convertido en ese verdadero «yo» integralmente en todos los átomos del ser? ¿Efectuarás una transformación fulminante o seguirá siendo una acción lenta en la que célula tras célula deba ser arrancada a su noche y a su límite?...

Tú eres el Soberano dispuesto a tomar posesión de Tu reino, ¿hallas que Tu reino aún no está lo bastante listo para que Te lo asocies definitivamente, para que lo incorpores a Ti?

¿Se cumplirá por fin el gran milagro de la Vida Divina integral en el individuo?

22 de enero de 1916

Has tomado íntegra posesión de este miserable instrumento, y si bien no está lo bastante perfeccionado para que puedas darle el último toque a su transformación, a su trasmutación, estás trabajando en cada una de sus células para amasarla, adaptarla, iluminarla, y en el conjunto del ser para ordenarlo, organizarlo y armonizarlo. Todo está en movimiento, todo está cambiando; Tu divina acción se hace sentir como una inexpresable fuente de fuego purificador que circula a través de todos los átomos. Y esta fuente le ha aportado al ser un éxtasis más maravilloso que todos los que jamás había sentido: a Tu acción le responde así la aspiración de aquel sobre el que trabajas, y esa aspiración es mucho más ardiente desde que el instrumento se vio a sí mismo tal como es en toda su debilidad.

O Supremo, Te imploro, apresura el venturoso día en que el milagro divino se cumplirá, apresura el día de la realización del Divino sobre la Tierra.

23 de enero de 1916

O Divino huésped, Tú ves que esta burda forma que habitas es un montón de limitaciones: ¿no las vas a romper para que ella pueda participar de Tu infinito? Tú ves que está llena de oscuridades: ¿no las vas a disolver con Tu luz resplandeciente para que ella pueda participar de Tu claridad? Tú ves que está cargada de ignorantes impurezas: ¿no las vas a consumir con Tu fuego de amor devorador para que la totalidad del ser pueda volverse uno en conciencia Contigo?

¿No te parece que esta sombría y dolorosa experiencia de separatividad egoísta ya ha durado lo suficiente para la Tierra y la humanidad? ¿No sonó en el universo ya la hora de que esta fase del desarrollo sea remplazada por otra, dominada por la pura y vasta conciencia de Tu Unidad?

Sin parar, a cada instante, mi invocación se eleva hacia Ti, y Te llamo: Supremo, Supremo, toma posesión de Tu reino, ilumínalo con Tu eterna Presencia, haz que cese el cruel error en el que vive al creerse separado de Ti, cuando en su realidad y su esencia él es Tú mismo.

Quiebra, quiebra las últimas resistencias, consume las últimas impurezas, fulmina este ser si es necesario, ¡pero que se trasfigure!

Tokio, 7 de junio de 1916

Transcurrieron largos meses en los que no se pudo decir nada, porque fue un periodo de transición, de pasaje de un equilibrio a otro, más vasto y más completo. Las circunstancias exteriores fueron múltiples y nuevas, como si el ser necesitara acumular muchas percepciones y observaciones para darle una base más extensa y compleja a su experiencia. Pero estando enteramente sumergido en la experiencia, no tenía la distancia necesaria para verla en su conjunto, para saber de qué se trataba y sobre todo hacia dónde tendía.

Súbitamente, el 5 de junio el velo se rasgó, y hubo luz en mi conciencia.

Quando Te contemplaba bajo Tu forma individual, Señor de la eternidad, y Te imploraba que tomaras posesión de Tu reino corporal, Tú pusiste de nuevo en movimiento, en actividad, esta forma vital que, como lo exigía el desarrollo y la unificación, había estado viviendo desde hacía años en una pasividad receptiva y armoniosa pero ajena a toda manifestación activa de Tu voluntad.

Este retorno a la actividad implicó toda una nueva adaptación del instrumento vital, porque su tendencia natural es siempre a volver a actuar con sus viejas costumbres y modos. Este periodo de adaptación fue largo, penoso, oscuro por momentos, aunque detrás, la percepción de Tu Presencia y la perfecta sumisión a Tu Ley eran inmutables y lo suficientemente conscientes como para que ninguna turbación pudiera quebrantar al ser.

Poco a poco el ser vital se acostumbró a encontrar armonía en la más intensa acción, tal como la había encontrado en la pasiva

sumisión. Y desde que esta armonía se instauró lo suficiente, la luz se hizo de nuevo en todas las partes del ser, y la conciencia de lo que había pasado fue total.

Ahora, en medio de la acción el ser vital ha descubierto la percepción del Infinito y de la Eternidad. Puede percibir Tu Belleza Suprema y vivirla a través de todas las sensaciones y de todas las formas. Incluso en cada pormenorizada sensación, prolongada, activa, plenamente desarrollada hasta experimentar las sensaciones contrarias al mismo tiempo, él siempre Te percibe.

No obstante, no ignora que se trata sólo de una etapa y se inclina ante Ti en profunda adoración para decirte: «Supremo, has retomado Tu instrumento y lo has querido utilizar para la acción. El instrumento conoce su imperfección y su impureza, y le implora a Tu Misericordia que lo perfeccione y lo purifique, para que, día tras día, con la progresiva desaparición de todas sus preferencias y de todas sus limitaciones, sea capaz de manifestarte más integralmente».

28 de noviembre de 1916

Me hiciste releer estos balbuceos de niño, porque son los torpes intentos de expresión de un mental todavía impúber, y todo esto me pareció lejano, muy remoto, revestido del encanto y la pureza de las experiencias de una infancia cándida y entusiasta. Y, sin embargo, ante Ti, Supremo eterno, yo no he envejecido ni he progresado; la expresión de hoy no será superior a la de esos primeros días. El mental sigue siendo igual de pobre y lerdo. ¿Y qué tendría para decir que fuera tan notable? Ninguna experiencia sensacional: todas las experiencias ahora parecen simples y naturales. Ninguna idea nueva poderosa o excepcional, ninguna de esas ideas que lo llenan a uno con la alegría del descubrimiento: todas las ideas, sin importar la forma en que se presenten, ahora lucen como viejos conocidos a los que uno saluda amistosamente cuando pasan, pero de quienes ya no espera nada insólito. Ningún análisis psicológico, escrupuloso y detallado, que revele algún repliegue interior inexplorado aún: las complicaciones internas ya no existen más en sí mismas; son reflejos fieles e imparciales de todos los movimientos psicológicos circundantes; y describir lo que pasa dentro del ser resultaría a la vez tan enredado y monótono como describir el mundo en su marcha a tientas y sus equívocos, casi exclusivamente subconscientes.

¡Pobreza, pobreza! Me situaste en un desierto árido y desnudo, y no obstante este desierto me es dulce, como todo lo que viene de Ti, Supremo. En esta grisura monótona y descolorida, en esta luz cenicienta, sin brillo, paladeo el sabor de los espacios infinitos; la brisa pura de los mares abiertos, el soplo poderoso de las despejadas alturas llenando siempre mi corazón y penetrando mi vida; todas las barreras han caído, dentro y alrededor de mí; y me siento como un pájaro extendiendo sus

alas para emprender un vuelo sin restricciones. Pero el pájaro sigue posado sobre un peñasco, sus alas desplegadas contra el cielo gris y encapotado, aguardando, antes de arrancar, a que sobrevenga algo que espera sin saber qué es. Al no tener más atadura que encadene su vuelo, ya no sueña con huir. Consciente de su libertad, ya no la disfruta, y permanece como los demás, entre los demás, posado en tierra en medio de la sombría y densa niebla.

4 de diciembre de 1916

Ya que lo permitiste, Supremo, empiezo de nuevo a acudir a Ti a diario, exonerándome durante unos breves instantes de una actividad que, aún mientras la hago, sé que es del todo relativa. Tú me habías vuelto a sumergir en la acción y en la conciencia ordinaria, y ahora me concedes que pueda reemprender mi vuelo hacia Ti con regularidad, para planear un poco dentro del Silencio inmutable y la Conciencia eterna.

Tu quisiste, Supremo, que el ser se agrandara y se enriqueciera. No podía hacerlo sin entrar otra vez, al menos parcial y temporalmente, en la ignorancia y la oscuridad.

Son esta ignorancia y esta oscuridad las que él viene a depositar a Tus pies ahora como la más modesta prueba. No Te pediré que me otorgues de manera continua la Conciencia que me dispensas en estos momentos de comunión apacible y pura. Sólo Te pediré que hagas de ellos unos momentos aún más apacibles y más puros, que fortalezcas e ilumines la conciencia más y más para que pueda regresar a su labor cotidiana con una fuerza y un conocimiento renovados.

Mediante estos breves instantes de identificación extática me recuerdas que Tú me has conferido el poder de unirme a Ti conscientemente. Y la divina y musical armonía se apodera de todo el ser.

Pero los sonidos se agolpan en la cabeza como detrás de un velo y ninguna palabra sale hoy de la pluma...

5 de diciembre de 1916

Tú me concediste la gracia de Tu reposo, en el que todos los límites individuales se disuelven, en el que uno está en todo y, para ser aún más precisos, todo está en uno. Pero el mental, sumergido en este divino éxtasis, todavía no logra encontrar ningún poder de expresión.

(Anotación práctica de la experiencia)

— «Vuélvete hacia la Tierra».

El mandato habitual se hizo escuchar en el silencio de la inmutable identificación. Entonces la conciencia se convirtió en la del Uno en todo.

— «En todos los lugares y en todos aquellos en los que tú puedas ver al único, se despertará la conciencia de esta identidad con el Divino. Mira...».

Era una calle japonesa brillantemente iluminada con festivas lanternas adornadas pintorescamente de vivos colores. Y a medida que eso que era consciente avanzaba por la calle, el Divino se hacía visible en cada uno y en todo. Una de las ligeras casas se hizo transparente para dejar ver a una mujer sentada sobre el tatami, en un suntuoso kimono violeta bordado en oro y colores brillantes. La mujer era hermosa y debía tener entre 35 y 40 años. Tocaba un shamisen dorado. A sus pies se recostaba una pequeña niña. Y en la mujer también se hizo visible el Divino.

7 de diciembre de 1916

Supremo, sería justo decir que yo no tengo ni Yoga ni virtudes, pues estoy completamente desprovista de cuanto constituye la gloria de todos los que Te quieren servir. En la apariencia mi vida es la más ordinaria y la más banal que hay; ¿y qué es por dentro? Nada más que una calma tranquila sin variaciones ni imprevistos; la calma de un algo que se ha percatado de sí mismo y ya no se busca más, que ya no espera más nada de la vida ni de las cosas, que actúa sin calcular ningún beneficio y sabiendo perfectamente que la acción no le pertenece de manera alguna, ni en su impulso ni en su resultado; algo que tiene voluntad, consciente de que sólo la Voluntad suprema es la suya; una calma toda hecha de una certeza sin vacilación, de un conocimiento sin objeto, de una alegría sin causa, de un estado de autoconciencia que ya no corresponde al tiempo. Es una inmovilidad que se mueve en el dominio de la vida exterior, pero sin pertenecerle ni pretender huir de él. Yo no espero nada, no ansío nada, no deseo nada, no aspiro nada y, por sobre todo, no soy nada; y sin embargo la dicha, una dicha serena y sin mezcla, una dicha que se ignora a sí misma y que no necesita mirarse para ser, ha venido a habitar en la morada de este cuerpo. Esa dicha eres Tú, Supremo, y esa calma eres Tú, Supremo, porque esas no son facultades humanas y los sentidos de los hombres no pueden ni apreciarlas ni degustarlas. Así que eres Tú, Supremo, quien habita este cuerpo y es por eso que esta morada física resulta tan pobre y tan deslucida para un huésped tan maravilloso.

8 de diciembre de 1916

Esta fue nuestra conversación esta mañana, Supremo:

Despertaste al ser vital con la varita mágica de Tu impulso y le dijiste:

— «Despiértate, tiempla el arco de tu voluntad, porque muy pronto llegará la hora de la acción».

Despierto de súbito, el ser vital se levantó, se estiró, se sacudió el polvo de su prolongado letargo; en la elasticidad de sus miembros percibió que seguía estando vigoroso y apto para actuar. Y con una ardiente fe respondió al llamado soberano:

— «Heme aquí, ¿qué quieres de mí, Supremo?».

Pero antes de que se pudiera pronunciar otra palabra, el mental intervino a su vez y, luego de inclinarse en señal de obediencia ante el Maestro, le dijo:

— «Tú sabes, Supremo, que me entregué a Ti, y que hasta donde me es posible intento ser el intermediario fiel y puro de Tu suprema Voluntad. Pero cuando vuelvo mi mirada hacia la Tierra veo que el campo de acción de los hombres, por grandes que sean, siempre es terriblemente reducido. El hombre que, en su mental e incluso en su ser vital es vasto como el universo o al menos vasto como la Tierra, desde el momento en que empieza a actuar queda encerrado en los estrechos confines de una acción material, muy limitada en su campo y en sus resultados. Ya sea el fundador de una religión o el reformador político, aquel que actúa se convierte en una mezquina piedrita del edificio general, un grano de arena en la inmensa duna de las actividades humanas. Así que no puedo ver ninguna acción realizable que amerite que el ser entero se concentre en ella y haga de ella su razón de ser. Al ser vital le encanta la aventura; ¿pero hay que dejarlo lanzarse a cualquier

aventura lamentable, indigna de un instrumento consciente de Tu Presencia?».

— «No temas –fue la respuesta. No se le permitirá al ser vital que se ponga en movimiento ni se te pedirá a ti que aportes todo el esfuerzo de tus facultades organizadoras, salvo cuando la acción propuesta sea lo bastante vasta y completa como para emplear plena y útilmente todas las cualidades del ser. De qué se tratará exactamente esta acción, lo sabrás cuando te llegue. Pero te prevengo desde ahora, con el fin de que te prepares para no rechazarla. También te advierto, lo mismo que al ser vital, que el tiempo de la vida reducida, tranquila, uniforme y apacible, se terminará. Habrá esfuerzo, peligro, imprevistos, inseguridad, pero también intensidad. Tú fuiste construida para este papel. Después de haber aceptado olvidarlo completamente durante largos años, porque el momento no había llegado y también porque tú no estabas lista, ahora despiértate a la conciencia de que ese es en efecto tu verdadero papel, que es para eso que fuiste creada».

El ser vital se despertó de primero a la conciencia y, con el entusiasmo que lo caracteriza, exclamó:

— «¡Estoy listo, Supremo, puedes contar conmigo!».

El mental, más débil y timorato, aunque igual de dócil, añadió:

— «Lo que Tú quieres, yo lo quiero. Bien sabes, Supremo, que Te pertenezco enteramente. ¿Pero estaré a la altura de la tarea, tendré el poder de organizar lo que el ser vital tiene la capacidad de efectuar?».

— «Es con el fin de prepararte para eso que trabajo en este momento; es por eso que te estás sometiendo a una disciplina de flexibilización y enriquecimiento. No te preocupes por nada: el poder llega con la necesidad. Que hayas sido confinada a actividades insignificantes, al mismo tiempo que el ser vital, cuando era útil que así fuera, para darle tiempo a las

cosas que debían prepararse de que se prepararan, no quiere decir que no seas capaz de vivir por fuera de esas pequeñeces, en un campo de acción proporcional a tu verdadera estatura. Te diseñé desde tiempo inmemorial para ser mi representante excepcional sobre la Tierra, no sólo de un modo invisible y oculto, sino de un modo visible a los ojos de todos los hombres. Y eso que fuiste creada para ser, eso serás».

Como siempre, Supremo, cuando la voz de las profundidades se acalló, Tu sublime y todopoderosa bendición me envolvió por completo.

Y por un instante, el Maestro y el instrumento no fueron sino uno: el Único, eterno, infinito.

9 de diciembre de 1916

Es mucho después de haber salido de mi contemplación que me doy cuenta de qué se trató.

Esta noche de nuevo entré en ese estado en que la conciencia se dispersa en una multitud de elementos diversos, centros de conciencia individuales y colectivos, para cumplir allí una acción o más bien tantas acciones como abarcan sus elementos.

Por relámpagos tal o cual punto aparece súbitamente de forma precisa, luego se desvanece para dar lugar a otro. Cada elemento de conciencia que actúa está claramente consciente de su acción; pero una conciencia de conjunto parece ser a la vez imposible, debido a la extrema complejidad que implicaría, e inútil, por el trabajo en sí mismo.

10 de diciembre de 1916

Ciertas debilidades aparentes Te resultan a veces más útiles para Tu obra, Supremo, que una perfección demasiado visible. La perfección manifiesta parece ser una posible prerrogativa sólo de quien se ha retirado tanto del mundo como de la obra en el mundo. Pero para aquel a quien escoges como uno de Tus obreros en la Tierra, veo con claridad que ciertas debilidades, ciertas imperfecciones (siempre y cuando sólo sean aparentes y no reales), son más útiles a Tus ojos, y por ende más perfectas que la perfección misma. Y renunciar a la perfección en su forma aparente hace parte de la renuncia integral a la ignorancia del yo separado.

¿Es por eso, Supremo, que no me das sino ocasionalmente el éxtasis de la completa identificación y de la perfecta conciencia?

Antes Tú me malcriaste: me hiciste vivir constantemente en Tu Presencia... Pero ahora parece que me quisieras enseñar a conocer la invariable felicidad incluso en la oscuridad, y a no tener ninguna preferencia entre la conciencia y la inconsciencia.

Ajena a todo deseo, estar sumergida en el estado de quienes viven del deseo... ¡extraño!

Pero lo más extraño es que eso me deja perfectamente tranquila, apacible y contenta, y que en esta sombra percibo una gran fuerza, y que en lo hondo de esta noche también se pueden oír las sublimes armonías celestes.

¡Cada nuevo paso en Tu reino, Supremo, es un nuevo motivo de asombro!

12 de diciembre de 1916

Mi mental se preocupó de estar tan constantemente volcado sobre cosas tan nimias, de moverse en un círculo tan estrecho de pensamientos prácticos e inmediatos.

Él ha aprendido a verte en todo, Supremo, y en la menor cosa Te percibe y se regocija en Ti. Pero incluso mientras se deleita Contigo y Te reconoce en las cosas y las actividades más fútiles al igual que en las más vastas y las más nobles, se pregunta por qué las unas prevalecen sobre las otras. En incontables ocasiones durante los últimos meses él ha intentado reaccionar contra esta tendencia, pero siempre en vano; ¿es porque a Ti Te parece que está bien así o es porque él es incapaz de ser distinto? Él Te lo preguntó y, como siempre, Tu sonrisa vino a reconfortarlo; pero la respuesta precisa no se ha hecho sentir.

Para este mental ya la más mínima cosa se vuelve un misterio insondable, y todo es un permanente motivo de renovado asombro.

14 de diciembre de 1916

Te saludo, Supremo, y me inclino ante Ti. Pero no escribiré, porque Tú acabas de decirme, respondiendo una pregunta concerniente a esta meditación: «Tuvimos una conversación privada que incluso Tus propios oídos físicos no deben escuchar».

20 de diciembre de 1916

Los días han trascurrido tempestuosos y turbios en apariencia, pero calmos y fuertes en su real reflejo de Tu divina voluntad; han pasado desplegando, destapando, desarrollando una vez más todo el imprevisto y variado esplendor de tu incansable juego divino. Y qué maravilla observar esto cuando uno percibe el infinito cruce de movimientos producidos por Tu voluntad eterna; cuando uno sabe que todo eso existe desde toda la eternidad y que sólo en nuestras imperfectas facultades se convierte en una sucesión ininterrumpida de hechos, de los que somos gratuitos e ignorantes actores. Actuamos con la pretendida inconsciencia y ceguera de quienes no saben nada, y aún así, yo sé y, al tiempo que soy un actor, también soy un testigo. Pero todavía no soy lo bastante pura como para que Tú deves ante mis ojos la totalidad de los efectos y resultados; es sólo parcial e imperfectamente que los conozco antes del acto y que se me permite actuar con el conocimiento del «por qué», con la plena iluminación sobre lo que esperas de mí. Supremo, ¿cuándo tendré esta pureza? Aunque en cuanto a eso tampoco tengo ninguna impaciencia y ya no imploro más. Veo hasta qué punto Tus esplendores están oscurecidos y velados en este miserable y pobre instrumento; pero Tú, Tú bien sabes por qué él es así; y de sus sombras y sus debilidades Tú también Te sirves para Tus fines eternos.

Mi alma está en oración y se inclina con amor ante lo que puede comprender y conocer de Ti. Mi alma está en oración y se abandona a Ti en uno de esos sublimes fervores que culminan en identificación. Mi alma está en oración... y también mi cuerpo; y mi pensamiento se acalla en mudo éxtasis.

(Comunicación recibida a las 5 ½ de la tarde, luego de la meditación)

«Como me estás contemplando, te voy a hablar esta tarde. Veo en tu corazón un diamante rodeado de luz dorada. Es puro y cálido a la vez, tiene con qué manifestar el amor impersonal; ¿pero por qué mantienes este tesoro encerrado en ese sombrío cofre forrado en púrpura oscuro? La envoltura más exterior es de un azul oscuro mortecino, un verdadero manto de tinieblas. Se diría que tienes miedo de dejar ver tu esplendor. Aprende a irradiar y no le temas a la tormenta: el viento nos aleja de la orilla, pero nos hace ver el mundo. ¿Serás parca en tu ternura? Pero la fuente de amor es infinita. ¿Temes ser incomprendida? ¿Pero dónde has visto que el hombre sea capaz de comprender al Divino? Y si la verdad eterna halla en ti con qué manifestarse, ¿qué te importa el resto? Eres como un peregrino que está a punto de salir del santuario; parado en el umbral de cara a la multitud vacila antes de revelar su precioso secreto, el de su descubrimiento supremo. Escucha, yo también vacilé durante días, porque yo podía prever mi predicación y lo que le seguiría: la imperfecta expresión y la aún más imperfecta comprensión. Y sin embargo me giré hacia la Tierra y hacia los hombres y les di mi mensaje. Gírate hacia la Tierra y hacia los hombres —¿no es esa la orden que siempre escuchas en tu corazón?— en tu corazón, porque es el que porta un mensaje bendito para los que tienen sed de compasión. De ahora en adelante nadie puede atacar el diamante. Es inatacable en su constitución perfecta, y la dulce radiación que emite puede cambiar muchas cosas en los corazones de los hombres. ¿Dudas de tu poder y te asusta tu ignorancia? Es eso justamente lo que envuelve tu fuerza en ese oscuro manto de noche sin estrellas. Vacilas y tiembles como ante el umbral de un misterio, porque ahora el misterio de la manifestación te parece más terrible y más

insondable que el de la Causa Eterna. Pero tienes que recobrar el coraje y obedecer el profundo mandato. Soy yo quien te lo digo porque te conozco y te amo como tú me conociste y me amaste alguna vez. Me aparezco nítidamente ante tu mirada para que no dudes en absoluto de mis palabras. Y también expongo tu corazón ante tus ojos para que así puedas ver lo que la Voluntad suprema ha querido que él sea, para que en él descubras la ley de tu ser. Este asunto todavía te parece bastante difícil: llegará el día en que te preguntarás cómo pudo no ser así durante tanto tiempo».

*Sākyamuni*²

² N.d.T.: Gautama Buda.

21 de diciembre de 1916

Supremo, me hablaste por boca de uno de los que mejor Te han conocido —sin duda para darme a entender mejor Tu lección (¿fui entonces sorda a Tu sugestión directa?). Y aún sigo sin entender cómo hacer. Tú sabes qué felicidad me daría si por Tu gracia yo me transformara integralmente en un refugio de amor divino —ese amor que es la primera y la más alta manifestación de Tu Verdad eterna, ese amor que es a la vez la expresión más completa, en este mundo, de Tu Verdad, y el camino más directo para conducir hacia ella a las conciencias humanas extraviadas. En los días en que yo aspiraba, deseaba y pedía, cuántas veces no Te rogué la gracia de ese estado por ser el más acorde con mi actual ideal de acción. Y en ese entonces me parecía que cuando estuviera purificada de toda preferencia egoísta, Tú escogerías a este ser individual terrestre como instrumento de Tu manifestación de amor sobre la Tierra. Y ahora que me lo pides, más que nunca siento mi impotencia. Durante mucho tiempo creí saber qué era el amor; y ahora que no veo nada a lo que no se le pueda llamar amor, tampoco veo nada en especial a lo que se le pueda llamar amor. ¿Y cómo ser ese algo que ya no puedo definir, ese estado que ya no puedo diferenciar? Y no obstante ayer me hiciste ver que tenía encerrado en un oscuro cofre uno de Tus dones más preciosos y poderosos... Supremo, todo mi ser aspira a obedecer Tu voz, a estar acorde con Tu Ley; pero él no sabe en su conciencia exterior, no ha comprendido lo que Tú esperas de él. Claro que siente que actualmente su amor es un estado pasivo y que Tú lo quieres hacer nacer a un estado activo; pero cómo pasar del uno al otro, eso se le escapa. Él sabe que este estado de amor activo debe ser constante e impersonal, es decir, absolutamente independiente de las circunstancias y de las personas, puesto que no puede ni debe concentrarse sobre nada en particular; y

en eso se parecería al actual estado de amor pasivo, que es puro, invariable e impersonal. Pero lo que él todavía no sabe es cómo retornar a la actividad conservando sus cualidades de pureza, invariabilidad e impersonalidad.

Es por eso que esta noche le imploré al Señor Mitra que simboliza tan perfectamente Tu verdad de amor, pidiéndole que viniera en mi ayuda y aclarara mi ignorancia, disolviera mis dudas, venciera mis vacilaciones, disipara los últimos obstáculos y tomara posesión de este instrumento físico para convertirlo en eso que Tú esperas de él.

Pero mi verbo es tímido y mi voz inhábil y no sé si el Señor Mitra entendió mi plegaria.

24 de diciembre de 1916

Supremo, sin permitirle a mi mental que se percatara de lo que iba a suceder ni de cómo iba a suceder, esta tarde me hiciste presentir lo que esperabas de mí, solamente presentir, porque es un primer paso tímido en la maravillosa ruta que entreabriste ante mí. Es como la creciente que ensancha y ensancha cada vez más el río antes de que este se desborde y lo cubra todo con sus aguas bienhechoras. Y en esta ocasión era el corazón el que se henchía así, bajo la presión de fuerzas de amor que Tú hacías verter en él; y todo el ser se puso a amar, a amar más y más, sin un propósito definido, nada y todo a la vez, lo que conoce y lo que ignora, lo que ve y lo que no ha visto nunca; y poco a poco este amor potencial se convirtió en un amor efectivo, listo para vaciarse en todo y en todos, en ondas bienhechoras, en una radiación activa... Fue un inicio, un inicio muy débil. Pero me di cuenta de que eso es lo que Tú quieres, Supremo. Como siempre Tu Voluntad es una Gracia infinita que inunda el ser con Tus divinas delicias y lo transporta más allá de las mezquinas contingencias hacia la Gloria de Tus celestes moradas.

Ser eso que Tú quieres, ¡es ser divino!

25 de diciembre de 1916

(Lo que escuché en el silencio y anoté anoche)

«Renunciando a todo, incluso a la sabiduría y a la conciencia, has sido capaz de preparar tu corazón para el papel que le fue asignado: en apariencia el papel más ingrato, el de la fuente que siempre deja que su caudal fluya en abundancia para todos, pero hacia la cual ningún caudal puede remontarse; ella saca su fuerza inagotable de las profundidades y no espera nada de afuera. Pero tú presientes desde ya la sublime felicidad que acompaña esta inagotable expansión de amor; porque el amor se basta a sí mismo y no necesita reciprocidad; eso es cierto incluso del amor individual, cuánto más cierto tratándose del amor divino, que refleja de un modo tan noble el infinito. Sé este amor en todas las cosas y por doquier, siempre más ampliamente, siempre más intensamente, y el mundo entero se volverá a la vez tu obra y tu fortuna, tu campo de acción y tu conquista. Lucha con persistencia para derrumbar los últimos límites que sólo son endeble barreras ante la expansión del ser, para vencer las últimas oscuridades que el Poder Iluminador ya está aclarando. Lucha para conquistar y para triunfar; lucha para superar todo lo que hasta hoy fue; para hacer que brille la nueva Luz, el nuevo Ejemplo que necesita el mundo. Lucha obstinadamente contra todos los obstáculos, exteriores o interiores. Es la preciada perla que se ofrece a tu Realización».

26 de diciembre de 1916*

Siempre la palabra que me haces escuchar en el silencio es dulce y alentadora, Supremo. Pero no veo en qué este instrumento sea digno de la gracia que le concedes ni cómo tendrá la capacidad de realizar lo que esperas de él. Todo en él parece tan pequeño, tan débil, tan cualquier cosa, tan falto de intensidad, tan sin fuerza ni amplitud comparado con lo que debería ser para llevar a costas este abrumador papel. Pero sé que importa poco lo que piense el mental. El propio mental lo sabe y, pasivo, aguarda el desenvolvimiento de Tu decreto.

Tú me ordenas que luche sin cesar, y yo querría tener ese ardor indomable que prevalece sobre toda dificultad. Pero has puesto en mi corazón una paz tan sonriente que me temo que ya ni siquiera sé luchar. Las cosas, facultades y actividades, se desarrollan en mí como flores que se abren, espontáneamente y sin esfuerzo, en la alegría de ser y de crecer, la alegría de manifestarte cualquiera que sea el modo de Tu manifestación. Y si hay lucha, es tan fácil y tan dulce que apenas si se le puede dar ese nombre. ¡Pero qué pequeño es este corazón para contener tanto amor! ¡Y qué débil es este ser vital y físico para asumir el poder de distribuirlo! Me has situado así en el umbral de la maravillosa Vía, ¿pero tendrán mis pies la fuerza de recorrerla?... Me respondes que lo mío es sobrevolar y que sería un error que quisiera caminar... O Supremo, ¡qué infinita es Tu compasión! Me tomaste de nuevo en Tus omnipotentes brazos y me acunaste en Tu corazón insondable, y ese corazón me dijo: «No te atormentes, ten la confianza de un niño: ¿acaso no eres yo mismo cristalizado para mi obra?».

27 de diciembre de 1916*

O mi bien amado Señor, mi corazón está inclinado ante Ti y mis brazos están tendidos hacia Ti implorando que hagas arder todo este ser en Tu sublime amor para que desde allí pueda irradiar sobre el mundo. Mi corazón está abierto de par en par en mi pecho; está abierto y volcado hacia Ti, está abierto y vacío para que puedas llenarlo de Tu amor divino; está vacío de cualquier otra cosa aparte de Ti, y Tu presencia lo colma por completo y sin embargo lo deja vacío, porque él aún puede contener toda la infinita variedad del mundo manifiesto...

O Supremo, mis brazos se extienden suplicantes hacia Ti y mi corazón está abierto de par en par ante Ti para que hagas de él un reservorio de Tu amor infinito.

«Ámame en cada cosa, en cada lugar y en cada ser», fue Tu respuesta. De rodillas Te pido que me des ese poder.

29 de diciembre de 1916*

O mi dulce Señor, enséñame a ser Tu instrumento de amor.

30 de diciembre de 1916

O Supremo, ¿por qué mi corazón me resulta tan frío y seco?

Siento vivir, veo vivir a mi alma dentro de mi ser, y mi alma Te ve, Te reconoce y Te ama en todas las cosas, en todo lo que es; ella es plenamente consciente de eso, y como el ser exterior le es sumiso, también él es consciente; el mental sabe y jamás olvida; el ser vital purificado ya no conoce las atracciones ni las repulsiones, y, cada vez más, disfruta la dicha de Tu presencia en todo y a toda hora. Pero el corazón parece haberse dormido en el letargo del agotamiento, y el alma ya no encuentra en él la actividad suficiente para responder plenamente a su impulso. ¿Por qué? ¿Era acaso tan pobre que la lucha así lo consumió, o fue tan hondamente herido que quedó del todo anquilosado? Él quisiera responder al llamado interior, quiere hacerlo con una fe y un ardor que no han vacilado nunca; y, no obstante, se parece al anciano que sonríe benevolente ante el juego de la juventud pero que ya no puede tomar parte en él. Aun así está lleno de alegría y de confianza, rebosa de gratitud por todos los tesoros de afecto que la Naturaleza le ha prodigado generosamente; él quisiera, a cambio de esos dones preciosos, esparcir en interminables torrentes el licor dorado de la ternura que reanima y fortifica, reconforta y consuela, el verdadero licor de vida para los seres humanos. Él quisiera e intenta... pero qué pobre es lo que hace comparado con lo que sueña hacer; qué mediocre es lo que puede comparado con lo que anhela, porque él siempre tiene esperanza. Él sabe que Tu llamado nunca se escucha en vano, y no duda que un día podrá realizar los esplendores que Tú le has hecho vislumbrar.

¿Quién abrirá las cerradas compuertas de esta esclusa?

Mi corazón ama humanamente, y humanamente me parece que ama con fuerza, constancia y pureza. Pero Tú quieres que él ame divinamente, en un despliegue sin límite de Tu potencia soberana; y eso para él todavía está por realizarse.

¿Quién abrirá las cerradas compuertas de esta esclusa?...

4 de enero de 1917

Supremo, me colmas de todos Tus dones. Ahora que este ser no espera nada más, que no desea nada más de la vida, la vida le trae sus tesoros más preciados, esos que todos los hombres codician. Tus dones se derraman sobre todos los ámbitos de mi ser individual: el mental, el psíquico e incluso el físico. Me has situado en la abundancia, y la abundancia me parece tan natural como la escasez, y no me causa mayor alegría, porque por lo general en la pobreza la vida espiritual fue para mí más intensa y consciente; pero percibo esta abundancia con mucha claridad, y mi ser individual a quien así colmas de Tus dones, se postra ante Ti en una inexpresable gratitud.

Tu bondad no tiene igual y Tu misericordia es infinita.

5 de enero de 1917

El amor no es otra cosa que el lazo que reúne y mantiene juntas todas las flores de tu divino ramillete. Es un papel discreto, modesto, ignorado, un papel esencialmente impersonal que puede hallar toda su utilidad sólo en esa impersonalidad.

Debido a que me convierto cada vez más en ese lazo, esa cinta de unión que junta los fragmentos esparcidos de Tu conciencia y les permite, al agruparlos, reconstituirla cada vez mejor —a Tu conciencia, única y múltiple a la vez—, me ha sido posible ver claramente qué es el amor en el juego de las fuerzas universales, cuál es su lugar y su misión; el amor no es un fin en sí mismo, sino Tu medio supremo. Activo, en todo lugar, entre todo, en todas partes está velado precisamente por aquello que une, y que, aún sintiendo su efecto, a veces incluso ignora su presencia.

O Supremo, Tu dulzura entró en mi alma y llenaste de dicha todo mi ser.

Y en esta dicha Te ofrecí una plegaria para que llegue hasta Ti.

6 de enero de 1917

Has llenado mi ser de una paz inexpresable y de un reposo sin igual... Sin pensamiento ni voluntad personales, me dejo acunar pasivamente por Tu infinito.

8 de enero de 1917

Silenciaste mi corazón y mi cabeza; pero ninguna voz se elevó desde las profundidades de ese silencio. Sólo reinó la paz, huésped dulce y bienhechora.

10 de enero de 1917

¿Quieres enseñarme acaso que será inútil y vano cualquier esfuerzo cuyo objeto sea mi propio ser? La acción que tiene por móvil el resplandor de Tu Gracia es la única que se lleva a cabo con facilidad y éxito. Cuando la voluntad se ejerce en la vida exterior, es poderosa y eficaz; cuando intenta ejercerse hacia el interior, no tiene fuerza ni efecto... De modo que toda acción encaminada al progreso personal se vuelve cada vez más infructuosa, y en consecuencia cada vez más y más rara. Por el contrario, toda acción externa parece ganar en efectividad lo que ha perdido la acción interior. Así pues, Supremo, tomas el instrumento tal como es, y si debe afinarse, se hará en el transcurso de la obra.

14 de enero de 1917

«¡Que los desdichados se entusiasmen, que los malvados se vuelvan bondadosos, que los enfermos se vivifiquen!», así se formuló en mí la aspiración que concierne a la manifestación de Tu Amor divino a través de este instrumento. Fue como una petición, una petición que el niño le hace a su padre con la certeza de que se la concederá. Porque la certeza estaba en mí cuando la pedí: me pareció tan simple y tan fácil; sentí en mí con toda claridad que eso es posible. Crecer de alegría en alegría, de belleza en belleza, ¿no es más natural y también más productivo que sufrir y penar siempre en una lucha ignorante padecida a regañadientes? Si Tú le permites al corazón florecer libremente al contacto con Tu Amor divino, esta transformación es fácil y se hace por sí misma.

¿No lo permitirás, Supremo, como una prueba de Tu misericordia?

Es con la confianza de un niño que mi corazón Te implora esta noche.

19 de enero de 1917

Y las horas se desvanecen como sueños no vividos...

23 de enero de 1917

Llenaste mi ser de un amor, de una hermosura y de un gozo tan completos y tan intensos, que me pareció imposible que eso no se comunicara. Era como un brasero ardiente cuyas chispas, arrastradas hasta muy lejos por el soplo del pensamiento, prendían en el secreto de los corazones otros incendios similares, los incendios de Tu Amor divino, Señor, de este amor que empuja y atrae irresistiblemente a los seres humanos hacia Ti. ¡O mi dulce Señor, haz que esta no sea sólo una visión de mi conciencia extasiada, sino más bien una realidad que en efecto transforma a los seres y las cosas!

Haz que este amor, esta hermosura y este gozo que inundan todo mi ser apenas fuerte para soportar su intensidad, inunden igualmente la conciencia de todos aquellos a los que vi, a los que pensé, y también de todos aquellos que no pensé ni vi... ¡Haz que todos se despierten a la conciencia de Tu Felicidad infinita!

O mi dulce Señor, llena sus corazones de gozo, de amor y de hermosura.

25 de enero de 1917

O Amor radiante que llenas todo mi ser y lo pones de fiesta,
¿uno Te recibe, uno Te da? Nadie sabe decirlo, porque Tú
mismo Te recibes y Te das a Ti mismo, pues eres
soberanamente activo y receptivo a la vez, en cada cosa y en
cada ser.

29 de enero de 1917

En el mundo de las formas faltar a la Belleza es una falla tan grande como faltar a la Verdad en el mundo de las ideas. Porque la Belleza es el culto que la Naturaleza le rinde al Amo y Señor del universo; la Belleza es el lenguaje divino en la forma. Y una conciencia del Divino que no se tradujera exteriormente mediante una comprensión y una expresión de la Belleza sería una conciencia incompleta.

Pero la verdadera Belleza es tan difícil de descubrir, de comprender y sobre todo de vivir como cualquier otra expresión del Divino; este descubrimiento y esta expresión exigen tanta impersonalidad y abdicación del egoísmo como aquellos de la Verdad o la Felicidad. La Belleza pura es universal y hay que ser universal para verla y reconocerla.

O Señor de la Belleza, cuántas faltas he cometido contra Ti; cuántas más sigo cometiendo... Dame la perfecta comprensión de Tu Ley para que no vuelva a incumplirla. El amor sería incompleto sin Ti, eres uno de sus más perfectos ornamentos, eres una de sus más armoniosas sonrisas. En ocasiones no he comprendido Tu papel, pero en el fondo de mi corazón siempre Te he amado; y las doctrinas más arbitrarias, las más radicales no pudieron extinguir el fuego del culto que Te había consagrado desde mi infancia.

Tú no eres en absoluto lo que una gente vana cree que eres, Tú no estás ligado exclusivamente a tal o cual forma de vida: es posible despertarte, hacerte resplandecer en todas las formas; pero para eso se necesita haber descubierto Tu secreto...

O Señor de la Belleza, dame la perfecta comprensión de Tu Ley para que no vuelva a incumplirla, para que en mí Tú llegues a ser la armoniosa coronación del Señor del Amor.

27 de marzo de 1917

(Comunicación en forma de diálogo recibida durante la meditación)

«Mira: tú ves la forma viva y las tres imágenes inanimadas. La viva está revestida de violeta; las otras tres están hechas de polvo, pero limpias y purificadas. Es en la calma del silencio que la forma viva puede, penetrando las otras tres, unir las para transformarlas en una vestidura viva y activa».

*

*

O Supremo, Tú sabes que Te soy sumisa, y que mi ser adhiere con un gozo apacible y profundo a todo cuanto le das.

*

*

«Sé de tu adhesión, pero quiero aumentar tu conciencia, y para eso hay que despertar lo que aún está dormido en ti. Abre tus ojos a la luz y en el espejo límpido del mental se reflejará lo que debes saber».

*

*

Supremo, en mi ser todo está silencioso y aguarda...

*

*

«Golpea en la puerta de la conciencia y la puerta se te abrirá...».

*

*

El río corre límpido y plateado; su corriente ininterrumpida desciende desde el cielo hasta la Tierra. ¿Pero qué me quieres decir que deba yo comprender?

*

*

«Tú silencio no es aún lo suficientemente profundo: algo se remueve en tu espíritu...

El fuego del alma debe verse a través de los velos de la manifestación; pero esos velos deben ser nítidos y precisos como palabras trazadas sobre una pantalla luminosa. Y todo eso debe conservarse en la pureza de tu corazón, así como el sembradío está oculto y protegido bajo la nieve.

Ahora que esparciste las semillas en el campo, que trazaste los signos sobre la pantalla, puedes regresar a tu calmo silencio, puedes retornar a tu calmo retiro para recuperar tu energía en la conciencia más profunda y más verdadera. Puedes olvidar tu personalidad y reencontrar el encanto de la universal.

Que la paz te cubra en estas horas de reposo; pero no olvides el despertador que sonará dentro de poco.

Aún le estarás sonriendo a tu destino que te habla.
Tu corazón utilizará la fuerza recuperada.
Serás el leñador que amarra el atado de leña.

Serás el gran cisne con las alas desplegadas que purifica los ojos con su blancura nacarada, que calienta los corazones con su blanco plumón.

Los conducirás a todos hacia su destino supremo.

Tú viste el brasero, y viste al niño. El uno atraía al otro: ambos estaban contentos; el uno porque ardía, el otro porque se calentaba.

Tú lo ves en tu corazón a este brasero triunfante; sólo tú puedes portarlo sin que sea destructor. Si los otros lo tocaran, los consumiría. No los dejes acercarse demasiado. El niño tiene que saber que no debe tocar la chispeante llama que tanto lo atrae. De lejos lo calienta y alumbra su corazón; demasiado cerca lo reduciría a cenizas.

Sólo hay uno que puede sin temor residir en este corazón; pues es el rayo que lo ha iluminado. Se trata de la salamandra que renace en el fuego.

Hay otro por encima, que no teme ser quemado: es el fénix immaculado, el ave venida del cielo que sabe regresar a él.

El uno es el Poder de realización.

El otro es la Luz.

Y el tercero es la Conciencia soberana».

*

*

O Supremo, Te escucho y Te venero: me has abierto la puerta; me has abierto los ojos, y en algo la noche se ha iluminado...

30 de marzo de 1917

*Hay una realeza soberana en no preocuparse para nada de sí mismo. Tener necesidades es afirmar una debilidad; reclamar algo demuestra que carecemos de ese algo. Desear es ser impotentes; es reconocer nuestras limitaciones y admitir nuestra incapacidad para superarlas.

Aunque sólo fuera desde la óptica de una legítima dignidad, el hombre debería ser lo suficientemente noble como para renunciar al deseo. ¡Qué humillación pedirle algo para sí mismo a la vida o a la Conciencia Suprema que la anima! ¡Qué humillación para nosotros, qué ofensiva ignorancia para Ella! Porque todo está a nuestro alcance, sólo los límites egoístas de nuestro ser nos impiden disfrutar de todo el universo tan completa y tan concretamente como de nuestro propio cuerpo y de su entorno inmediato.*

Esa debería ser también nuestra actitud con respecto a los medios de acción.

O Tú, que resides en mi corazón y diriges todo mediante Tu suprema Voluntad, Tú me dijiste hace un año que cortara todos los puentes y me lanzara de cabeza a lo Desconocido, como hizo César cuando cruzó el Rubicón: era el Capitolio o la Roca Tarpeya.

Tú encubriste a mis ojos el resultado del acto. Todavía hoy lo mantienes secreto; y sin embargo sabes que mi ecuanimidad de alma sigue siendo la misma ante la grandeza o la miseria.

Tú has querido que el futuro sea incierto para mí, y que yo avance con confianza sin siquiera saber a dónde llevará la ruta.

Tú has querido que Te encomiende enteramente el cuidado de mi destino y que abdique por completo de toda preocupación personal.

No cabe duda de que mi camino debe ser virgen incluso para mi pensamiento.

31 de marzo de 1917*

Cada vez que un corazón se estremece con Tu aliento divino un poco más de belleza parece nacer sobre la Tierra, el aire se aroma de un dulce perfume, todo se vuelve más amigable.

Cuánta es Tu potencia, O Señor de todas las existencias, que un átomo de Tu gozo basta para borrar tantas sombras y dolores, que un rayo de Tu gloria puede así iluminar el más monótono guijarro, la más oscura conciencia.

Tú me has colmado de Tus favores, me has develado tantos secretos, me has hecho degustar tantas dichas insospechadas, inesperadas, pero ninguna de Tus gracias puede igualar la que me otorgas cuando un corazón se estremece con Tu aliento divino...

En esos instantes benditos toda la Tierra canta un himno de júbilo, la hierba se agita de placer, el aire vibra de luz, los árboles dirigen al cielo su plegaria más ardiente, el canto de los pájaros se vuelve un cántico, las olas del mar se encrespan de amor, la sonrisa de los niños habla del infinito, las almas de los hombres asoman a sus ojos.

Dime: ¿me dispensarás el poder maravilloso de hacer nacer esta aurora en los corazones atentos, de despertar las conciencias a Tu sublime Presencia, de suscitar un poco de Tu verdadero Paraíso en este mundo tan triste y tan desmantelado? ¿Qué felicidades, qué riquezas, qué poderes terrestres pueden igualar este don soberano?...

O Supremo, jamás Te he implorado en vano, porque eres Tú mismo en mí quien habla Consigo mismo...

Gota a gota Tú dejas caer en una lluvia fecunda la llama viva y redentora de Tu amor todopoderoso. Mientras estas gotas de luz eterna caen dulcemente sobre nuestro mundo de oscura ignorancia, se diría que una a una llueven sobre la Tierra las doradas estrellas del negro firmamento.

Y todo se arrodilla en muda devoción ante este siempre renovado milagro.

1º de abril de 1917

Le mostraste a mi alma muda y atenta todo el esplendor de los paisajes hadados: los árboles festivos y los senderos desiertos que parecen escalar el cielo.

Pero de mi destino no me hablaste. ¿Es necesario que esté velado para mí hasta ese punto?...

Aún veo cerezos por todas partes; Tú has puesto en esas flores una virtud mágica: parecen hablar de Tu Presencia única; llevan consigo la sonrisa del Divino.

Mi cuerpo está en reposo y mi alma se expande: ¿qué encanto has puesto en estos árboles floridos?

O Japón, es tu buena voluntad engalanada de fiesta, es tu más rara ofrenda, es la prenda de tu fidelidad; es tu manera de decir que tú reflejas el cielo.

Pues bien, he aquí un país magnífico, sus altas montañas cubiertas de pinos y sus valles ricamente cultivados. Y las rositas rosadas que trae este chino, ¿son una promesa para el futuro próximo?

7 de abril de 1917*

Una gran concentración se adueñó de mí y me percaté de que me estaba identificando con una flor de cerezo, luego por su intermedio con todas las demás flores de cerezo, y, al descender más hondo en la conciencia, siguiendo una corriente de fuerza azulosa, me convertí de golpe en el propio cerezo que extendía hacia el cielo con igual número de brazos sus incontables ramas cargadas con su ofrenda florida. Entonces oí claramente esta frase:

«Así te has unido al alma de los cerezos y de esta suerte has podido constatar que es el Divino quien le ofrece al cielo esta plegaria de flores».

Cuando la terminé de escribir, todo se borró; pero ahora la sangre del cerezo corre por mis venas y con ella una paz y una fuerza incomparables. ¿Qué diferencia hay entre el cuerpo humano y el cuerpo de un árbol? Ninguna, en verdad: la conciencia que los anima es idénticamente la misma.

Luego el cerezo me susurró al oído:

«En la flor del cerezo está el remedio para los malestares de la primavera».

9 de abril de 1917

Cuando uno ha traspasado el umbral del reino de Tu Omnisciencia, cada vez que regresa al mundo mental, cualquier pensamiento que ahí tiene parece un problema maravilloso e insondable que uno no había imaginado nunca antes.

Arriba ninguna pregunta se plantea; en el calmo silencio todo se sabe desde la eternidad. Abajo todo es nuevo, desconocido, inesperado.

Y ambos reunidos en una conciencia única producen un asombro confiado, que genera Paz, Luz y Alegría.

10 de abril de 1917

Mi corazón se ha quedado dormido hasta en lo más recóndito del ser...

Toda la Tierra se mueve y se agita en un perpetuo cambio; toda vida goza y sufre, se esfuerza, lucha, conquista, se destruye y se reforma.

Mi corazón se ha quedado dormido hasta en lo más recóndito del ser...

En todos esos incontables y variados elementos yo soy la Voluntad que pone en movimiento, el Pensamiento que actúa, la Fuerza que realiza, la Materia que es accionada.

Mi corazón se ha quedado dormido hasta en lo más recóndito del ser...

No más límites personales, no más acción individual, no más concentración separatista creando conflicto, tan sólo una única Unidad infinita.

Mi corazón se ha quedado dormido hasta en lo más recóndito del ser...

28 de abril de 1917*

O mi divino Dueño, Tú que Te me apareciste esta noche en todo Tu radiante esplendor, Tú puedes en un instante hacer de este un ser perfectamente puro, luminoso, traslúcido, consciente. Tú puedes liberarlo de sus últimas tachas de sombra, Tú puedes eximirlo de sus últimas preferencias. Tú puedes... ¿pero acaso no lo hiciste esta noche, mientras Tus irradiaciones divinas y Tu indescriptible claridad lo penetraban? Quizás... porque en mí hay una fuerza sobrehumana toda hecha de calma y de inmensidad. Permite que yo no caiga de esta cima; permite que la Paz reine siempre como dueña de mi ser, no sólo en las profundidades, donde es la soberana desde hace ya mucho tiempo, sino en la más mínima de mis actividades exteriores, en los minúsculos repliegues de mi corazón y de mi acción.

¡Te saludo, Supremo, Libertador de seres!

«He aquí flores y bendiciones; he aquí las sonrisas del Amor divino, sin preferencias ni repulsiones; el que fluye hacia todos en generoso torrente y nunca recauda sus dones maravillosos».

Y con los brazos extendidos en un gesto de éxtasis, la Madre Eterna derrama sobre el mundo el rocío incesante de Su más puro amor...

Akakura, 13 de julio de 1917

Un día escribí: «Mi corazón se ha quedado dormido hasta en lo más recóndito del ser...». ¿Simplemente dormido? No lo puedo creer. Pienso que se aquietó, quizás para siempre. Del sueño uno se despierta, del aquietamiento uno no vuelve a salir. Y desde ese día no he constatado ninguna recaída. En lugar de algo muy intensamente concentrado y que durante mucho tiempo fue intermitentemente tumultuoso, ha venido una inmensidad vasta, calma e imperturbable a llenar mi ser; o más bien mi ser se fundió en ella; porque, ¿cómo podría eso que es ilimitado estar contenido en una forma?

Y estas grandes montañas de serenos contornos que desde mi ventana veo escalonarse majestuosamente hasta el horizonte, están en perfecta armonía con el ritmo de este ser al que colma una paz infinita. Supremo, ¿acaso has tomado posesión de Tu reino? O mejor de esta parte del reino, porque el cuerpo aún es oscuro e ignorante, lento para responder, sin plasticidad. ¿Será purificado algún día como el resto? ¿Y Tu victoria será entonces total? Poco importa. Este instrumento es como Tú lo quieres y su felicidad es sin mezcla.

Tokio, 24 de septiembre de 1917*

Me has sometido a una dura disciplina; peldaño tras peldaño he subido la escalera que conduce a Ti y, en la cima del ascenso, me has hecho degustar la perfecta delicia de identificarme Contigo. Luego, obedeciendo Tu orden, peldaño a peldaño he descendido hasta las actividades exteriores y los estados de conciencia externos y he vuelto a entrar en contacto con estos mundos que abandoné para descubrirte. Y ahora que he regresado a la base de la escalera, todo es tan monótono, tan mediocre, tan neutro, en mí y a mi alrededor, que ya no comprendo...

¿Qué esperas entonces de mí, y para qué sirvió esta lenta y larga preparación, si todo ha de culminar en un resultado que la mayoría de los seres humanos alcanzan sin haberse sometido a ninguna disciplina?

¿Cómo es posible que después de haber visto todo lo que he visto, experimentado todo lo que he experimentado, después de haber sido llevada hasta el santuario más sagrado de Tu conocimiento y de la comunión Contigo, hagas de mí un instrumento tan completamente banal en circunstancias tan ordinarias? Verdaderamente, Supremo, tus fines son insondables y sobrepasan mi entendimiento.

¿Por qué, si has depositado en mi corazón el diamante puro de Tu Felicidad perfecta, permites que en la superficie se reflejen las sombras que vienen de fuera, y que así quede insospechado y, tal parece, ineficaz el tesoro de Paz que me has otorgado? En verdad todo esto es muy misterioso y confunde mi comprensión.

¿Por qué, si me has dado este gran silencio interior, permites que la lengua se ejercite tanto y que el pensamiento se ocupe de cosas tan fútiles? ¿Por qué?... Podría seguir preguntando indefinidamente y, al parecer, siempre en vano...

Sólo tengo que inclinarme ante Tu decreto y aceptar mi condición sin decir palabra.

Ya no soy más que un espectador que observa al dragón del mundo desenrollar sus anillos sin fin.

(Unos cuantos días después)

Supremo, cuántas veces, flaqueando ante Tus órdenes, Te he rogado: «Ahórrame este calvario de la conciencia terrestre; déjame sumergirme en Tu unidad suprema». Pero mi ruego es cobarde, lo sé, porque queda estéril.

15 de octubre de 1917*

En mi desesperación apelé a Ti, Supremo, y Tú respondiste a mi llamado.

Mal haría en lamentarme de las circunstancias de mi existencia, ¿acaso no concuerdan con lo que soy?

Debido a que me condujiste al umbral de Tu esplendor y me hiciste disfrutar de Tu armonía, yo pensé que había alcanzado la meta: pero, a decir verdad, miraste Tu instrumento en la perfecta claridad de Tu luz y lo volviste a volcar en el crisol del mundo para fundirlo otra vez y purificarlo.

En estas horas de extrema y angustiada aspiración veo, siento que me jalonas a una rapidez vertiginosa por el camino de la transformación y todo mi ser vibra al contacto consciente con el Infinito.

Es así como me das la paciencia y la fuerza para sobrepasar esta nueva prueba.

25 de noviembre de 1917*

O Supremo, porque en un momento de cruel congoja dije con la sinceridad de mi fe: «Que se haga Tu voluntad», Tú acudiste revestido de gloria. A Tus pies me prosterné y en Tu seno encontré abrigo. Llenaste mi ser con Tu divina claridad y lo inundaste de Tu felicidad. Me reafirmaste Tu alianza y me ratificaste Tu constante Presencia. Tú eres el amigo seguro que no falla, el Poder, el Sostén y el Guía. Tú eres la Luz que disipa las tinieblas y el Conquistador que garantiza la victoria. Desde que estás allí, todo se ha aclarado. Agni se reavivó en mi fortalecido corazón, y su esplendor irradia y centellea en la atmósfera y la purifica...

Mi amor por Ti, comprimido durante tanto tiempo, emergió de nuevo, poderoso, soberano, irresistible —diez veces acrecentado por la dura prueba que soportó. Encontró fuerza en la reclusión, la fuerza de emerger a la superficie del ser, de imponerse como rector sobre la conciencia entera, de absorberlo todo en su desbordado caudal...

Tú me dijiste: «Estoy de regreso para no dejarte nunca más».

Y tocando el suelo con la frente acogí Tu promesa.

12 de julio de 1918

De repente, frente a Ti, todo mi orgullo se desplomó. Entendí hasta qué punto era fútil, en Tu Presencia, querer sobreponerse, y lloré, lloré copiosamente y sin contenerme las lágrimas más dulces de mi vida... ¡Ah sí, cómo fueron de refrescantes, de tranquilizadoras y suaves esas lágrimas que vertí en frente Tuyo sin vergüenza ni discreción! ¿Como una niña en los brazos de su padre? ¡Pero qué Padre! ¡Qué sublimidad, qué magnificencia, qué inmensidad de comprensión! ¡Y qué poderío, qué plenitud en la respuesta! Sí, esas lágrimas fueron como rocío santo. ¿Acaso porque no lloraba por una pena propia? *Ah, dulces y benéficas lágrimas que abrieron mi corazón sin miramiento ante Ti y deshicieron en un instante milagroso todos los obstáculos restantes que podían separarme de Ti!*

Unos días atrás había sabido, había oído: «Si lloras sin reserva ni disimulo frente a Mí, muchas cosas cambiarán, se ganará una gran victoria». Y por eso cuando las lágrimas subieron desde mi corazón hasta mis ojos, vine a sentarme delante de Ti para dejarlas correr como una ofrenda, piadosamente. ¡Y cómo fue de dulce y reconfortante la ofrenda!

*Y ahora, aunque ya no estoy llorando, me siento tan cerca, tan cerca de Ti que todo mi ser tiembla de alegría.

Permíteme balbucear mi homenaje:

Con la alegría de una niña Te invoqué:

«Supremo y único Confidente, ¡Tú que sabes de antemano todo lo que Te diremos porque eres su autor!

Supremo y único Amigo, ¡Tú que nos aceptas y nos amas y nos comprendes tal como somos, porque Tú mismo nos hiciste así!

Supremo y único Guía, ¡Tú que jamás contradices nuestra voluntad superior porque es Tu propia voluntad!
Sería una locura buscar en otro que no seas Tú a quien nos escuche, nos comprenda, nos ame, nos guíe, ¡porque Tú siempre estás ahí para hacerlo y no nos fallarás nunca!

Tú me has dado a conocer las supremas, las sublimes alegrías de una confianza perfecta, de una serenidad absoluta, de un total abandono sin reserva ni disimulo, sin esfuerzo ni restricción».

¡Y dichosa como una niña, sonreí y a la vez lloré frente a Ti, mi Bien Amado!*

10 de octubre de 1918

O mi amado Dueño, ¡qué dulzura pensar que es para Ti y sólo para Ti que actúo! Es a Tu servicio que estoy; eres Tú quien decide y ordena y pone en movimiento, dirige y lleva a cabo la acción. ¡Qué paz, qué tranquilidad, qué suprema felicidad se desprenden de esta percepción, de esta sensación! Porque basta con ser dócil, plástico, sumiso, atento, para dejarte actuar libremente; entonces no hay más errores ni defectos, no hay posibles faltas ni insuficiencias, porque lo que Tú has querido, Tú lo haces y lo haces tal como lo has querido...

Acepta la llama ardiente de mi gratitud y de mi adhesión alegre y absolutamente confiada.

Mi Padre me ha sonreído y me ha tomado entre sus poderosos brazos. ¿Qué podría yo temer? Me he fundido en Él y es Él quien actúa y vive en este cuerpo que Él mismo formó para manifestarse.

Oiwaké, 3 de septiembre de 1919*

Como el hombre no quiso la comida que le había preparado con tanto amor y cuidado, invoqué al Dios para que la tomara.

Mi Dios, Tú aceptaste mi invitación, Tú viniste a sentarte a mi mesa, y a cambio de mi pobre y humilde ofrenda me concediste la liberación final. Mi corazón, hasta esta mañana tan cargado de angustia y preocupación, y mi cabeza, sobrecargada de responsabilidad, fueron liberados de su fardo. Ahora son ligeros y dichosos, como lo ha sido mi ser interior desde hace mucho tiempo. Mi cuerpo Te sonrío de felicidad como antes Te sonreía mi alma. Y con certeza de aquí en adelante Tú no me retirarás más esta alegría, ¡o mi Dios!, porque esta vez, creo, la lección ha sido suficiente, he remontado el calvario de las sucesivas decepciones lo bastante alto como para alcanzar la resurrección. De todo ese pasado no me queda más que un amor formidable que me proporciona el corazón puro de un niño y la liviandad y libertad de pensamiento de un dios.

[Fin de la primera parte]

Pondicherry, 22 de junio de 1920*

Después de haberme concedido la dicha que sobrepasa toda expresión, o mi Supremo amado, me enviaste la dura prueba, la terrible dificultad, y también le sonreí, como a uno de Tus preciosos mensajeros. Tiempo atrás yo le tenía pavor al conflicto porque lesionaba en mí el amor por la paz y la armonía. Pero ahora, o mi Dios, gustosa lo recibo: es una de las formas de Tu acción, una de las mejores maneras de volver a exponer a la luz algunos elementos de la obra que de otro modo habrían sido olvidados; trae consigo un sentido de amplitud, de complejidad y de poderío. Y así como Te he visto, resplandeciente, suscitar el conflicto, asimismo es también a Ti a quien veo desenredar la maraña de los acontecimientos y de las tendencias en discordia y finalmente salir victorioso de todo lo que intenta velar Tu luz y Tu poder: pues de cada lucha es una realización más perfecta de Ti mismo la que debe surgir.

6 de mayo de 1927

Hay que saber entregar su vida y también su muerte, entregar su felicidad y también su sufrimiento, depender para todo y en todo del Divino Dispensador de todas nuestras posibilidades de realización, el único que puede decidir y decidirá si seremos felices o no, si viviremos o no, si participaremos en la realización o no.

En la integralidad y el absoluto de este amor, de esta entrega de sí mismo, reside la condición esencial de la paz perfecta, base indispensable de una beatitud ininterrumpida.

28 de diciembre de 1928

Hay un Poder del que ningún gobierno puede disponer; una Felicidad que ningún éxito terrestre puede procurar; una Luz que ningún saber puede poseer; un Conocimiento que ninguna filosofía y ninguna ciencia pueden adquirir; una Beatitud de la que no puede gozar la satisfacción de ningún deseo; una sed de Amor que ninguna relación humana puede saciar; una Paz que no se puede hallar en ninguna parte, ni siquiera en la muerte.

Son el Poder, la Felicidad, la Luz, el Conocimiento, la Beatitud, el Amor y la Paz que emanan de la Gracia Divina.

24 de noviembre de 1931*

O mi Señor, mi dulce Dueño, para llevar a cabo Tu obra me sumergí en las profundidades insondables de la Materia, toqué con mis dedos el horror de la falsedad y de la inconsciencia, llegué hasta el sitio del olvido y la oscuridad suprema. Pero en mi corazón estaba la Remembranza, y desde mi corazón prorrumpió la invocación que logró alcanzarte: «Señor, Señor, Tus enemigos parecen triunfar en todas partes; la mentira es la monarca del mundo; la vida sin Ti es una muerte, un perpetuo infierno; la duda ha usurpado el lugar de la Esperanza y la rebeldía ha expulsado a la Sumisión; la Fe allí está agotada, la Gratitude no ha nacido; las pasiones ciegas y los instintos asesinos y la debilidad culpable han velado y asfixiado Tu dulce ley de amor. Señor, ¿permitirás que prevalezcan Tus enemigos, que la mentira, la fealdad y el sufrimiento triunfen? Señor, da la orden de vencer y la Victoria se producirá. Yo sé que somos indignos, yo sé que el mundo aún no está listo. Pero Te imploro con una fe absoluta en Tu Gracia y sé que Tu Gracia nos salvará».

Así se lanzó mi plegaria en pos de Ti; y, desde las profundidades del abismo, Te vi aparecer en Tu radiante esplendor; Te hiciste presente y me dijiste: «No pierdas el coraje, sé firme, ten confianza, ESTOY EN CAMINO».

23 de octubre de 1937*

(Plegaria para quienes quieren servir al Divino)

Gloria a Ti, Supremo vencedor de todos los obstáculos.

Que nada en nosotros obstaculice Tu obra.

Que nada retrase Tu manifestación.

Que Tu voluntad se haga en todas las cosas y a cada momento.

Henos aquí ante Ti para que Tu voluntad se cumpla en nosotros, en cada elemento, en cada una de las actividades de nuestro ser, desde nuestras supremas alturas hasta las más pequeñas células de nuestro cuerpo.

Permite que te seamos entera y eternamente fieles.

Queremos estar por completo bajo Tu influencia, con exclusión de cualquier otra.

Que nunca olvidemos sentir hacia Ti una profunda e intensa gratitud.

Que jamás desperdiciemos ninguna de las maravillas que nos regalas a cada instante.

Que todo en nosotros colabore con Tu obra y todo esté listo para Tu realización.

Gloria a Ti, Supremo y Soberano Maestro de toda realización.

Danos una fe ardiente y activa, absoluta e inquebrantable en Tu Victoria.

APÉNDICE

Cuatro cartas de Sri Aurobindo

He dicho que el Divino hace la *sādhana*³ primero para el mundo y que luego le entrega a los demás lo que ha descendido. No puede haber *sādhana* sin realizaciones y experiencias. Las *Plegarias* son un registro de las experiencias de Madre.

4 de enero de 1935

*

En algunas de las plegarias de Madre que están dirigidas al «divin Maître» encuentro las palabras: «avec notre divine Mère». ¿Cómo pueden Madre y el «divin Maître» tener una «divine Mère»? ¿Es como si Madre no fuera la «divine Mère» y hubiera alguna otra Madre y como si el «divin Maître» no fuera el Trascendente y también tuviera una «divine Mère»? ¿O es que todo eso está dirigido a algo impersonal?

Las plegarias están escritas en su mayoría en una identificación con la conciencia terrestre. Es la Madre en la naturaleza inferior dirigiéndose a la Madre en la naturaleza superior, es la propia Madre asumiendo la *sādhana* de la conciencia terrestre para la transformación, es ella orándole a ella misma en lo alto —que es de quien provienen las fuerzas de la transformación. Así sigue hasta que se efectúa la identificación de la conciencia terrestre con la conciencia superior. El término «notre» es general, creo, aludiendo a todos los nacidos en la conciencia terrestre —no significa la Madre del «Divin Maître» y yo. Es al

³ La disciplina espiritual; la práctica de la yoga; el proceso o método que conduce a la *siddhi* [perfección].

Divino al que siempre se refiere como *Divin Maître y Seigneur*. Madre, que está llevando a cabo la *sādhana*, y la Divina Madre, ambas son una pero en diferentes aspectos, y ambas se giran hacia el *Seigneur* o Divino Maestro. Este tipo de oración del Divino para el Divino también se encuentra en el *Ramayana* y en el *Mahabharata*.

21 de agosto de 1936

*

Hay algunas plegarias de Madre de 1914 en las que ella habla de transformación y manifestación. Dado que en esa época ella no estaba aquí, ¿eso no significa que ya tenía esas ideas antes de venir aquí?

Madre fue espiritualmente consciente a partir de su juventud, incluso desde su infancia, y había hecho *sādhana* y había desarrollado este conocimiento mucho antes de venir a la India.

23 de diciembre de 1933

*

Hay muchos que opinan que ella era humana pero ahora encarna a la Divina Madre y, según dicen, sus «Plegarias», lo explican. Pero, en mi concepto mental, para mi ser psíquico, ella es la Divina Madre que consintió vestir el manto de la oscuridad y del sufrimiento y de la ignorancia para poder efectivamente conducirnos —a los seres humanos— al Conocimiento, a la Felicidad, al Ānanda y al Supremo.

El Divino se viste con una apariencia humana, asume la exterioridad de la naturaleza humana para trazar el camino y

mostrárselo a los seres humanos, pero no deja de ser el Divino. Es una manifestación la que tiene lugar, una manifestación de una creciente conciencia divina, no de una conciencia humana volviéndose divina. Interiormente, Madre estaba por encima de lo humano incluso en la infancia, de manera que la opinión de «muchos» es errónea.

También concibo que las «Plegarias» de Madre tienen la intención de enseñarnos —al psíquico que aspira— cómo orarle al Divino.

Sí.

17 de agosto de 1938

Nota sobre el texto

Las 313 plegarias contenidas en este volumen fueron seleccionadas por Madre de sus diarios espirituales. Los diarios fueron destruidos luego de que la selección fuera publicada. El texto original en francés, titulado *Prières et Méditations de la Mère*, salió a la luz en 1932. Una segunda edición, que incluía una nueva plegaria y una nota introductoria de Madre, apareció en 1944. Subsecuentes ediciones se publicaron en 1952, 1973, 1980 y 1990 bajo el título reducido de *Prières et Méditations*.

Una traducción al inglés del texto entero, titulada *Prayers and Meditations of the Mother*, se publicó por primera vez en 1948. Una segunda edición, traducida de nuevo y con el título más corto de *Prayers and Meditations*, apareció en 1979 como primer volumen de las *Collected Works of the Mother*. Nuevas impresiones de esa edición salieron en 1979, 1988, 1997 y 1999. Esta tercera edición tiene el mismo texto de la segunda.

En 1941, sesenta y un plegarias traducidas al inglés (casi una quinta parte del texto completo) fueron publicadas bajo el título *Prayers and Meditations of the Mother*. Seis de esas plegarias fueron enteramente traducidas por Sri Aurobindo, otras tres sólo en parte. Las demás traducciones, hechas por los discípulos, fueron revisadas por él. Sri Aurobindo volvió a hacer otras revisiones cuando corrigió las pruebas de imprenta en el momento de la publicación. Una segunda edición del libro, con tres plegarias más añadidas por Madre, salió en 1962. Nuevas ediciones aparecieron en 1969, 1971, 1975 y 1979; la última de estas ediciones ha sido reimpressa en varias ocasiones. Las sesenta y cuatro plegarias de la edición de 1962 fueron incorporadas a la edición del texto completo de 1979.

Para la primera edición en inglés de las plegarias seleccionadas, Madre escribió una nota introductoria que fechó en «septiembre de 1941». Ella volvió a copiar esta nota en 1948 para la primera edición del texto completo en inglés, y la fechó «1941-1948»; esta nota se reproduce en facsimilar al principio de este libro. Le sigue una traducción en inglés de la nota introductoria que escribió para la edición (en francés) de 1944.